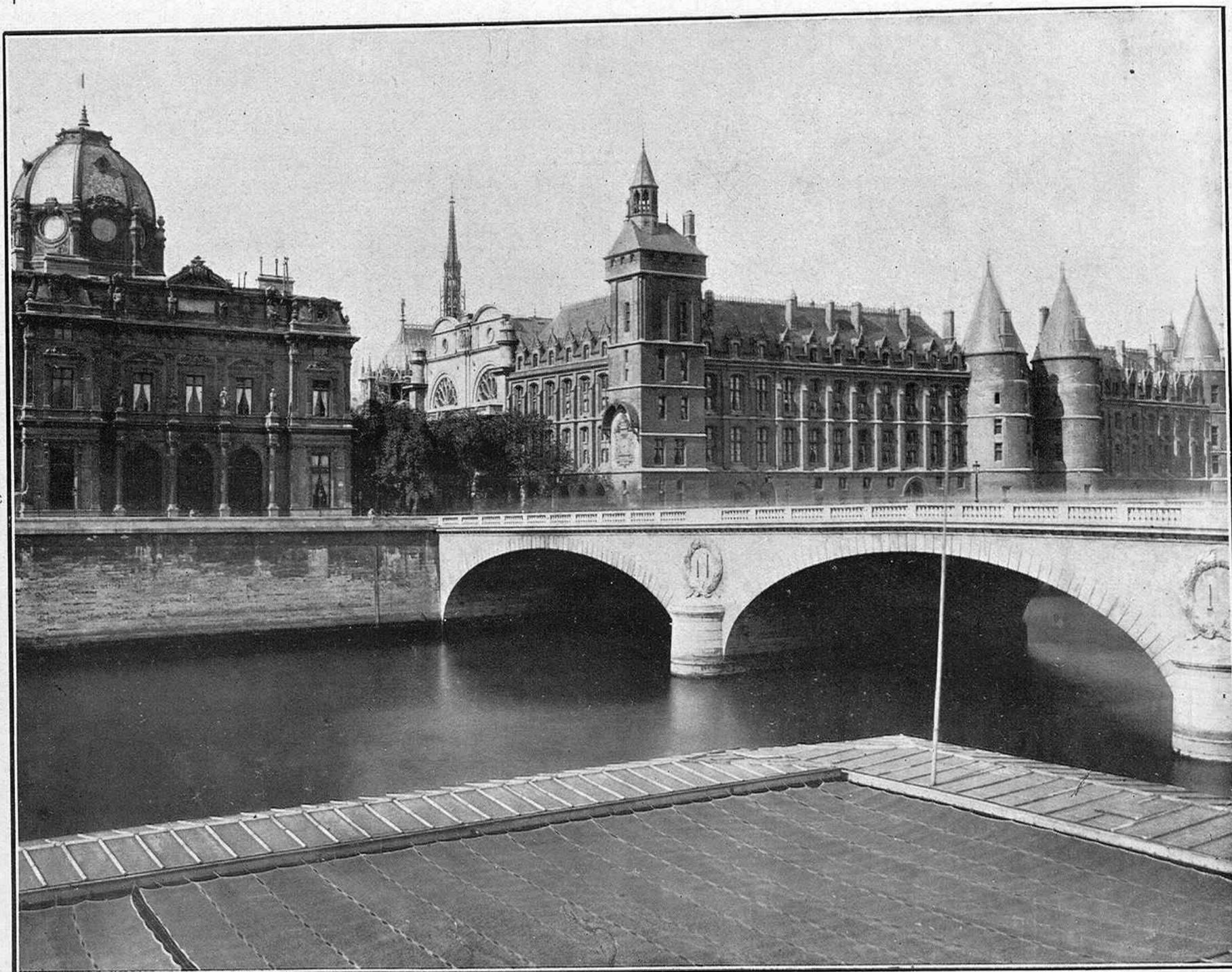




Una nota de la reciente estancia
de los Reyes en Sevilla

Entre las muchas fiestas que con motivo de la reciente estancia de nuestros Soberanos en Sevilla se han organizado en su honor, figuró una muy animada en el cortijo Garcí-Bravo. A ella asistió lo más selecto de la alta sociedad sevillana, que tributó efusivas muestras de simpatía á los Reyes. En nuestra fotografía, aparece Su Majestad Doña Victoria, con la Infanta doña Luisa y el general Sanjurjo, durante la fiesta en el cortijo

(Fot. Ser. ano)



«La Conserjería», una de las más famosas prisiones de Europa, tan trágica durante el período del Terror

UN EPISODIO DEL TERROR

El heroísmo de Madame de Rochemont

UN aristócrata francés, el duque de la Force, estudiando los papeles de familia de la condesa de Quincey, encontró una interesante historia, que ha relatado bajo el rótulo de *Un matrimonio de aristócratas bajo el Terror*.

La narración, demasiado larga para transcrita en LA ESFERA, parece una imaginada novela que bien pudiera ser escenario para una película; pero la autoridad de su autor y la afirmación rotunda de que se trata en realidad de la paráfrasis de unos *Recuerdos de familia dictados por una madre á su hijo y escritos al correr de la pluma para ser leídos en la intimidad*, los da el carácter de hechos históricos. Como tales vamos á relatarlos á nuestra vez, aunque con menos amplitud que el duque de la Force; pero procurando que no pierdan su interés dramático.

PRÓLOGO

En 1789, habitaba en el castillo de Beaulieu, en Valognes, pueblecillo tan bello que llevaba el epíteto de «Pequeño Versalles», un cierto Sivard de Beaulieu, que desempeñaba las funciones de teniente civil y de la policía. Con él habitaban su esposa, que había llevado de soltera el nombre

de Herault de Coudray, y su hijo único, Antonio, que tenía entonces veinticinco años.

En otro castillo próximo, el de Givon, vivía un amigo íntimo de Sivard de Beaulieu: monsieur Le Brun de Rochemont. Con él residían sus dos hijas: Enriqueta, heroína de esta historia y bisabuela de la actual condesa de Quincey, y Luisa, menor que su hermana, más débil que ella, pero igualmente valerosa.

Enriqueta y Luisa, muy queridas en el país por sus virtudes y su inagotable caridad, tenían amigas jóvenes y nobles como ellas en los castillos próximos, y en uno de ellos, sobre todo, dos íntimas, cuyo nombre callan prudentemente los historiadores.

Había llegado poco antes al país un joven, cuyo apellido Le Carpentier, había de ser substituído años más tarde por el terrible apodo de «el verdugo de la Mancha»; y aunque de posición más humilde—era modestamente pasante de un abogado local—, había encontrado acogida muy favorable en aquellas mansiones aristocráticas, y singularmente en el castillo de los mejores amigos de las señoritas de Rochemont.

Una mañana, el teniente de policía Sivard de Beaulieu vió llegar apresuradamente á su castillo á un criado antiguo de aquella mansión:

venía á decirle que Le Carpentier acababa de raptar á una de las señoritas amigas íntimas de Enriqueta y Luisa de Rochemont.

M. Beaulieu mandó ensillar su caballo; encargó al criado la más absoluta reserva, y jinete ya, y después de saber por un hombre que trabajaba en la plaza del pueblo que, llevados por un cabriolé pintado de verde, los fugitivos habían tomado el camino de Cherburgo, emprendió á todo galope su persecución.

Por fin divisó el coche; excitó entonces á su cabalgadura para adelantarle, y cuando lo logró, plantándose en medio del camino y apuntando á Le Carpentier con la pistola, que había sacado del arzón, le intimó á que le entregase la raptada y á que continuara su viaje á Cherburgo.

Le Carpentier se rindió. La muchacha, arrependida ya de su aventura, corrió hacia M. de Beaulieu, que, colocándola en la grupa de su caballo, le dijo:

—Nadie sabe nada. Ni vuestros padres ni las señoritas de Rochemont. Venga usted conmigo á Beaulieu, y de allí volverá á su casa acompañada por mi mujer y nuestras hijas (M. de Beaulieu llamaba así á Enriqueta y Luisa).

Al volver satisfecho á Valognes, Sivard no pensaba que humillando cruelmente á Le Car-

pantier había creado el germen de una terrible tragedia.

COMIENZA LA TRAGEDIA

Cuatro años más tarde, en 1793, el año del terror, un día de otoño, llegaba a Valognes, precisamente por el camino de Cherburgo, una hermosa berlina, tirada por cuatro caballos, escoltada por un pelotón de húsares y saludada por salvos de cañón; en aquella berlina llegaba Le Carpentier, enviado por la Convención como uno de sus más terribles secuaces y provisto de poderes dictatoriales, horribles en aquella época.

Le Carpentier, engalanado a la manera de Robespierre, y su esposa, mujer humilde y obscura hasta entonces, entraban en Valognes con aire triunfal, regío podría decirse, aunque Le Carpentier llevaba sobre sí el pecado de regicidio.

Llevaba algo más, que le había acompañado en su rápida carrera política: el recuerdo imborrable de M. de Beaulieu y un propósito decidido de venganza.

Pocos meses después, una noche glacial de invierno, las señoritas de Rochemont huían medio vestidas, aterrorizadas, del castillo de Beaulieu, donde vivían; se refugiaban en la choza de una mendiga a quien siempre habían socorrido, y la contaban las terribles escenas: los delegados del Comité revolucionario de Valognes habían penetrado en el castillo mientras sus moradores dormían; lo habían saqueado todo, habían apresado a M. de Beaulieu, a su hijo Antonio y al Sr. Rochemont; las habían obligado a huir, y sólo habían permitido continuar en el castillo a la señora de Beaulieu.

La cabaña cobija a las dos muchachas; pero la mendiga, apenas amanece, sale, se dirige al pueblo, cuenta lo ocurrido y logra que pronto las gentes, que adoran a Enriqueta y Luisa, siempre buenas y siempre generosas, se amotinen, vayan a la cabaña en busca de ellas, las lleven en triunfo ante el Comité revolucionario y exijan que sean reintegradas al castillo y se les devuelva cuanto necesiten y se les quitó.

Desde aquel día vivieron con madame de Beaulieu, y nadie las inquietó; pero su vida tenía una misión: salvar a los presos, reclusos con centinelas de vista en una casa del pueblo transformada en prisión.

LA BODA

Era costumbre entonces dejar a algunos detenidos en libertad muy vigilada; los señores de Beaulieu y de Rochemont no lograban tanto; pero sí que una noche a la semana, la del miércoles, les permitieran pasar la velada en el castillo.

Llegaban a él con una fuerte escolta de gendarmería, que después de dejar centinelas en todas las puertas, era agasajada en la cocina de la casa, mientras los presos y las señoras celebraban un verdadero consejo de guerra, tratando siempre de encontrar medios de comunicación cotidiana, y más asiduamente de evasión.

Lo primero lo lograron gracias a un perrillo de Enriqueta de Rochemont, que iba y venía a la prisión llevando en un bolso secreto, oculto en el collar, las noticias que de uno y otro lado juzgaban interesante comunicar, y las mutuas ternuras de Enriqueta y Antonio, prometidos desde niños y cuyo amor no amenguaba la ausencia.

Un día llegó al castillo la noticia fatal: los presos van a ser llevados a París para que comparezcan ante el Tribunal revolucionario. Aquello es la muerte. De la Conserjería sólo suele salirse para ir conducido en las terribles carretas, siempre llenas, a la guillotina.

Enriqueta, ante la visión trágica de aquel destino irremediable, corre al Comité revolucionario de Valognes. Muchos de sus miembros están obligados a M. de Beaulieu; pero también ellos viven bajo el terror: el que manda y ordena es el ciudadano Le Carpentier, el representante de la Convención, que ya ha conquistado el apodo de *Verdugo de la Mancha*, y que al oír las quejas de Enriqueta grita a los criados:

—Tirad por la escalera a esa llorona.

•••••

El miércoles 3 de Diciembre de 1794, desde antes de la hora en que acostumbraban a llegar los prisioneros con sus guardianes, había en el castillo de Beaulieu extraordinario movimiento. En la capilla, situada en una galería transversal, después de haber tapado cuidadosamente las ventanas, para que desde fuera fuese imposible ver la luz del interior, se había dispuesto todo como para una misa solemne: los ornamentos más lujosos estaban preparados en la sacristía; el altar, espléndidamente iluminado. Sobre el misal, las vinajeras llenas. Enriqueta y Luisa, con la obediencia sumisa de aquella época, habían obedecido para tan raros preparativos las órdenes de madame de Beaulieu, pero no habían osado hacer ninguna pregunta.

Poco a poco iban llegando parientes y amigos, avisados por la castellana: el consejero del Parlamento de Normandía, M. de Auneville, y ma-



«Las últimas víctimas del Terror», cuadro de Muller, existente en la galería de Versailles. (Fragmento)

dame de Auneville; el cirujano Goupil y su esposa; el vicario general del arzobispado...; por fin llegaron los prisioneros con su escolta. Como de costumbre, los guardianes se instalaron, montadas sus guardias, cerca del fuego, en la cocina, ante una mesa bien provista de jarros de sidra, y los presos subieron á las habitaciones superiores.

Dos ó tres horas llevarían reunidos los señores de Beaulieu con sus amigos y familiares, cuando madame de Beaulieu dijo:

—Enriqueta: ésta es la llave de la puertecilla del parque. Ve allí. Aguarda, y cuando oigas sonar tres golpes, pregunta: ¿Quién anda ahí? Si te contestan tres veces «ciudadano», abre, y sin mirar á la persona que llega condúcela á este salón.

Enriqueta salió al parque. Nevaba. Llegó á la puerta, oyó los tres golpes, preguntó, la contestaron, abrió sin mirar á quién llegaba y guió hacia el castillo.

Un hombre la seguía; la nieve apagaba el ruido de sus pasos; pero no el sonar de sus espuelas. Al llegar al castillo, nadie les cerró el paso: madame de Beaulieu había advertido á los centinelas que aquella noche aguardaba á un pariente oficial republicano.

Cuando Enriqueta anunció á la señora de Beaulieu que el desconocido estaba ya en una estancia próxima, la dueña del castillo contestó:

—Ve con él y obedécele.

Enriqueta, sorprendida, vió que la aguardaba un oficial de dragones, que al verla entrar la dijo:

—Hija mía, arrodíllate y confiesa. Soy el abate Jeret, preceptor de Antonio de Beaulieu.

Así era, efectivamente; el abate Jeret, perseguido y emigrado á la isla de Terrey por no haber querido prestar el juramento laico que los revolucionarios exigían á todos los sacerdotes: había sido llamado por madame de Beaulieu para que oficiara aquella noche en el castillo, y había venido luchando con las olas, primero, y con el peligro, después, de ser descubierto.

Cuando regresó Enriqueta, el señor de Beaulieu dijo á su hijo Antonio:

—Ahora ve tú.

Y la escena, salvo que el nuevo penitente reconoció pronto á su ex preceptor, se reprodujo.

Después, sonada la media noche, ante los señores de Beaulieu y de Rochemond, que veían así cumplido un ardiente deseo; ante los parientes, los amigos y los servidores fieles de la casa, el vicario general dió la bendición nupcial á Enriqueta y Antonio, y el abate Jeret dijo la misa de esponsales: el *conjugo vos* unió aquella noche á un proscrito y á una muchacha amenazada de viudez apenas casada.

Terminada la misa, el abate Le Jeret vistió nuevamente su uniforme de dragón y, acompañado por Enriqueta, salió por la puerta principal, alegremente despedido por los soldados, á los que la sidra y el calor del hogar habían alegrado el humor.

Una hora después, los prisioneros eran conducidos nuevamente á su prisión.

CAMINO DE PARÍS

Por fin, el 28 termidor del año II, hacia las cuatro de la madrugada, dos carretas, chirriantes bajo su cargamento humano, seguían el camino de Valognes á Saint Loo. Era el convoy de los prisioneros, «la hornada»: veinticinco desventuradas mujeres, ancianos, y entre ellos, en la segunda carreta, M. de Beaulieu, enfermo; su hijo Antonio y su consuegro, M. de Rochemond. Detrás, á pie, apresurando el paso para seguir al convoy, Enriqueta y Luisa, decididas á todo para salvar á los desventurados, pero sin medio



«Los hijos de María Antonieta», cuadro existente en Versalles

alguno para conseguirlo; era aquél, según la frase del duque de la Force, un lúgubre viaje de novios.

Dos días después llegaban á Saint Loo. Enriqueta había soportado bien las fatigas del penoso viaje; pero Luisa estaba agotada, y fué necesario descansar allí y luego buscar un coche para alcanzar á las siniestras carretas en el camino hacia Caen.

—Ciudadana—dijo á Enriqueta el maestro de postas á quien se dirigió, mirándola fijamente á los ojos—: es necesario que tengas mucho interés en ir á Caen para que te atrevas á arriesgarte en un viaje tan peligroso en estos momentos.

—Ciudadano—contestó ella—, á nuestros parientes los llevan al tribunal revolucionario.

—¡Ah, señorita! El bosque de Cerisy está ocupado por los chuanes; las diligencias no avanzan más que escoltadas por fuertes destaca-

mentos, y sólo me queda un postillón, que es un pillete.

—No podemos esperar, ciudadano; la carreta en que llevan á nuestros parientes está ya en Caen, de seguro, y estamos decididas á afrontarlo todo.

Después, cuando, preparado ya el coche, las dos muchachas iban á subir á él, el maestro de postas llamó aparte á Enriqueta, y le dijo, entregándole dos pistolas de bolsillo cargadas, que ella ocultó entre sus ropas:

—Al menor movimiento, á la menor palabra inquietante que se permita el miserable que va á llevaros, levantadle la tapa de los sesos: ¡el honor ante todo!

Partieron ya muy avanzada la tarde. Cuando llegaron al bosque oscurecía. Todo era allí tenebroso y oscuro. De pronto, un silbido estridente las llenó de espanto. Luego sonaron otros, como señales. A lo lejos, en el camino, luces que parecían siniestras aparecían y desaparecían súbitamente.

Enriqueta empuñó una de las pistolas y apuntó á los riñones del postillón, sentado de espaldas ante ella.

—¡No le mates, Enriqueta!—suplicó Luisa, aterrada.

—Estáte tranquila. No tengo el menor deseo de matarle, y sólo lo haré en último extremo.

El postillón había oído confusamente el diálogo, y volviendo la cabeza, preguntó:

—¿Qué murmuráis, ciudadanas?

—¡Oh, ciudadano! Decimos que nos asustan esos silbidos y esas luces.

—¡Bah! Vuestra piel no vale la pena de ocuparse de ella—replicó el postillón, arreando al caballo.

De pronto paró el coche, y un hombre gigantesco, envuelto en una amplia capa y tocado con un sombrero grande, calado hasta los ojos, se acercó á él y ordenó á las muchachas que descendieran. Viéndolas miedosas, dijo:

—No teman nada. Sólo buscamos el dinero del gobierno.

Registró el coche, las ordenó que nuevamente subieran á él, y dió orden al postillón de reanudar el viaje.

Al día siguiente, de noche ya, llegaron á Caen.

Ardían en deseos de tomar la diligencia para París; pero al intentar hacerlo las pidieron sus pasaportes; no los llevaban, y el comandante de la gendarmería las aprisionó.

Su prisión, por fortuna, no era un calabozo sombrío y dismantelado: era una habitación del piso bajo del cuartel mismo de la gendarmería. En ella había dos camas, separadas del resto de la habitación por una cortina, ante la cual un centinela vigilaba constantemente.

Por una casualidad providencialmente novellesca, en una de las paredes estaba colgado un cuadro, en que bajo el cristal estaba el modelo de pasaporte.

A los pocos días, la dulzura y la simpatía de las dos muchachas había conquistado á los guardianes; la vigilancia se había suavizado, y una noche, saltando por la ventana sin rejas que daba al camino y llevando el pasaporte falsifi-



Madame Roland saliendo de la cárcel de la Conserjería para ir al cadalso
(De un grabado de la época)



El 9 termidor en la Convención
(De un grabado de la época)

cado, las prisioneras huyeron y llegaron, sin que su fuga fuese notada, á tiempo de tomar la diligencia, en que había dos plazas vacantes.

Por fin, en la noche del 10 termidor, al salir de Nanterre, vieron los resplandores de una potente iluminación: era París, que festejaba la muerte de Robespierre con animadas *farandolas* á los gritos de ¡Viva la República! ¡Libertad ó muerte! ¡Abajo el tirano!

EN LA BOCA DEL LOBO

Al amanecer del día siguiente, un empleado de la «Casa de Justicia» encontró, tendida sobre la escalinata, una mujer desvanecida. La miró con asombro, la cogió cuidadosamente en sus brazos y la condujo á las oficinas de la Conserjería.

—¡Ah, señorita Enriqueta!—la dijo cuando al fin la vió recobrar los sentidos—. ¿Es posible que usted se encuentre así?

Aquel hombre, factótum entonces del jefe de aquellas oficinas, había sido antes de la Revolución dependiente de M. de Beaulieu, á quien quería mucho.

Enriqueta le contó sus cuitas, y él ofreció su apoyo; tenía mucha influencia allí y en todas las prisiones.

Entretanto el día avanzaba, y antes que ningún otro empleado llegó el jefe de la oficina.

—¡Canallas!—gritó viendo la oficina vacía—. ¡Enemigos de la República! ¡Hombres sin civismo! ¡Os haré guillotinar á todos!

Luego, fijándose en Enriqueta, preguntó:

—¿Quién es esta mujer?

—Ciudadano: es mi sobrina.

El jefe no preguntó más, y siguió gritando contra sus auxiliares.

—Ciudadano—dijo entonces el factótum—, no hay que alterarse; aquí estoy yo para hacer el trabajo.

—¿Tú? Harían falta diez como tú. ¡Hoy tenemos tarea para dar y tomar!...

—Tío—dijo entonces Enriqueta vislumbrando la posibilidad de quedarse allí, cerca de la prisión donde estaban sus parientes—, ¿no podría yo ayudarte? ¡Me gustaría tanto servir al ciudadano y, sobre todo, á la República!

—Probaremos.

Enriqueta había trabajado mucho auxiliando á su padre en la administración de los bienes del duque de Penthière, y la prueba fué favorable á su propósito.

—¿Qué es tu sobrina?—preguntó el jefe asombrado.

—Planchadora.

—¡Diablo! Para una planchadora no está mal. Entre todos estos vagos no hay ninguno capaz de hacerlo mejor. La tomo como empleada.

—¡Vamos! ¿Cómo quieres que una muchacha venga á trabajar aquí entre tantos hombres? No puedo negarte nada; pero ¡eso!—dijo el falso tío.

—¡Vaya una dificultad; que se vista de hombre! La reservaremos ese despacho que tiene estufa. Ella tendrá la llave. Además, por la mañana barrerá las oficinas, que bien lo necesitan, y además me cuidará el gato.

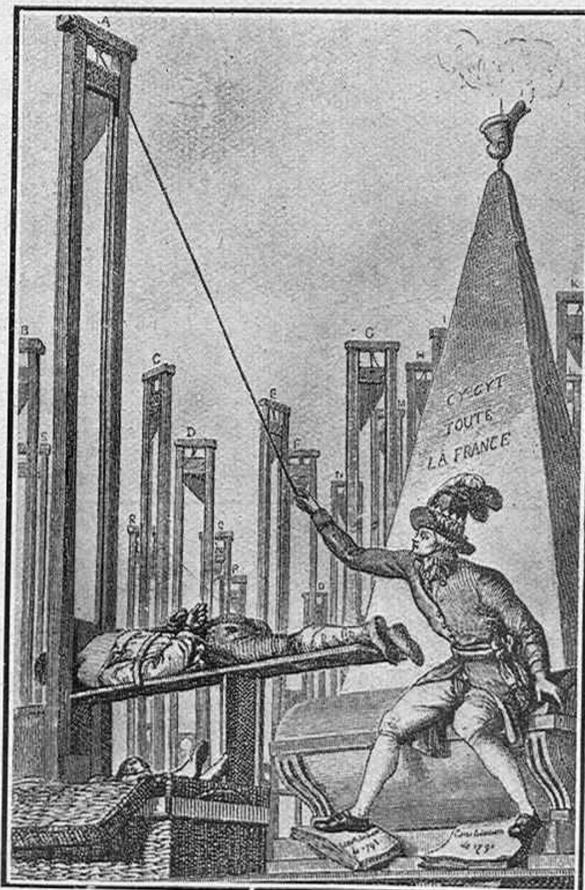
Aquel hombre, auxiliar consciente de los verdugos del terror, conservaba en su alma un afecto: el de su gato.

—¡Ciudadano!—dijo Enriqueta—. Creo que eso es posible, y seré feliz si puedo ser útil á la República.

—¡Ah! ¿Tienes civismo? Pues añadiré á tu sueldo una taza de café para tu desayuno y te pagaré la comida del gato.

•••••

La muerte de Robespierre había llenado de esperanza á los presos: la guillotina desapareció de las plazas de la Revolución y del trono derribado, y el tribunal revolucionario fué suprimido el 11 termidor...; pero la esperanza duró poco; doce días después, el tribunal volvió á funcionar,



Facsimile de un grabado de la época. Representa á Robespierre ejecutando por su propia mano al verdugo después de haber hecho ejecutar á todos los franceses

y la guillotina se alzó de nuevo, aunque en distinto sitio. Ciertamente que el rigor fué aminorado; el antiguo tribunal había hecho cortar más de mil cabezas en un mes; el nuevo, en cuatro meses, de 942 acusados, sólo condenó á muerte á 40.

Enriqueta veía cuán fútiles pretextos bastaban para pronunciar aquellas terribles sentencias, y había leído el proceso de M. de Beaulieu: se le acusaba de lo más grave que podía imaginarse entonces: de «ex noble y aristócrata»; de «haber maltratado siempre al pueblo, despreciando la Revolución», y de «haber formado parte de un club de aristócratas que conspiraban para derribar la República». Eran lógicos los temores de la muchacha.

COMUNICACIONES SECRETAS

Los presos, que paseaban durante un breve recreo por el patio de la Conserjería, vieron un día un espectáculo extraño: en el alféizar de una ventana, defendida por una triple reja, un gato jugaba alegremente con un rosario de nueces que, pendiente de un hilo, oscilaba á cada golpe de la pata del animalito. Por fin, una vez el hilo se rompió, y las nueces cayeron ruidosamente al patio.

Los guardianes corrieron á recogerlas, y las examinaron: estaban vacías. Pronto averiguaron de lo que se trataba: un joven empleado, secretario del jefe de las oficinas, se entretenía jugando con el gato, cuyo cuidado tenía á su cargo.

Cierto día, una nuez cayó precisamente sobre Antonio de Beaulieu, haciéndole estremecerse; el prisionero había comprendido que era un mensaje para él. Con el pié hizo rodar la nuez hasta un banco; y luego, sentándose en él y esquivando la vigilancia, la cogió; efectivamente, dentro de la cáscara había un papel que decía: «Enriqueta vela por vosotros.» Desde aquel momento el sistema de comunicaciones quedó establecido, y mediante él supieron los presos que recibirían una visita importante ante la cual debían ocultar su emoción; era la del falso tío que, gracias á sus amistades, podía entrar en la Conserjería fácilmente. Así comenzó Enriqueta á enviar instrucciones para la defensa, que luego amplió entrando ella misma en la prisión de Pleris, á que los procesados fueron conducidos.

Hubo en aquellas visitas detalles trágicos difíciles de relatar aquí. Al cabo, Enriqueta juzgó que todo estaba dispuesto, y logró que fuesen juzgados sus parientes.

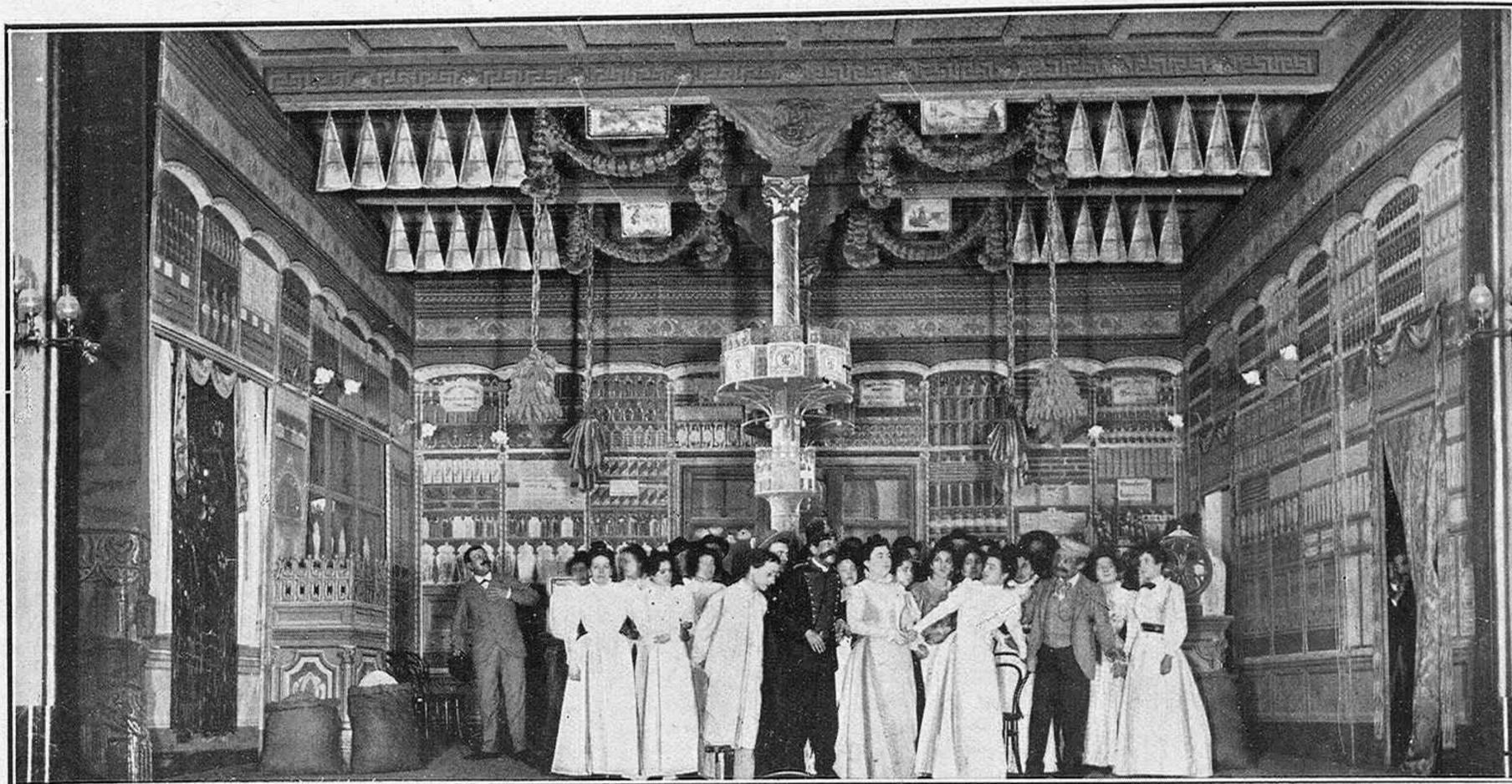
Las últimas instrucciones se las dió en el momento en que entraban ante el Tribunal, deslizándoles un papel en que iban escritos, en el bolsillo previamente abierto por ellos cumpliendo instrucciones anteriores.

Al fin, gracias á aquella heroica labor, fueron absueltos, terminando así las penalidades de la heroica muchacha.

MINISTERIO DE CULTURA
BIBLIOTECA NACIONAL
MADRID

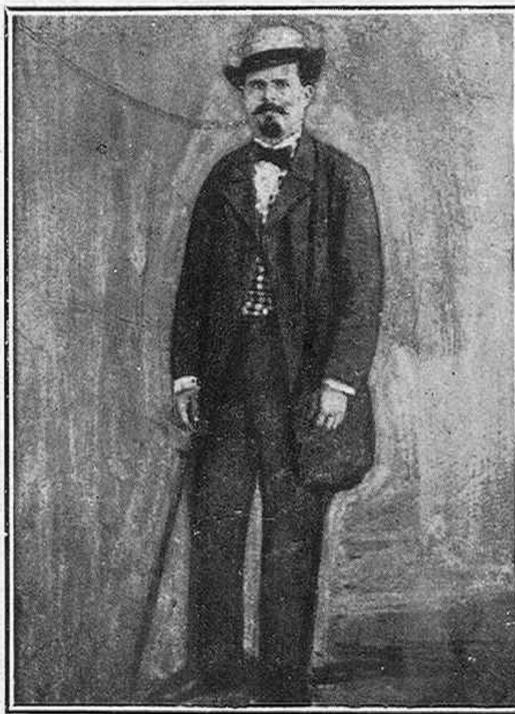
TEMPORADAS DEL GÉNERO CHICO

EL MAESTRO CABALLERO



Una escena de «El señor Joaquín» en la época de su estreno

EL homenaje que los murcianos quieren tributar al maestro Caballero, elevando en Murcia un monumento que perpetúe la memoria del gran compositor, nos ha proporcionado la resurrección de dos obras de aquél género chico tan calumniado entonces y que ahora echamos muy de menos: *La Viejecita* y *El señor Joaquín*; dos obras que, como *La Marsellesa*, *El dúo de la Africana* y algunas más, siguen figurando en los repertorios de orquestas, sextetos y duetos de café, sin perjuicio de elevarse con frecuencia á mayores alturas, porque su música tiene todos los aromas y todas las esencias de la música popular, de la que viene del



EL MAESTRO CABALLERO
En 1860

los esplendores del género, se dignaba descalzarse el coturno, quitarse el peplo, vestirse en traje popular y escribir esa obra, ópera española, inmortal también, que se llama *La verbena de la Paloma*.

Caballero era el decano de aquellos músicos. Más viejo que ellos, había comenzado su vida artística muy pronto, á los dieciocho años; siendo aún alumno del Conservatorio, tocaba, con sus maestros, como primer violín en la orquesta del Real, y había alcanzado los tiempos gloriosos de la zarzuela, á la que dió *El primer día feliz*, *Las dos princesas* y tantas otras, entre las que descuella *La Marsellesa*. Había trabajado tam-



EL MAESTRO CABALLERO
En 1863

pueblo, con toda su inocente gracia, y cuando vuelve al pueblo, si pasa por un compositor capaz de sentirla, vuelve aún con todo su encanto, engalanada por una técnica servidora fiel de su espíritu, no disfrazada por los excesivos afeites destructores de su ingenuidad.

El señor Joaquín y *La Viejecita* son coetáneas: corresponden á la misma época gloriosa de la Zarzuela, en que el teatro de la calle de Jovellanos no necesitaba llamarse «teatro lírico nacional» para serlo, y en que eran posibles y aun productivas dos campañas, hechas simultáneamente por Caballero, en la Zarzuela, y por Chapí, en Apolo, y en que el mismo Bretón, atraído por



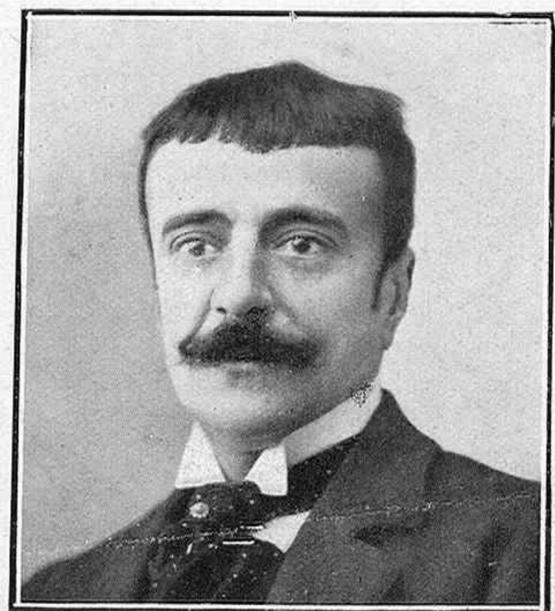
EL MAESTRO CABALLERO
En 1877



ANTONIO GONZALEZ



PACA SEGURA



JULIANITO ROMEA

bién para los bufos, de las que aun perdura, como única muestra de un pasado en apogeo de esplendor, *Los sobrinos del Capitán Grant*; y era como un puente tendido entre la generación de Barbieri, Arrieta, Oudrid y Gaztambide, que fueron sus compañeros primitivos, y la de Chapí, Bretón y Jerónimo Jiménez, que lo fueron en los últimos años de su vida.

Tan sabio como los primeros, cuando comenzó su vida artística era, musicalmente, tan joven como los últimos cuando convivía con ellos. Diez ó doce lustros de producción constante no habían quitado lozanía á su musa grácil y gentil: *La Viejecita* y *El señor Joaquín*, ahora resucitadas, son buenos ejemplos de aquella inagotable lozanía.

La música de Caballero era, además, y esto

acrecienta el mérito de su prolongadísima fecundidad, música verdaderamente dramática, que respond a siempre, avalorándola y dándola siempre dentro del género, la elevación lírica, á las ideas del poeta libretista; no era música de «sononete», como la de algunos compositores «fáciles» de los que ahora usamos, que exigen del libretista que convierta en criaturas viables los «monstruos» que á guisa de cantables adaptaron á las frágiles notas de sus concepciones musicales.

La gracia picaresca de *La Viejecita* es absolutamente diferente del tono sentimental de *El señor Joaquín*, y, sin embargo, para las dos tuvo la musa de Caballero la misma inspiración genial que ha hecho páginas inolvidables aquella canción que decía con tanto arte Lucrecia Arana en su papel de Carlos, y la alborada de *El señor Joaquín*, que tiene todo el sabor regional junto con toda la melancolía de las *sauzades*.

Amplio de concepto y de línea y original siempre, Caballero no necesitaba para parecerlo acudir al recurso, importado por Chapí, porque *La Bruja* lo pidió, de la sordina en los cornetines, y de que ahora se abusa en la «música negra», que de los *dancings* ha subido á enseñorearse de los escenarios.

Poco antes del estreno de *El dúo de la Africana*, Arrieta, en su discurso inaugural en el Conservatorio, había sostenido, comentando una *Sinfonía española*, de autor francés, ruidosamente protestada por el público de la Sociedad de Conciertos, y como si Bizet no hubiera existido, que los extranjeros nunca podrían sentir la música española, y había exclamado:

—¡Cómo había de ocurrírsele á un español que cantaran una copla de jota los trombones!

A Caballero se le ocurrió, y la famosa jota del dúo es, á pesar de su instrumentación, que hubiera horrorizado á D. Emilio, una fortísima página de música muy genuinamente española.

Ese «carácter» de su música es uno de los rasgos fundamentales; sus jotas, tantas en cantidad y tan variadas, son todo un tratado de estilización de la música popular, tan diestramente hecho, que muchas de sus páginas son cantadas aún como verdaderas creaciones del pueblo.

Las temporadas de *La Viejecita* y *El señor Joaquín* fueron gloriosas para la zarzuela española, admirablemente adaptada á los moldes del género chico: Arniches se hizo famoso gracias á su famosa fórmula del «melodrama comprimido»; Chapí, Caballero, Jerónimo Jiménez y aun Chueca y Valverde, habían hecho antes la experiencia comprimiendo la zarzuela; pero escribiendo partituras muy dignas de figurar al lado de *Pan y Toros*, *El Juramento*, *Jugar con fuego*, *El dominó azul* y tantas otras, verdaderas óperas cómicas españolas, en las que tuvo, realmente, un momento feliz el teatro lírico español, muy superior entonces á los italianismos que andaban por el mundo. Caballero era empresario de la Zarzuela, y aun á riesgo de perder su dinero, había formado una Compañía

digna de él y de los prestigios de aquel teatro.

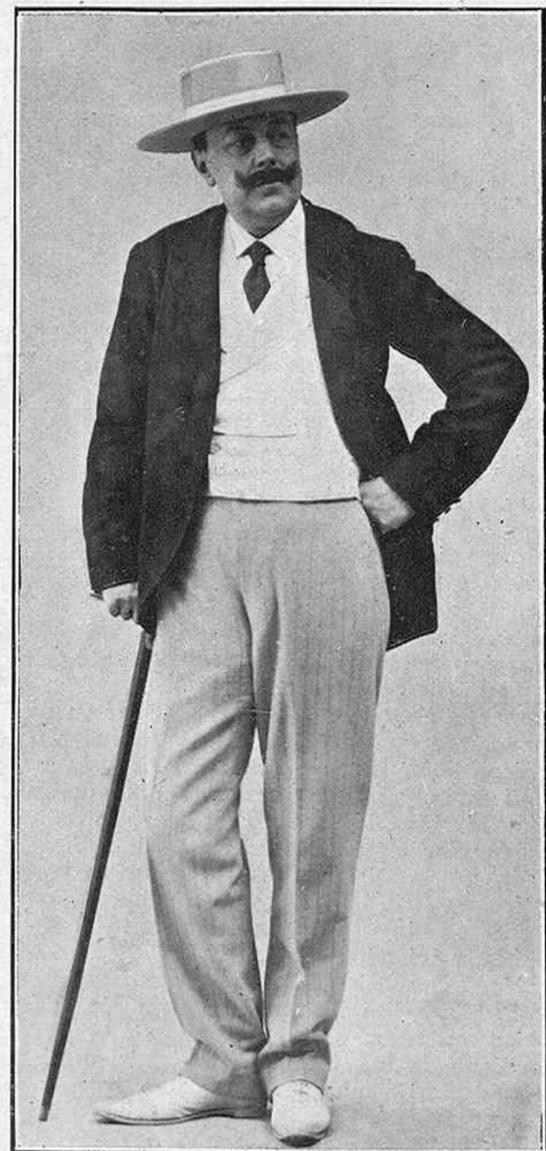
Figuraban en ella Lucrecia Arana, Paca y Conchita Segura, Julián Romea, Sigler, *Gonzalito*, y fué entonces cuando, por requerir una obra de Sellés un actor de mayor talla aún, Caballero contrató á Antonio Vico, pagándole espléndidamente.

Julianito Romea, que era un excelentísimo actor, era también un buen director y un excelentísimo maestro de actores, aunque sólo explicaba con el ejemplo. En aquellas temporadas volvió á escribir para el teatro, faltando así á la palabra que había dado al público cuando, durante la ruidosísima protesta contra una obra suya, en cuya interpretación tomaba parte, se adelantó á las candilejas y dijo:

—Perdonen ustedes. ¡No lo volveré á hacer!



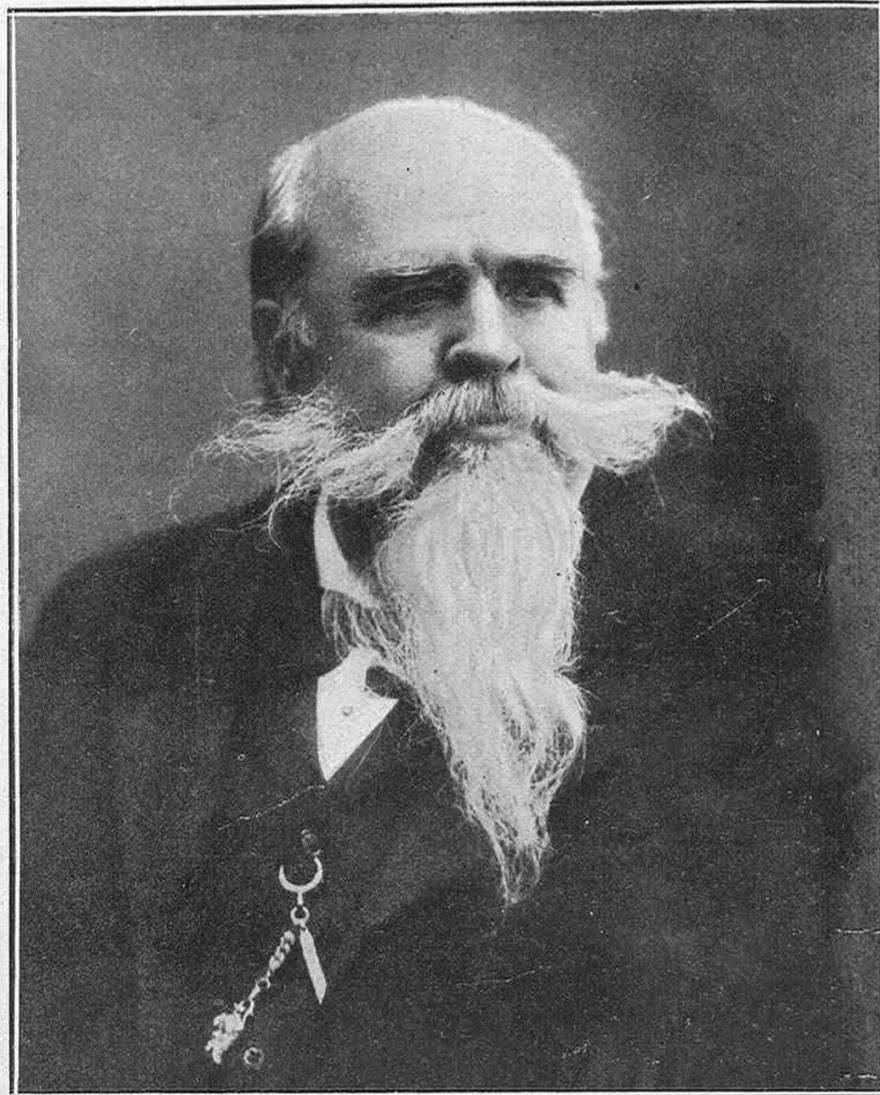
CONCHITA SEGURA



EL BARITONO SIGLER



LUCRECIA ARANA
En la época del estreno de «La viejecita»



EL MAESTRO CABALLERO
En la época del estreno de «La viejecita»

Al lado de Julianito llegó á ser un excelente actor cómico, que tuvo, aunque murió joven, un largo período de gran popularidad, Antonio González, *Gonzalito*, que muy poco antes era un modestísimo oficial de zapatero, y después de revelarse en el *Virginio* de *El Bateo* y asentar su fama en *De vuelta del Vivero*, fué actor indispensable en aquellas inolvidables formaciones de la Zarzuela.

Lucrecia Arana estaba entonces en el punto culminante de su admirable carrera artística. Con admirable voz, que no perdió nunca, y cantando admirablemente lo mismo *La Viejecita* que *Gigantes y cabezudos*, triunfaba siempre, y era otro gran prestigio del cartel de la Zarzuela. Fué entonces cuando comenzó, de modo algo extraño, la aventura amorosa que dió la felicidad á dos grandes artistas.

Sigler era un barítono procedente del género grande, y más concretamente de la opereta, que entonces no era aún austriaca, sino vienesa, y había culminado después de *Los mosqueteros grises*, *Rip-Rip* y otras obras famosísimas que tenían su templo en Price: *La Mascota* y *Miss Helyet*. Sigler había cantado aquellas dos operetas magistralmente, y Caballero le contrató también para el género chico.

Tampoco podía prescindirse entonces en una «formación» grande, aunque fuera para el género chico, de las hermanas Segura. Paca, la mayor, figuraba admirablemente al lado de Lucrecia; Conchita, la pequeña, era casi una niña: uno de sus primeros papeles fué el de *Luisa* en *La Viejecita*, precisamente. Uno de sus mayores triunfos, en *El señor Joaquín*. Difícilmente será superada en ninguna de las dos obras.

Ahora, volviendo á oír *La Viejecita* y *El señor Joaquín*, hemos echado de menos muchas cosas; pero hemos vuelto á oír música española popular bien estilizada.

La Zarzuela fué también esa tarde, aunque sin pompas ni vanidades, el teatro lírico nacional.

Quizá por haber olvidado un poco aquellas tradiciones, que podríamos sintetizar en Barbieri, Caballero y Chapí, nuestros músicos actuales parecen algo desorientados, y aun el mismo

maestro Vives, puente, como Caballero, entre dos generaciones: la de Chapí y Caballero mismo, con quienes convivió, y la de Moreno Torroba, con quien convive, resulta más convincente para el público cuando escribió *Bohemios*, que en alguna de sus obras más recientes.

Caballero, que en su época estudió la música muy sólidamente, como la estudiaban los que en su época pretendían ser maestros de capilla —suma dignidad musical en su tiempo—, no se durmió sobre los laureles conquistados con aquellas técnicas que algunos consideran aún excesivamente elementales, sino que siguió el progreso musical y progresó él mismo, ganando en amplitud y riqueza de armonía y de instrumentación; pero sin pasar nunca de un límite máximo, que le fijaba su perfecto conocimiento de la capacidad musical del pueblo.

Caballero, además, llegó en la instrumentación, dentro de esa norma de conducta, más lejos que la mayoría de sus contemporáneos, por no decir que todos, gracias á su preparación especialísima. Caballero tocaba, además del violín, en el que fué profesional, y el piano, en que pudo ser concertista, y lo fué en la Habana sobre todo, hasta que un accidente le limitó los movimientos de la mano, todos los instrumentos de la orquesta; y así, conociéndolos, perfecta, íntimamente, lograba de ellos los mayores efectos.

Aquel conocimiento dió ocasión para curiosas anécdotas en su vida. Una vez, por ejemplo, ensayando *La Marsellesa*, un clarinetista no acertaba á ejecutar un pasaje escrito con cierta novedad, y para defenderse dijo imprudentemente:

—Maestro: es que esto no se puede tocar con el clarinete.

—¿No?—dijo Caballero—. Traiga el instrumento y probaremos.

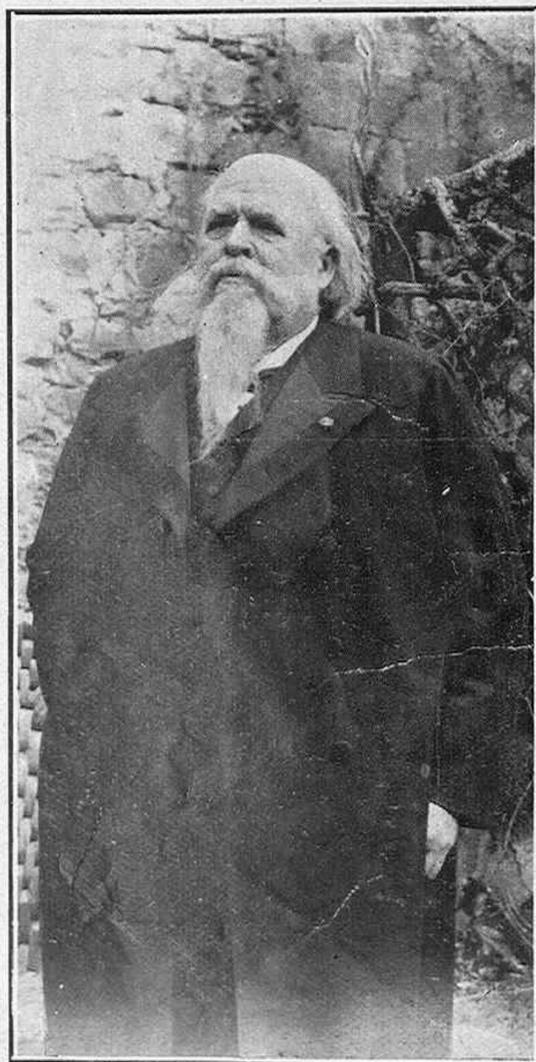
Y asombró á todos ejecutando primorosamente lo que había escrito.

Otra vez, en la Zarzuela, en un momento en que la temporada iba mal, le preguntaron:

—Maestro: ¿es verdad que usted ha tocado todos los instrumentos de la orquesta?

—Sí; sólo me faltaba el violón, y le estoy tocando ahora.

A. M.



EL MAESTRO CABALLERO
En 1900



APUNTES DE HOY

(Dibujo de Ochoa)

S I S T E R S

Das figuras femeninas casi gemelas. Avanzan por el campo florido, y todo en ellas es reflejo y encarnación de la primavera: los trajes claros, vaporosos; los leves sombreros, la sombrilla frágil, el ramo de grandes rosas.

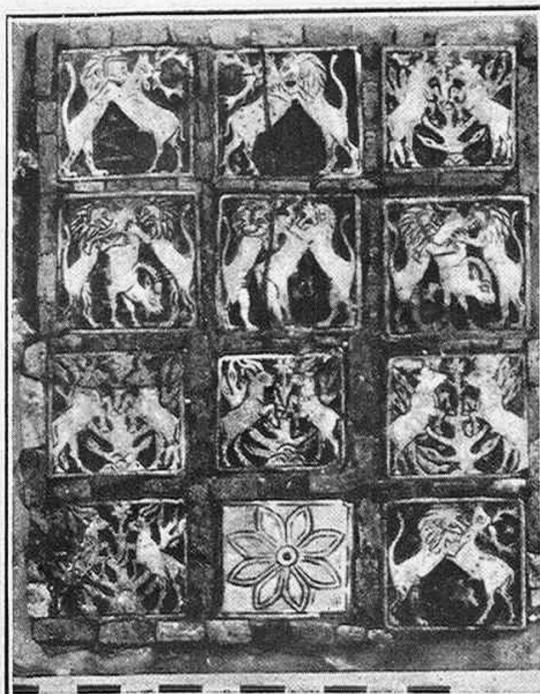
Así, juntas las dos figuras femeninas, gemelos sus trajes y sus actitudes, diríase que son los primeros pajes anunciadores del gran cortejo nupcial de Mayo.

La pareja, por esa gracia igual de sus actitu-

des como de su trajes, casi viene á ser también como un símbolo de algo que está muy dentro del mundo actual de los escenarios: el *sisterismo*, la privanza de las parejas de hermanas que bailan igual y visten igual y sonríen igual...

En España como en el Extranjero—apenas hace falta recordar nombres—, los tabladós frívolos ven muy frecuentemente esas *dos ediciones* de una misma danza, y diríase que de una misma mujer...

Avanzan ó retroceden del mismo modo. Al sonreír, lo hacen las dos, como al bailar, como al saludar. Todo en ellas, de este modo, es doble. Y uniforme, mecánicamente. Es posible que alguien diga que el trabajo teatral entendido así pierda gracia, espontaneidad, improvisación. Mas tiene una gracia de armonía, de simetría. En algunos de los frisos debidos al genio helénico, las figuras también no hacen sino reproducir una misma actitud...



Juego parecido á las damas, de gran belleza artística, que formaba parte del tesoro funerario de la reina sumeria Shub-Ad

EL RIQUÍSIMO TESORO DE UNA REINA DE HACE CINCO MIL AÑOS. LEJANO ORIGEN DE LA PEINETA ESPAÑOLA

EN artículos anteriores nos hemos ocupado de los sensacionales hallazgos arqueológicos que se viene realizando en la soterrada y milenaria ciudad mesopotámica de Ur, emporio en edades remotas de la civilización sumerio-acadia, y ya en los tiempos bíblicos patria de Abraham. Como es sabido, los hasta ahora fructíferos trabajos de exploración los lleva á cabo una Comisión mixta, dirigida por el eminente arqueólogo Mr. C. Leonard Woolley, y compuesta de especialistas en este linaje de estudios pertenecientes al *British Museum*, de Londres, y al *Pennsylvania University Museum*.

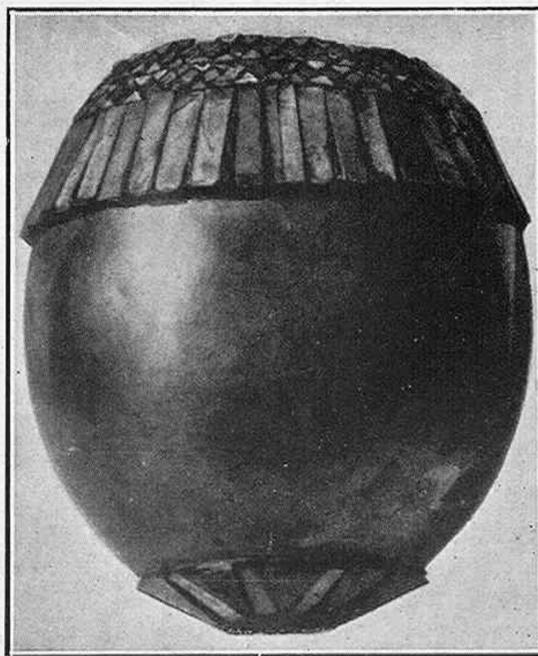
Explora en la actualidad la citada Comisión el extenso perímetro que en la vieja Ur comprendía las tumbas reales. Y, cual se esperaba, van surgiendo de las ruinas documentos cada vez más valiosos para la historia, aún bastante oscura, de los primitivos pobladores de esa región del Asia antigua, comprendida entre el Tigris y el Eufrates.

Recientemente se han efectuado varios descubrimientos de verdadero mérito, sobre todo uno de ellos referente al arte de la construcción. Teníase por generalmente admitido que si bien la bóveda era ya conocida de generaciones muy remotas, ésta y el arco habían llegado á su mayor desarrollo en la época romana. El ejemplo de bóveda más antiguo que se cita es la existente en una de las pirámides de Egipto, que parece ser anterior al año 1540 antes de Jesucristo. Ahora se ha podido comprobar que el arco y la bóveda se construían por los sumerios hace cinco mil años, antigüedad asignada por los descubridores á la necrópolis real de Ur. Describiendo Mr. Leonard Woolley en las columnas de *The Times* el lugar del hallazgo, dice así:

«Una rampa corta y violenta conduce á la cámara mortuoria, en cuyo ingreso aparecieron los esqueletos y armas de seis guardianes sacrificados allí mismo para que custodiasen la tumba real. Al otro extremo de la galería encontramos los restos de dos carrozcos. De la armazón de madera no quedaban sino las huellas impresas en el suelo; pero eran éstas tan precisas, que se podía reconstruir la forma completa del vehículo. Cada carrozco debió estar arrastrado por tres bueyes cuyas osamentas, juntas con las de sus conductores,

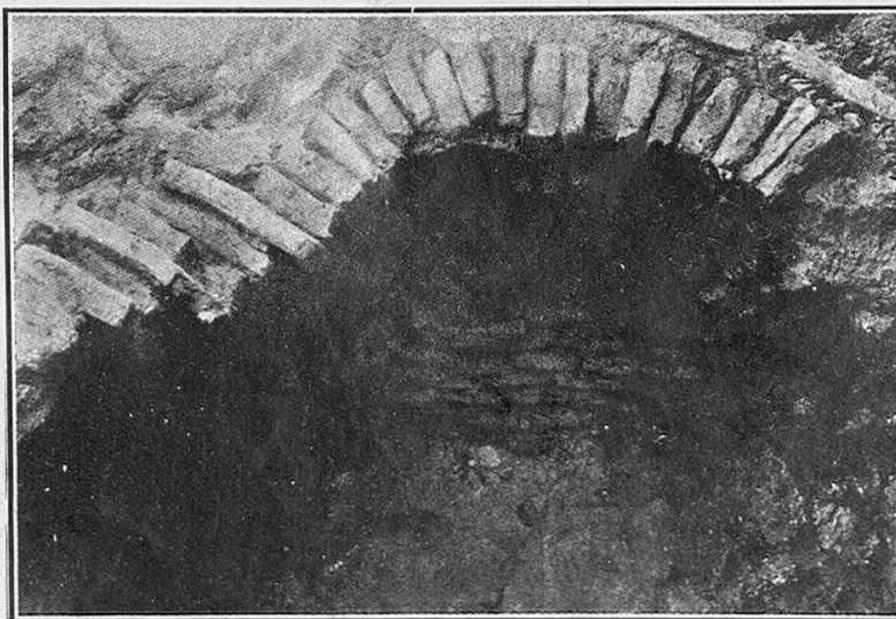
Las excavaciones en la ciudad de Abraham

Un descubrimiento importante para la historia de la arquitectura

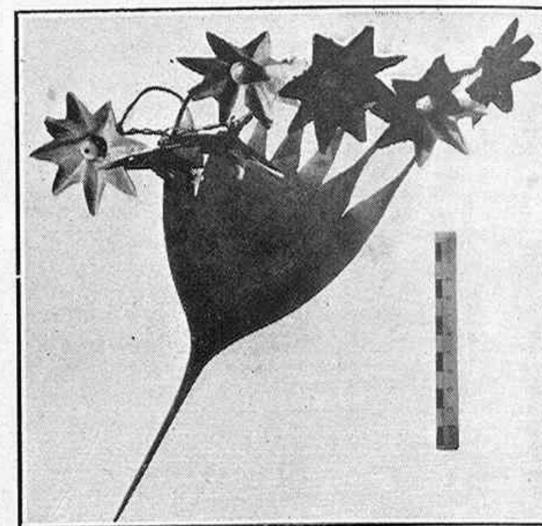


Vaso de cosméticos, de oro, con incrustaciones de piedras preciosas, que con otras valiosas joyas ha sido descubierto en el sepulcro de la reina Shub-Ad

blanqueaban entre la numeda arenisca. Y no eran estos solos trágicos testimonios de los antiguos sacrificios humanos lo que nos reveló la exploración de la tumba real, puesto que en toda la extensión de la galería hallamos otros cincuenta esqueletos, alineados en serie de veinticinco, junto á los muros. Podíase apreciar á simple vista, por el tamaño de las osamentas que unos pertenecieron á individuos del sexo masculino y otros al femenino. Probablemente, aquellos restos eran los de los esclavos del rey y los de las mujeres de su harén, once de las cuales aún presentaban vestigios de su pobre adorno personal mezclados con los corroídos huesos... Pero el descubrimiento más sorprendente que pudimos hacer en este sepulcro, cinco veces milenario, fué el de una puerta coronada por un arco de ladrillo, y ya en plena cámara funeraria, una media bóveda, también de ladrillo, con terminación absidal. De ello resulta, por consiguiente, que arco y bóveda eran familiares á los constructores sumerios



Arco media bóveda, con terminación absidal, descubiertos en la necrópolis real de Ur (Mesopotamia), y cuya antigüedad se calcula en 5.000 años



Adorno de cabeza, de oro, cuya forma revela los lejanos precedentes de la clásica peineta española, y que constituye uno de los hallazgos más sorprendentes de la necrópolis real de Ur

unos tres mil años antes de nuestra Era, constituyendo este hallazgo un dato de la mayor importancia para la historia de la Arquitectura.»

No menor interés ofrece en esta serie de afortunadas excavaciones el hallazgo, en una de las tumbas reales, del joyero completo de la reina Shub-Ad, y que, según la tradicional costumbre de los antiguos pueblos orientales, era enterrado con los monarcas muertos. He aquí los términos en que da cuenta de su hallazgo el arqueólogo Mr. Woolley:

«En un extremo de la cámara hallábanse amontonadas las valiosas ofrendas, que, primitivamente, debieron estar colocadas en estanterías de madera; pero que, al ser destruidas éstas por la acción del tiempo, fueron apilándose en el suelo cubriéndolas al fin los desprendimientos de tierras y cascote. Mejor conservado se hallaba el féretro en que yacía íntegro el esqueleto de la reina Shub-Ad, y al que daban eterna compañía las osamentas de sus sacrificados esclavos.

Sorprendente era el espectáculo que se nos ofrecía, cuando, una vez desembarazado de tierra el regio esqueleto, se presentó á nuestras miradas el tocado mortuorio de la soberana sumeria. Componían el principal adorno de la cabeza, y que debió estar colocado sobre una peluca, numerosas laminillas de oro en forma de cinta que debieron sujetar los bucles de la peluca. Ceñía la frente magnífica diadema constituida por grandes cuentas de lapislázuli y cornerina, de las que pendía pesados anillos de oro. Sobre la diadema descansaban otras dos coronas del mismo precioso metal. Imitaba una de ellas las hojas de la morera, y la otra ramas de sauce, entrelazadas, alternando con pequeños grupos de rosas cuyos pétalos de nácar y lapislázuli, há-

bilmente trabajados, acreditaban el refinado gusto artístico de los orifices sumerios. Por último, y este es el hallazgo más curioso, completaba el tocado de la reina un adorno parecido á una peineta española, que ofrece la particularidad de tener la forma de una mano con siete dedos, terminando cada una de estas púas de la peineta en florecillas de oro. Además de estos preciosos restos de la magnificencia regia, encontramos una considerable cantidad de anillos, ajorcas, amuletos, útiles de tocador y vasijas de oro y plata, más un extraño tablero, destinado, sin duda, á algún juego parecido á las damas ó al ajedrez, en cuyos cuadros están representados, en bellas incrustaciones de nácar, diversos animales, probablemente de simbolismo sagrado. Este tesoro, del que forman parte unas treinta ánforas de alabastro y esteatita, se compone en total de ciento cincuenta piezas.»

A. R.

UN ARTÍCULO Y UNA CARTA

LOS LIBROS NUEVOS EN LAS LIBRERIAS DE VIEJO

Yo he escrito algún que otro libro. No lo digo con alarde jactancioso ni reclamista, sino con arrepentimiento. Cometí esa pifia. No tenía entonces la experiencia ni los años que hoy. Cogí un puñado de pesetas, y las repartí entre el papelerero, el de la imprenta, la encuadernación y el editor. Este me dijo al coger los billetes: «Usted ganará dinero. Cuando escriba usted el quinto tomo le quitará el público los libros de la mano.»

Yo, ¡hala!, escribí uno, dos, tres... Estaba cansado, fatigado, laxo. Y le dije al editor:

—¡No puedo más! Del tomo tercero no paso.

—¡Duro! ¡No sea usted cobarde!—me respondió—. Haga usted el cuarto, y luego, un empujón más, y el quinto.

—Yo voy a hacer el quinto—dije, poniendo manos a la tarea; pero me faltaron las fuerzas.

Al confesar mi fracaso, el editor sonó junto a mi oreja, como la fina punta de un látigo, estas palabras:

—Ayer vendí cien ejemplares de sus libros.

Y me repitió al día siguiente:

—Ayer vendí cien ejemplares. ¡Yo le agoto á usted las tres ediciones en tres días!

—¿Sin llegar al quinto tomo?

—No hace falta ya. ¡Cuando digo que las agoto, las agoto!

Miré enternecido al hombre extraordinario que de tal modo llenaba mi espíritu de optimismo. Y pergeñé por aquellos días un artículo encendido, plétórico de esperanzas. ¿Dónde estaban los mastuerzos que se quejaban de la escasez de venta de los libros? ¿En qué charca croaban esas ranas literarias? ¿Por qué no cerraban su boca las plañideras?... Un amigo excelente—que son los que dan siempre las malas noticias—me dijo:

—He visto montones de libros tuyos en una librería de viejo.

Corrí desalado diciendo: «¡Ese hombre me ha agotado las tres ediciones... y la paciencia!»

Allí estaban cientos de tomos sin abrir las márgenes, con sus fajas de papel nuevas, impecables.

—¿Es usted librero de viejo?—pregunté al dueño.

—Sí, señor.

—Pues yo no veo aquí más que libros nuevos.

—¡Es que se quitan años!—me respondió.

Yo me irrité. Veía mis libros con pena hundidos en el cieno, con un rótulo infamante. Para quitarme acidia, el librero me dijo:

—Está usted al lado de Blasco Ibáñez, de Baroja, de *Azorín* y Pérez de Ayala.

—¿Y quién es usted para buscarme á mí los amigos?

Y como las indignaciones de un escritor se convierten en literatura, cogí la pluma y...

•••••

Y escribí un artículo, y una carta al Sr. Martínez Reus, presidente de la Cámara Oficial del Libro. Este organismo, con una actividad y una eficacia nada comunes en nuestro país, conociendo la justicia de mi reclamación, ha tomado las medidas necesarias para proteger los intereses del escritor, socavados por la exagerada codicia de algunos libreros. Y el presidente de la Cámara del Libro, con una galantería que yo agradezco en el alma, contesta á mi alegato las siguientes líneas: «Señor Don Julio Romano. Mi estimado amigo: Con algún retraso contesto á su amable carta, debido á la tramitación natural y lógica que ha llevado, dentro de nuestra Cámara, el asunto de la competencia ilícita en lo relativo á la venta de libros nuevos con rebaja en las librerías de viejo.

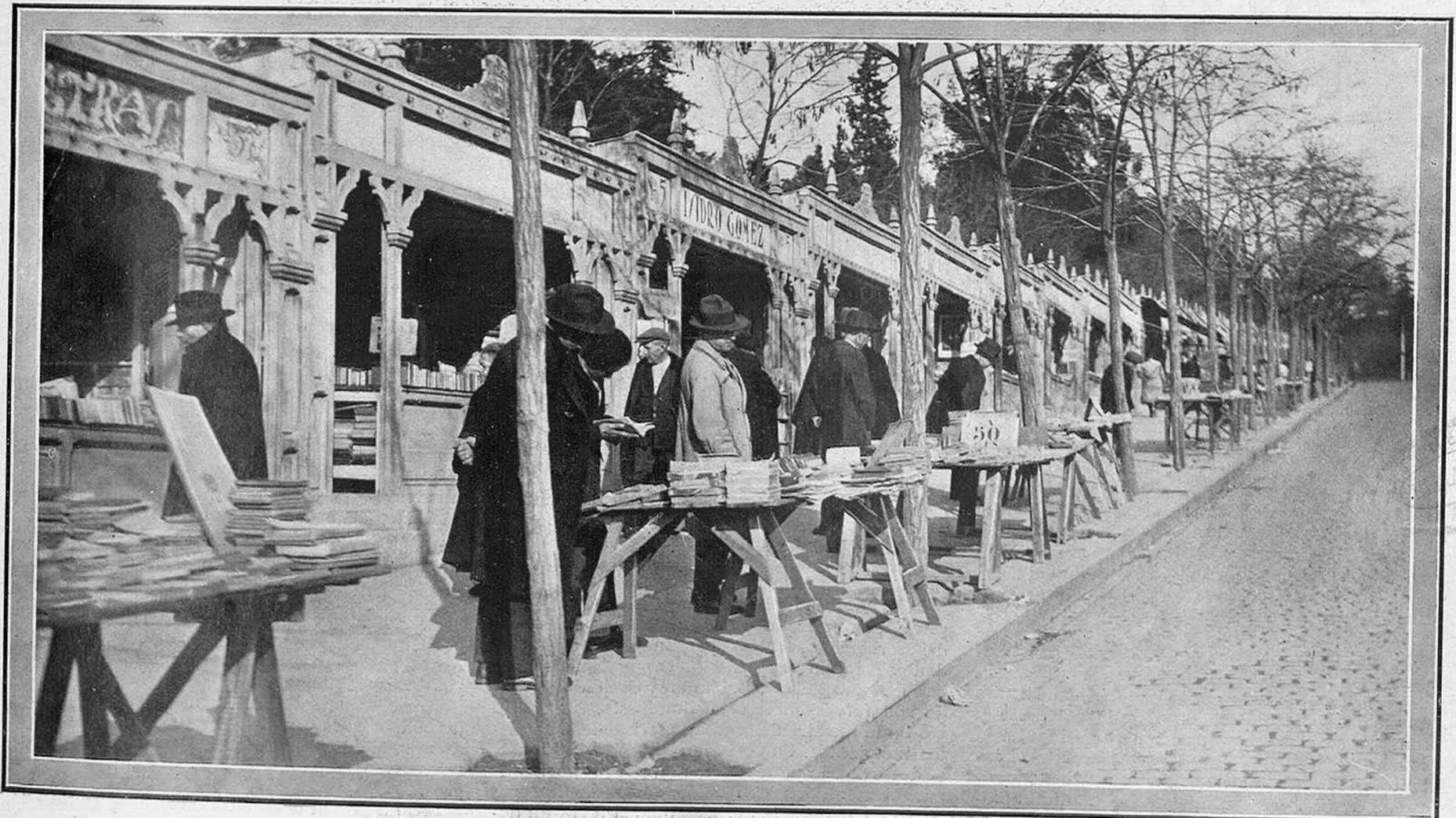
»Afortunadamente, consecuentes con sus pro-

pósitos, que son los nuestros, el pleno de la Cámara aprobó la iniciativa tomada en este aspecto, y organizó inmediatamente la correspondiente inspección mercantil para proceder en la forma oportuna con quienes no sólo perjudican la industria general del libro, sino que rebajan, como usted acertadamente significa, la importancia del escritor, presentándole á veces por el afán de lucro inmediato en un concepto distinto del que suponen sus ediciones.

»Coincido absolutamente con usted en que el libro nuevo, por lo menos durante cierto período de tiempo, no debe consentirse en modo alguno su venta al público á menor precio del señalado, y vengo luchando extraordinariamente con los libreros de lance para impedir esto, que ha de desmoralizar en absoluto el comercio de librería, siendo preferible el que los editores ofrezcan el libro á un menor precio, beneficiando con ello al público, que no que se adquieran las ediciones recién salidas de los talleres de imprenta en condiciones ventajosísimas, y demostrando con la rebaja del ejemplar que los autores son escasamente leídos, lo que muchas veces no es cierto. Firmado: Martínez Reus.»

He transcrito la carta del presidente de la Cámara del Libro, por su importancia y trascendencia. No se trata de un asunto personal, sino colectivo. Tiene razón el Sr. Reus. Los editores deben ofrecer al público el ejemplar á un precio más barato, y no llevar á las librerías de viejo, á carretadas, pirámides de libros recién salidos de las máquinas. Eso rebaja la reputación del escritor—si tiene alguna—y envilece una mercancía que, ¡ay!, ya no necesita para su desprestigio ninguna ayuda.

JULIO ROMANO



Aspecto general de los puestos permanentes de libros viejos y «nuevos» en la feria madrileña

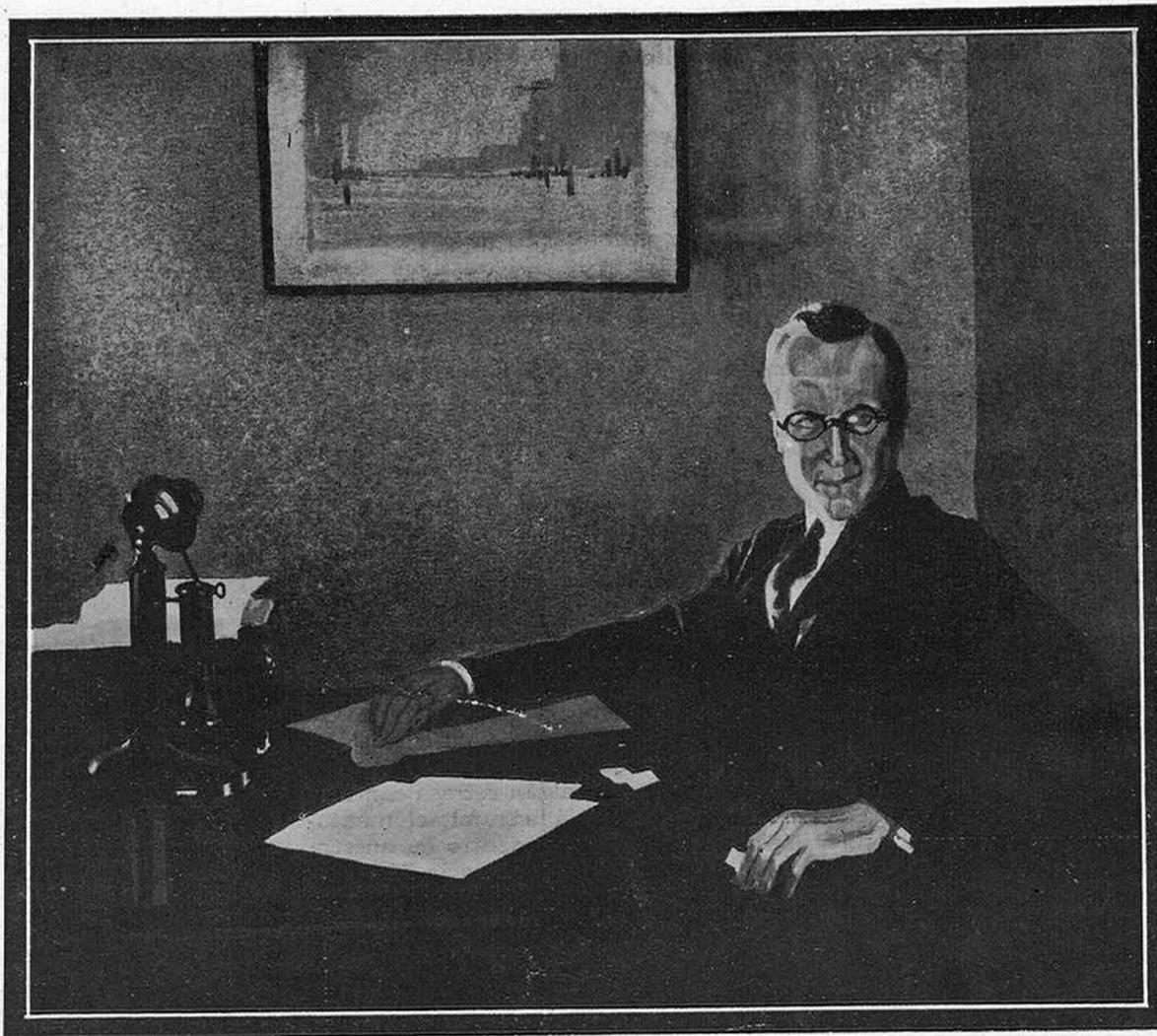
Fot. Díaz Casariego

BO E
BIBLIOTECA
LIBROS

CUENTOS DE «LA ESFERA»

LOS ZAPATOS NEGROS Y EL VIOLÍN MUDO

Por CONCHA ESPINA



EL recomendado era un muchacho fino y moreno, de cara infantil y crespos rizos oscuros.

—Un tipo algo *demodé*—se dijo el director al recibirle—. Pero esto se arregla con unas tijeras y un poco de pomada. Es delgado y tiene esa línea suave y fuerte al mismo tiempo, tan fotogénica. Si no me falla, le cambiaré el nombre, porque no se puede ser aspirante a «estrella» y llamarse Willie Cornelius. Le pondré un nombre comercialmente aceptable: George Bayard, por ejemplo...

Todo esto lo pensaba, casi en voz alta, el director Hill, de la «Rex Corporation», mirando al pobre Willie por encima de las gafas de concha y de las dos tarjetas de visita (la del recomendante y la del recomendado), que doblaba con sus dedos de trabajador terrible. Sonó el timbre del teléfono:

—¡Hallo! Sí, aquí está...; rodamos el *Don Carlos*...; pero es demasiado alto para paje, y para galán demasiado joven...; además, ¿me garantiza usted la *chance* para un papel de compromiso?...; lo siento mucho...; cuando usted guste...; adiós.

Colgó bruscamente el auricular, mientras clavaba las pupilas azules, inocentemente feroces, en el infeliz muchacho. Que no sabía dónde poner las suyas, negras y limpias. Si hubiera conocido previamente al famoso director Hill de los gritos desaforados y la bondad inagotable; si hubiera podido leer en aquella ingenua y sagaz psicología de rústico, no temblaría de emoción y de duda y de vergüenza... Porque en el gran fichero que era el cerebro americano de mister Hill había un nuevo nombre: el de George Bayard, cifra prometedora de la incógnita personalidad de Willie Cornelius...

Hubo un silencio interminable. El muchacho no podía soportar aquella mirada insolente y tonta, que parecía complacerse en su inquietud con infantil crueldad. Dió por fracasado el intento y tomó la decisión menos heroica, pero que le devolvió repentinamente el perdido aplomo: se despidió.

Mister Hill le dejó ir sin responder a su saludo. Pero cuando se disponía el mozo a abrir la puerta bruñida del enorme despacho, vió, sorprendido,

que se abría sola y que en su marco aparecía la noble figura de un hombre muy elegante, de afable expresión cortesana, con su pelo gris y su correcto *cut-away*... Se oyeron las palabras agrias del director Hill:

—¡Meyer! Haga usted el volante del señor. A nombre de George Bayard...

Y luego, dirigiéndose a Willie con voz cortante de coronel apoplético:

—Mañana, a las siete, en el estudio de Babelcity. Hay que aprovechar el sol. Se le dará desayuno. Lleve dos pares de medias de seda y un par de zapatos de charol, escotados. Le sirven unos *pumps* de baile. Las medias pueden ser de seda artificial, pero consistentes... ¡A las siete en punto!

•••••

Como esto no es un cuento..., aunque pudiera parecerlo, vamos a romper la tradición literaria del género, que exige reservar las noticias felices para el final, y anticipemos al lector que Willie Cornelius hizo famoso el enfático alias que le pintiparó mister Hill.

Cuando salió de las oficinas de la «Rex Corporation», confortado por las beatíficas cortesías del secretario general Meyer, anochece en la ciudad y estaban cerrados los comercios. Era sábado. Avanzó el muchacho muy decidido, pisando con fuerza en la calle iluminada, sin gente. No tenía ese aire de cazador furtivo de los artistas incipientes. Como todo el que tiene talento, se daba de ello perfecta cuenta; pero conocía admirablemente su obligación social de hacerse perdonar esa gracia divina, como si fuera un delito. Con su aire ensimismado, sin manifestar jamás optimismos detnantes, cualquiera diría que no le importaban su arte ni su porvenir. Pero aho-

ra marchaba decidido, pisando con fuerza...

Pensó que como al día siguiente era domingo, no podría ya comprar los *pumps* que necesitaba, y que habría que pedirlos prestados. También las medias de seda; pero esto no le preocupaba. Tenía dos ó tres amigos y muchos conocidos. Se detuvo un instante para determinar adónde iría primero. Los amigos le recibirían con generosi-

dad de espíritu; pero no podrían ayudarle ni siquiera en este servicio pequeño... Tenían mucho corazón y mucho talento sus amigos, pero eran todavía unos pobres diablos... Los conocidos, ¿os sí podrían ayudarle. Como estaba curado de desengaños, se guardaría muy bien de dar el notición, de decir que llevaba en el bolsillo un duplicado de volante, firmado nada menos que por el omnipotente Meyer, secretario general de la «Rex Corporation»; se guardaría muy bien de decir que necesitaba los *pumps* para presentarse al día siguiente al mismísimo director Hill, en el estudio colosal de Babelcity... Porque ya contaba con que le oirían fríamente, sin dar la menor importancia a aquel gran acontecimiento de su vida, ó le hablarían en seguida de otra cosa, como si no le hubieran oído... Estaba curado de desengaños... Diría que necesitaba los *pumps* para asistir a una fiesta de compromiso en una villa de la *banlieu*, y como había recibido tarde la invitación, los comercios estaban ya cerrados y al día siguiente era domingo... Sí, daría este pretexto. O cualquier otro. La cosa no ofrecía dificultad.

•••••

Eran las nueve de la noche, y Willie se había probado ya siete pares de *pumps* inútilmente. No es que fuera el suyo un diminuto pie de leyenda maravillosa como el de la Cenicienta. Pero no encontraba su medida... Parecía algo diabólico. Y es que las grandes dificultades son siempre pequeñas. Porque la realidad era esta: su porvenir dependía de un par de zapatos negros...

Las diez de la noche. Willie estaba rendido de fatiga. Con el estómago vacío había recorrido media ciudad en busca de los *pumps* inaccesibles y se le agarraba ya el pesimismo en el pe-

cho. Hasta le entró miedo de que su vecina de hospedaje no pudiera prestarle las medias de seda. Entró en un *bar* para preguntárselo por teléfono, con enfermiza zozobra.

—Sí, encantada—respondió en el micrófono la voz suave y amiga—; sí, por Dios, no tengas miedo...; haré que pongan las medias encima de tu cama...; también...; sí, anda perfectamente...; encargaré además que si cuando llegas se han ido todos á dormir, te despierten mañana á las seis...; pero te repito que mi despertador anda perfectamente...

Aun tuvo que reiterar la voz femenina unas palabras tranquilizadoras, y el muchacho salió del *bar*... para volver á entrar inmediatamente, tomar una copa doble de *Kirsch* y mirar al reloj... ¡Eran las once menos cuarto! Echó á correr sin saber adónde, y tropezó—literalmente—con el jefe de tramoyistas de la Opera Metropolitana, viejo conocido. Le expuso su cuita con pueril desolación, á boca de jarro. Y allí comenzó el despropósito...

El jefe de los tramoyistas, hombre exaltado, de mefistofélica perilla gris, le entregó la solución del conflicto en forma de tarjeta de presentación á su «ilustre» colega, el jefe de peluquería. No tenía más que presentarse, y le facilitarían lo que necesitaba. En el guardarropa del teatro sobraba donde escoger...

—Faltan veinticinco minutos para el comienzo de la función—añadió—. Iremos juntos. Aquí

tenemos la estación del Metro, que nos lleva directamente. ¡Vamos!...

•••••

—Pase usted y forme en la cola—le dijeron á Willie cuando preguntó por el jefe de peluquería.

Había una fila abigarrada de personas de todas las edades y las más diversas cataduras que se doblaba en una esquina, subía unos escalones y se detenía en una puerta cegadoramente iluminada. Sonó un timbre, grave y escandaloso, y la fila empezó á avanzar con increíble rapidez. Willie se encontró bajo el resplandor de una lámpara «Júpiter», como en los estudios de *film*, ante un señor grueso que, sin decirle una palabra, le tomó la cara con sus manos rojas y le miró un instante. Después cogió una peluca blanca de una inmensa percha, donde las había de todas las formas y colores, y se la encasquetó, empujándole suavemente para que hiciera sitio al que venía detrás. El pobre Willie no sabía qué hacer con la tarjeta de presentación en la mano. ¿Sería aquel señor el jefe de peluquería? Pero no tuvo tiempo de preguntar nada, porque sintió una extraña sensación fría y pegajosa en una mejilla... ¡Le estaban pintando! Fué todo tan rápido, que hasta este momento no pudo darse cuenta de que le habían tomado por un corista, que había caído en la «cadena» de esa implacable organización en serie de los modernos espectáculos y que ya no había salida posible. Se dejó

llevar. ¡Con tal de que consiguiera los malhadados *pumps*! Se vió en el espejo y le dió risa... Cuando le dejaron, por fin, metamorfoseado y vestido de máscara, se le acercó uno de aquellos señores absurdos, le contempló un momento con atención y dijo:

—Hace usted un buen violinista.

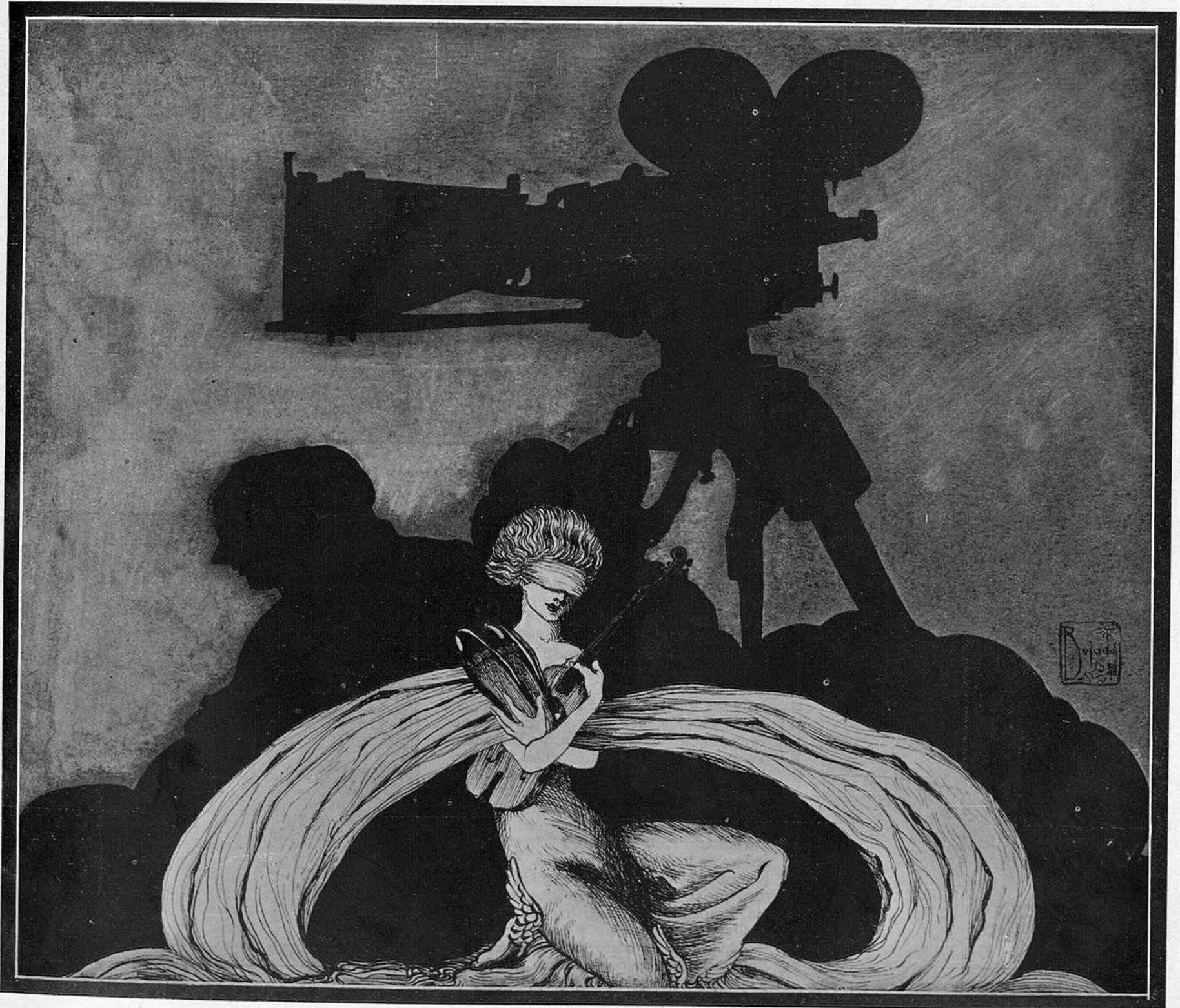
Y sin más contemplaciones le alargó un arco y un violín... Aquel *stradivarius* de guardarropía no tenía cuerdas. Debía hacer el muchacho además de que tocaba, siguiendo á la orquesta y las indicaciones del traspunte.

Se alzó el telón y se abrió la sala oscura y anhelante, misteriosa... El esbelto corista que tenía en sus brazos un violín mudo y que inclinaba los ojos como en trance de ensañación, era todavía el niño indefenso que pugnaba sin arma en el gran combate.

Pero el mozo pálido y alegre que al día siguiente iba en el tren mañanero de Babelcity con su maletín de viaje, que contenía dos magníficos pares de medias de seda y unos *pumps* flamantes, era ya George Bayard, de la «Rex Corporation»...

Había nacido con talento. Mas el instante crítico de su vida fué resuelto por los acordes milagrosos de un violín mudo y por la busca legendaria de unos zapatos negros. Como en los cuentos y como en la vida: lira inefable y coturno trágico...

(Dibujos de Bujados)



Bujados

VIDA ARTISTICA

LA EXPOSICIÓN DE NEVILLE LEWIS

EN el Museo de Arte Moderno ha expuesto recientemente un pintor inglés cerca de sesenta obras de muy diversa inspiración temática y diferente estilo, aunque no de relevante personalidad.

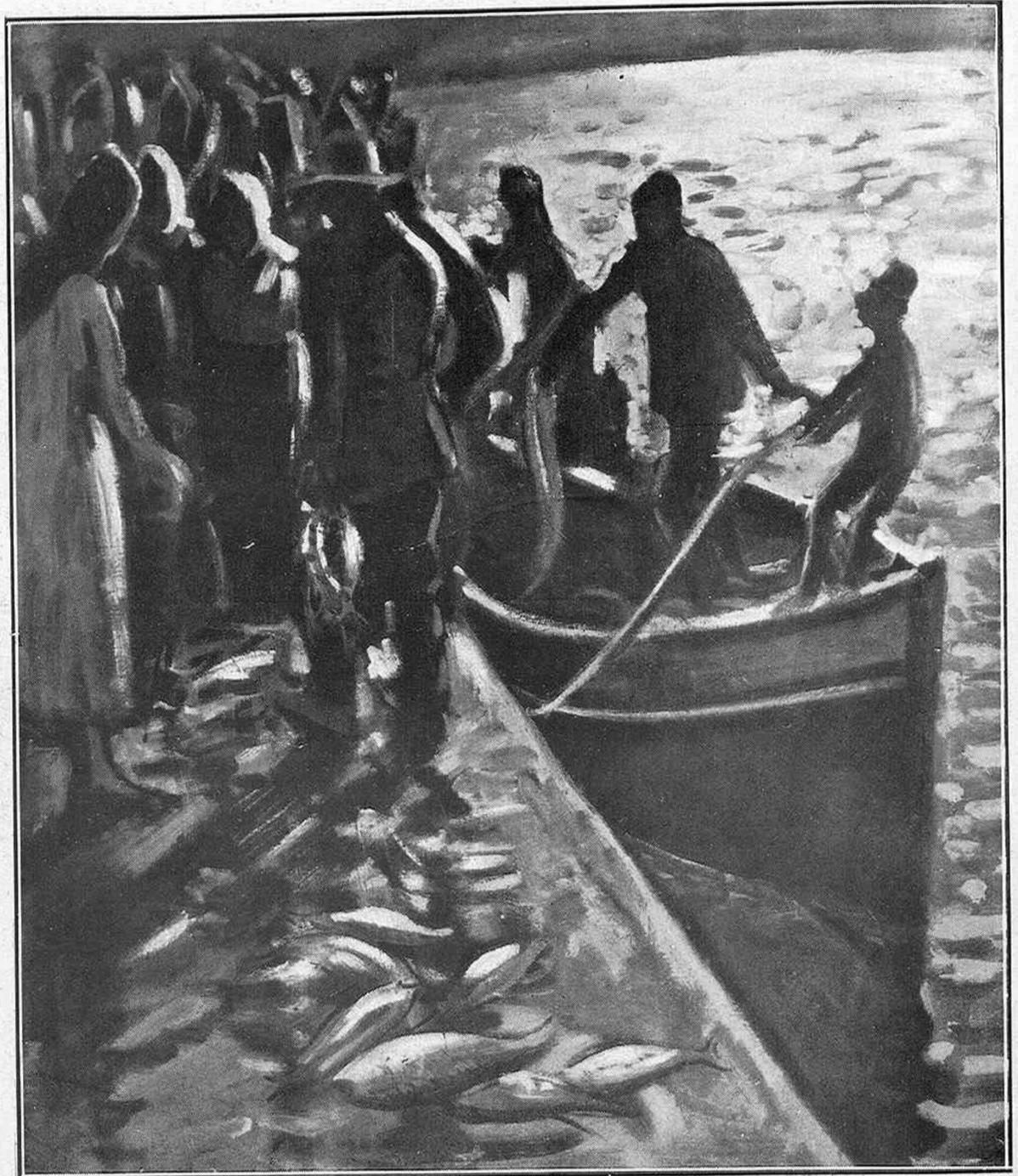
Una breve nota del catálogo procuraba algo semejante á breve biografía del artista, ya que su nombre no despertaba ecos anteriores en quienes suelen estar al tanto de las reputaciones establecidas ó en camino de establecerse.

Según esa nota, el Sr. Neville Lewis nació en la Ciudad del Cabo en 1895. Vino á Europa en 1912 é ingresó en la *Slade School of Fine Arts* de Londres, donde obtuvo algunas recompensas durante un curso de dibujo y pintura. Sirvió en el ejército inglés durante la guerra europea. Volvió al Africa del Sur en 1924, y procuró especializarse en la pintura de tipos, costumbres y paisajes hotentotes y zulúes. En los museos del Cabo y de la Colonia, así como en alguno de la metrópoli, existen obras suyas. Ha pintado retratos de personalidades oficiales.

De esta nota, lo que más importa es la juvenil edad del artista, su accidentada vida y la ocasión que se le ha presentado de distinguirse como intérprete de un ambiente pintorescamente atractivo como es, sin duda, el de Africa meridional.



El pintor Neville Lewis
(Fot. Díaz Casariego)



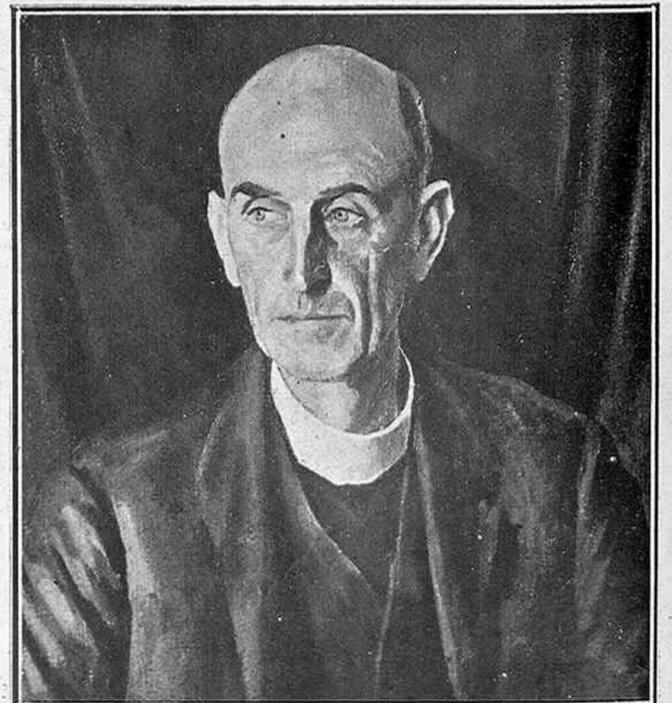
«Vuelta de la pesca», por Neville Lewis

Por último, el Sr. Neville Lewis ha aprovechado su estancia en España para pintar algunos retratos y estudios de temas españoles, que añadió al conjunto más vario que armónico de su Exposición.

Ciertamente, condiciones de colorista no faltan al distinguido pintor inglés, ni tampoco una capacidad asimilativa, que se manifiesta en aquella diversidad de maneras ya observada al principio.

La exhibición del Sr. Neville Lewis, dentro de su acento en tono menor, como originalidad peculiar, daba esa sensación de multiplicidad estilista, donde acaso —y así lo deseamos— se está formando un arte personal futuro.

Se comprende en seguida que el señor Neville Lewis afrontó la pintura con bastante y fácil instinto. La luz fuerte y contrastada de su tierra natal; las sugerencias exóticas, el choque de razas, todo esto que rodea su infancia y su pubescencia, despertó en él legítimo afán de reproducirlo con colores y formas. Luego, la educación artística en Londres, con brusco cambio de costumbres, atmósfera y ejemplos museales; la vida violenta de a guerra en país diferente; luego, y por



«Un pastor protestante», por Neville Lewis

último, el retorno á Africa, como una obediencia estética y sentimental á la reiteración del instinto artístico para la mejor elocuencia del temperamento.

He aquí las sucesivas etapas de la formación del Sr. Neville Lewis, y en alguna de las cuales le convendría insistir: la pintura de temas africanos.

Por lo menos, esos temas tienen un interés anecdótico y cromático que sus otros cuadros de flores y retratos hechos en Europa no alcanzan, aun siendo estimables, y acercarse influenciados á maestros ingleses, que el Sr. Neville Lewis hace bien en admirar.

Los amigos, no muy intransigentes, de lo tradicional han podido ver en este pintor un testimonio para aducir contra las audacias é iconoclastismos de las tendencias ultramodernas; pues, en efecto, se trata de un artista que con discretas apariencias de modernidad resulta en el fondo apegado á normas de un clasicismo academicista.

No ignora seguramente el señor Neville Lewis, ya que ha viajado bastante, aquellas directrices donde la joven pintura gusta de manifestarse; pero él, sea por educación, por limitación de facultades ó por experiencia de existir en la sociedad londinense y en el mundo colonial de Britania, que tan donosamente retrató Kipling en sus libros, prefiere no salirse de un discreto y ponderado equilibrio.

¡Líbreme Dios de censurarlo! En arte es bueno que no falten proveedores de todos los gustos, y ha de reconocerse además que el género de pintura del Sr. Neville Lewis encontrará, por fortuna para él, mayor número de partidarios que otros de pintores menos tradicionalistas.

Lo que sí agradaría más á los que ven el arte con mirada sensible á otros aspectos y exigente de otras cualidades de las que á la masa común satisfacen, sería descubrir en el Sr. Neville Lewis



«Su Majestad el Rey de España», por Neville Lewis
(Fots. Cortés)

un espíritu de autocrítica y selección que no existe, ó que no puede ser tenga todavía caracteres rudimentarios y confusos.

Es un peligro la facilidad incipiente y precoz—que indudablemente impulsó al Sr. Neville Lewis á trasladar su adolescencia desde los torbellinos de polvo rojo de la Ciudad del Cabo á las brumas londinenses, para ingresar en una escuela de Bellas Artes—si no se logra olvidarla después por una disciplina constructiva y una concentración de las facultades primigenias hacia un esfuerzo único.

De lo contrario, el peligro se acentúa y acaba por contaminar incurablemente los períodos repetidos de una misma aptitud.

Este es, en cierto modo, el caso del señor Neville Lewis. De entre las distintas muestras de su arte podrían destacarse obras en que la soltura y agilidad de toque, la finura de matiz y el relativo buen gusto antes aprehendido que aprendido en maestros compatriotas suyos, atestiguan estimables valores, desvirtuados, diluidos y esfumados por la demasía indecisa que el conjunto ofrece.

No creo, por lo tanto, que le haya sido ineficaz su estadía en España y el contacto con el magnífico ejemplario de nuestro Museo del Prado, simultáneo de la convivencia y conocimiento de otra ejemplaridad de la Naturaleza, las ciudades, la luz y las costumbres españolas. Y, además, el haberse podido dar cuenta de cómo España tiene hoy excelentísimos pintores, á los que no es fácil superar.

•••••

Lo que más importaba en la Exposición del Sr. Neville Lewis—excepto alguna figura como *El jersey rayado* ó el retrato del niño Pérez de Ayala, que siempre, dentro

de zonas influyentes marcadas, son notables por su elegancia tonal—son la serie de motivos africanos.

Y no sólo por su interés de exotismo, sino porque nos parece lo más personal y más sentido de cuanto el artista exhibe. En ese género de pintura no tardaría el Sr. Neville Lewis en definir concretamente una personalidad, borrosa en los restantes. Su retorno á Africa—doce años después de salir de ella en plena adolescencia—ha sido fructífero, y lo será seguramente más desde el punto de vista estético, si persiste en la fuerte lección de la Naturaleza.

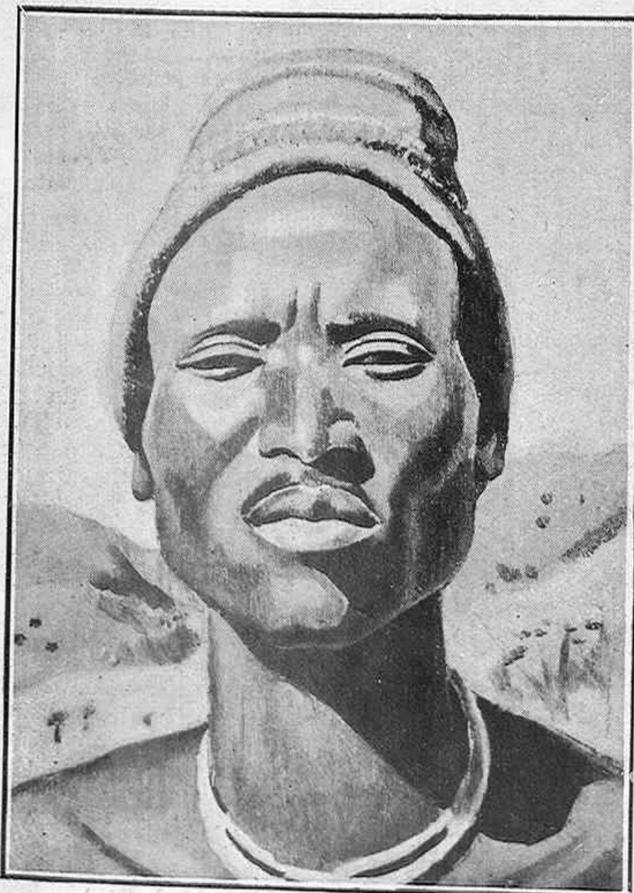
No hay que olvidar, y menos el propio artista que nadie, cuáles fueron precisamente las primeras revelaciones cromáticas, sensoriales y sensitivas que le impulsaron á elegir el arte pictórico como medio de expresión de su temperamento.

Lo que el visitante—no frívolo, rutinario ó sometido á la opinión ajena—recuerda de excesivo y caótico, pero en sus tres cuartas partes gris y difuso, aunque procuraba ser brillante y vibrante, de obras del Sr. Neville Lewis, son los pequeños cuadros y las notas de Africa: *Muchacho zulú*, *Mujer hotentote*, *Un negro sonriente*, *Dos chicos de Pondo*, *Mujer de Pondo*, etc.

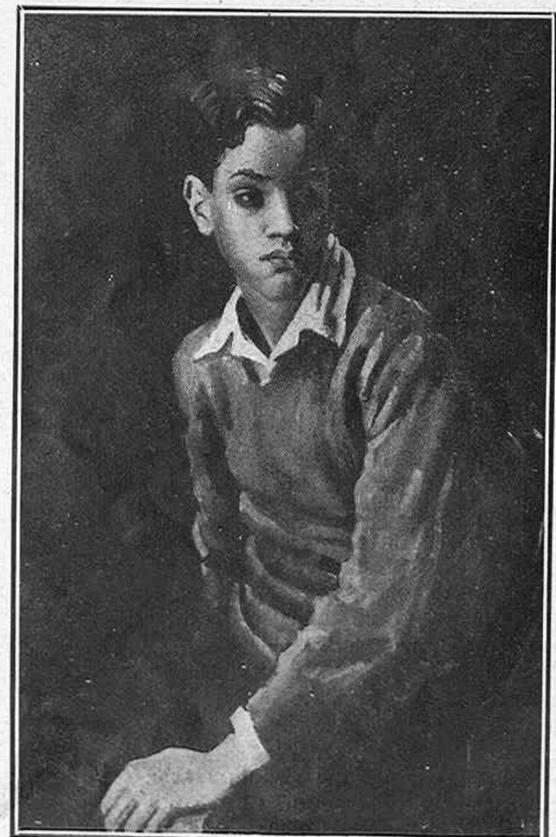
El color tiene en esos lienzos una gracia fresca, cantarina. La piel de los negros alcanza suaves gradaciones de azulada y grisácea finura. El agrio vegetal y el rojo terroso armonizan de un modo impetuoso y primitivo. Una fuerte sensación genesiaca orgánica diríase emana de estos lienzos, donde una pupila inteligente reta al sol.

Y mientras todo lo demás—damiselas ultracivilizadas, funcionarios coloniales, graves personajes, alusiones hispánicas—se borra en nuestro recuerdo como consecuencia de la liviana huella dejada por la contemplación no solicitada con suficiente energía ó belleza, estas evocaciones surafricanas conservan intacto y perdurable su valor artístico en nuestra memoria.

SILVIO LAGO



«Hombre de Pondo», cuadro de Neville Lewis



«Retrato de Juan Ramón Pérez de Ayala», por Neville Lewis

TEMAS INTRASCENDENTES

COMO SIEMPRE, EL ABANICO...

Bajo el ala leve del leve abanico...» Tal decía el mago Rubén cantando la coqueta gracia con que ocultaba sus gracias la divina Eulalia... Bien para lanzar sus desvíos ó para disparar sus sonrisas, el abanico era siempre para la gentil inspiradora arma y escudo, compañero y confidente, carcaj en el que guardar las flechas invisibles de Eros y amable receptor de las que le dirigen... Y como para la bella marquesa que cortejaban «el abate joven de los madrigales y el vizconde rubio de los desaffos», para toda mujer es el abanico al mismo tiempo recurso y adorno, arma entre sus frágiles manos ociosas y parapeto tras el que escurar ambiguas, amables sonrisas...

Es curioso ver cómo en este vértigo del moderno vivir van perdiéndose, transformándose, costumbres y usos. De la mujer de hace diez lustros á la de hoy media un abismo tanto en los trajes como en las maneras.

Ya son estampas arcaicas, que hacen sonreír, los retratos de las féminas de hace veinte años... De aquellos enormes sombreros llenos de lazos y plumas; de aquellos corpiños abombados sobre la terrible tiranía de los férreos corsés, de aquellas largas faldas que barrían el suelo, podemos sonreír hoy en el momento de las cabezas casi rapadas, los trajes hechura sastre, las faldas sintéticas y el aire deportivo...

Todo en la *toilette* femenina ha cambiado al compás de los días.

Una muchacha de hoy que juega al tennis, conduce un auto, fuma khedives y baila el charleston, parece de otra raza aún de otra especie distinta que su más próxima antepasada... Ni en la calle, ni en la casa, ni en el sarao, hay posible comparación entre una de aquellas señoritas de finales del siglo pasado, que se nutría intelectualmente de novelones románticos y bailaba el minué, y una *girl* de ahora apasionada de la velocidad, y que se maquilla en público...



Todo lo de ayer está desterrado, olvidado, muerto... Hay algo, sin embargo, que perdura, inalterable é insustituible como adorno y complemento de la feminidad: el abanico... Igual que antaño junto con el pomo de sales exóticas

juego galante, por gracia del cual, en todos los tiempos, el hombre se rinde...

de las damiselas asustadizas, hoy, la sportwomen intrépida cuida de tener su abanico á mano...

¿Cuál es el secreto de esta supervivencia del abanico por encima del tiempo y á pesar de los cambios múltiples de la moda?

Ahora los salones de los Palaces cosmopolitas, como ayer en las salas de los saraos familiares, rimando con el audaz semidesnudo de las *robes de soirée*, como antaño con el pomposo miriñaque, el abanico se agita en las manos femeninas.

Ni el industrialismo que ha sabido sustituir el brasero doméstico por la calefacción central y ha hecho útil el ventilador, ha podido, sin embargo, desterrar el abanico...

Cierto que las aspas metálicas que un motor agita refrigeran la atmósfera y podrían hacer inútil el abanico... ¿Por qué no se olvida ya ese adminículo?

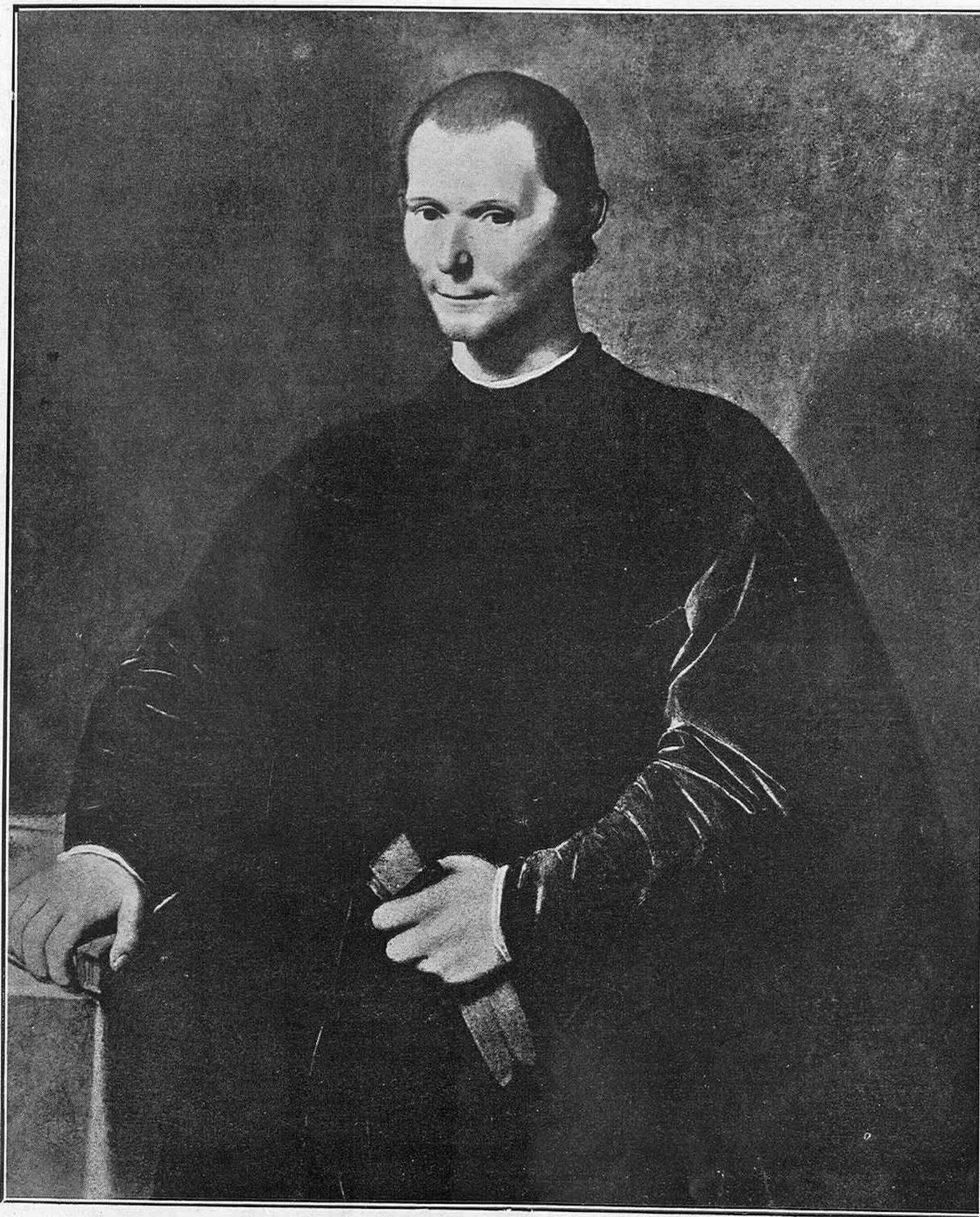
La frívola razón, como tantas otras razones que en su misma frivolidad tienen su fuerza, salta á la vista; precisamente porque es inútil ya, perdura el abanico...

No es práctico; pero es algo mejor: bello... Podrá no ser útil, pero es decorativo... Y, sobre todo, su existencia demuestra que, á pesar de los cambios y mutaciones de los tiempos, la mujer es la misma de ayer y de siempre, por la eterna gracia de su feminidad. Por la eterna sugestión de su coquetería. Para ella, hoy como ayer, necesita el abanico, á un mismo tiempo arma y escudo, arco y carcaj... Para el disimulo y para entreteñer sus manos ociosas, para velar el rubor por una audaz galantería y para ampararse al disparar una sonrisa...

Insustituible, eterna arma de Eva, como son eternas su belleza y su coquetería y su dulce

ALVARO REAL

(Dibujo de Laura Albéniz)



Obra maestra de la escuela florentina del siglo XVI, este retrato del célebre autor de «El Príncipe» permaneció ignorado hasta 1906, fecha en que lo descubrió en Florencia un rico «amateur» inglés, que lo acabó de ceder, en elevada suma, con destino á uno de los Museos de dicha ciudad

La iconografía del célebre literato y político florentino del siglo XV, que dió al arte de gobernar un nuevo nombre, de Nicolás Maquiavelo, no era tan abundante, ciertamente, como su bibliografía.

Discutida la autenticidad de los varios retratos que de él se conservan en Italia, y entre los que figuran como más probable el expresivo busto, labrado en dicha centuria, del Museo Nacional de Florencia, y el medallón del monumento fúnebre erigido en la iglesia de la *Santa Croce*, de la referida ciudad, puede conceptuarse de afortunado el hallazgo en Inglaterra de un nuevo retrato del autor de *El Príncipe*.

De esta magnífica obra de arte se tenía noticia desde hace próximamente un siglo, época en que se supo que era de la pertenencia de opulenta familia florentina. Perdido, luego, el ras-

tro del cuadro, no volvió á saberse de él hasta que en 1906 fué descubierto en un abandonado palacio de la familia Ricci por el capitán inglés Langton Douglas, rico *amateur* de arte, que viajaba por Italia, y que compró el viejo lienzo por unos cuantos, muy pocos, centenares de esterlinas. Instalado luego el soberbio retrato en la rica galería del mencionado Langton Douglas, ha permanecido allí hasta hace pocas semanas, en que lo rescató para uno de los museos de Florencia, pagando crecida suma, el acaudalado industrial milanés *Commendatore Trolli*.

Este retrato de Maquiavelo, que mide 1,5 de alto por 0,90 de ancho, perteneció durante cerca de tres siglos á la noble familia florentina de los Ricci. Una de las hijas de Maquiavelo, llamada Baccia, contrajo matrimonio con un Ricci, llevando en su dote, entre otros objetos de va-

lor, el retrato de su padre. En el reverso de la pintura aparece la siguiente inscripción del siglo XVI: «Niccolo Machiavelli Segre. i° Fior. n°, Padre della Baccia, maritata a Giovanni De Ricci nel 1541. Dipinto da Santi di Tito».

No obstante lo afirmado por la inscripción, opina un autorizado experto inglés, el doctor Bode, que este lienzo no debe ser atribuido á Santi di Tito, y que es, seguramente, obra de algún artista florentino, contemporáneo de Maquiavelo. Su fecha, á juicio del doctor Bode, se podría fijar de 1527 al 1530. «Desde luego—dice Bode—la pintura, aunque excelente, no presenta ninguna de las características del arte de Santi di Tito, quien, aun admitiendo que fuese el autor del retrato, no pudo pintarlo del natural, en cuanto nació nueve años después de la muerte de Maquiavelo, ó sea en 1536.—D. R.



«Dama japonesa», cuadro original de E. Chicharro

S O N A T A

Cae la tarde.
Entre celajes el sol que tan fuerte fuera,
oculta su faz ardiente.
Y el ambiente
ya no arde.
Y la brisa se levanta como en sueño.

Muere el día.
El murmullo de las hojas que se agitan
en las copas de los robles milenarios;
las cascadas que sus aguas precipitan
en abismos que se pierden entre helechos,
y el rezar de las alondras

en las frondas,
son sublime melodía
que acompaña
la canción del aldeano
cuando vuelve á su cabaña
con la *aijaá* como yugo,
y tras él, con paso lento, la *Pintada*
que ayudada
por la *Linda*
trae el toscó carromato...
.....
.....
Y los campos ya bostezan.

Y tropiezan,
entre sí, las mariposas
primorosas...

•••••

¡Ah! ¡Qué hermosa es la Montaña
cuando el sol entre celajes
se despide...

¡Qué tranquila es cuando duerme!
Su descanso es como ella:
ruda y bella.

JOSÉ CALDERÓN Y G. DE RUEDA

TIPO ASTURIANO

P U K A

(ESCULTURA EN PORFIDO,
POR JUAN CRISTOBAL)

Como la fresca madera
del cerezo
bajo la lengua del hacha,
huele tu cuerpo.
Entre la ruda armonía
que hay en tus pómulos violentos,
rumia el Norte su idilio bárbaro,
como un lobezno.
En la envoltura de la noche,
carbón y pórfido severo,
en el guijarro de la frente,
es agua brusca el pensamiento.
El lago Enol de tus ojos en niebla,
bajo el arco duro del ceño,
guardan ahogados á los peregrinos
que en la montaña se perdieron.
Sangraré el que penetre
en el duro endrinal de tu pelo.
Ya lo dice tu boca,
tirabuzón descorchador de anhelos.
En el idilio, eres nogal amargo;
en el amor, tronco de fresno
que á golpes de garlopa
se va tornando terciopelo.
Igual que el hombre primitivo
frotaba los maderos,
si ludieran tus brazos,
brotaría la llama en ellos,
hasta ser temblorosas hogueras
en la pista nocturna del viento.
Fuiste dormida montaña,
hace tiempo,
que estaba envuelta en la niebla,
sin pensamiento.
De repente,
el Sol calentó tus huesos;
miraste arder sus diamantes
en tus dedos;
fueron los linos de nieve
dejando al desnudo el seno.
Te erguiste, y echando á un lado
argomales y helechos,
sacudiste la testa de loba,
enguinaldada por la flor del brezo.
Los anchos ríos de tus brazos
aplanaron el castañedo;
desenraizaste los robles
que querían abrazar tu cuerpo,
y apareciste en la comarca
bajo un gran toldo de luceros.
La montaña entraba desnuda
en el pueblo;
se llenaron de olor de monte
los paseos;
los álamos, en fila
en la margen del río truchero,
eran, haciendo guardia á tu belleza,
coruscantes alabarderos.
La Luna te habló al oído,
y tú dijiste con desdén: no quiero.
Y perseguidos por tu boca,
la Luna antigua vió los montes nuevos
desmoronarse entre tus brazos,
como pobres muchachos ingenuos.
En tus horas de siesta
te cortaste la fronda del cabello,
como se poda un árbol
para que brote el tallo ubérrimo.
Viendo la altiplanicie
de tu ancha frente, yo pienso
que hubiera sido un Viriato
guerrillero,
capaz de atar á mis triunfos
la encina de tus deseos.
Luchara á brazo partido
con tus besos,
hasta acorralarlos
como á un tropel de rebecos,
y echarles mis escopetas,
mis postas, mi voz, mis perros:
mis caudalosos instintos
montañeros,



dianas roncadas de los ríos
por la angostura del puerto.
Hasta que me suplicara
piedad para ti el lucero
del pedernal de tus ojos
de joven loba en invierno.
Hasta que me chamuscara
tu pasión, chispa en el viento,
rayo y puñal en la niebla,
que va á clavarse en el pecho
del viejo monte que sueña

con pinos nuevos.
Yo hubiera sido un Viriato
guerrillero,
y en la piel de los merinos
iría tu cuerpo
embalsamando el camino,
¡siempre oliendo
como la fresca madera
del cerezo!

ALFONSO CAMIN

(Fot. Zárraga)



*Las «estrellas»
del género frívolo*

Isabelita Ruiz, la bellísima bailarina, ha sabido adquirir, al pasar de las variedades á la revista, todas las elegancias y todas las suntuosidades del nuevo género. Su belleza fina y estatuaria halla el marco justo en los alegres cuadros de magnificencia. Y entre el sabor cosmopolita de la revista, Isabelita Ruiz pone el acento, tan admirable y tan español, de sus bailes andaluces... (Fot. Sobol)

LA GRACIA FERVOROSA DE BOTTICELLI



«La madona de la granada», cuadro de Botticelli

DICE Vasari, en su *Vida de pintores, escultores y arquitectos italianos*, que era Sandro Filipepi, llamado el Botticelli, «persona molto piacevole», muy dada á gastar «molte burle a' suoi discepoli ed amici». Hasta cuenta algunas de las que tramó, como aquella del pobre Biagio...

La afirmación del viejo biógrafo no concuerda con lo que la propia obra del florentino nos declara. No vemos en ésta el reflejo de un carácter alegre, si bien tampoco esa sombra excesivamente cargada de dolor y amargura que varios críticos modernos—Cozzani, por ejemplo—le encuentran...

La gracia botticelliana, como nacida de un sentimiento religioso, es grave y contenida; es la

misma finísima gracia que se insinúa en los seráficos pinceles de fray Angélico, y va pasando, como un lírico acorde, por la producción de los maestros de Florencia (Filippo, Gozzoli, Guirlandajo, Filippino) hasta llegar á las maduras manos de Rafael y caer en un empalagoso amaneramiento después que el dichoso pintor de Urbino muere...

En el ámbito del arte italiano, la escuela pictórica florentina se abre, como una suma aspiración estética, cuando el alma cristiana siente el claro goce de las paganas formas. Impulsadas por un anhelo religioso, guiadas por un vivo amor á la belleza, comienzan á animarse las rígidas líneas góticas y bizantinas. Sale el arte del estrecho círculo en que los primitivos lo habían

encerrado, y va adquiriendo vibración y gesto, sangre y espíritu; junto á las vírgenes doloridas y los santos majestuosos, aparecen, al fin, los desnudos cuerpos de helénico ritmo.

En esta alianza se engendra el Renacimiento; ella es la que asegura su triunfo, al par que extiende su largo camino de perfección; ella marca, en la pintura cuatrocentista, sus dos características esenciales: la gracia y el fervor. Características que Botticelli recoge y afirma insuperablemente.

Discípulo de Filippo Lippi, recibe Botticelli una enseñanza cariñosa y una influencia que, lejos de desdeñar, va cultivando, desarrollando. Otras influencias técnicas—la del Verrocchio, la de Pollajuolo (hermanas todas, dentro de la bien



«La Adoración de los Reyes», cuadro de Botticelli

BOTTICELLI EN LA "GALERÍA

definida orientación florentina)—se cruzan con la anterior en los primeros trabajos de Sandro. Luego éste enseña a Filippino, hijo natural de Filippo. Así es cómo los maestros más representativos de Florencia se van transmitiendo el caudal de lo aprendido. No es que se imiten simplemente unos á otros; es que siguen una misma ruta, fecunda en posibilidades, con amplia facultad de enriquecimiento. Las fuentes de la creación propia no por ello se ahogan; cada artista revela su personalidad sin salirse de las normas comunes.

Las obras culminantes de Botticelli reciben las dos corrientes sentimentales que comparten el alma de su patria: la cristiana y la pagana. El pintor ve claramente el contraste que Florencia le ofrece, las dos grandes fuerzas ideales que la agitan. Por un lado, Lorenzo de Médicis, llamado, con razón, «el Magnífico», pone en la ciudad su lujo refinado, su amor al placer de los sentidos, su sed de belleza; por otro lado, Savonarola, el fraile impetuoso, predica con palabra de fuego la austeridad, el desprecio á los bienes de la carne, la penitencia, el solo goce de Dios.

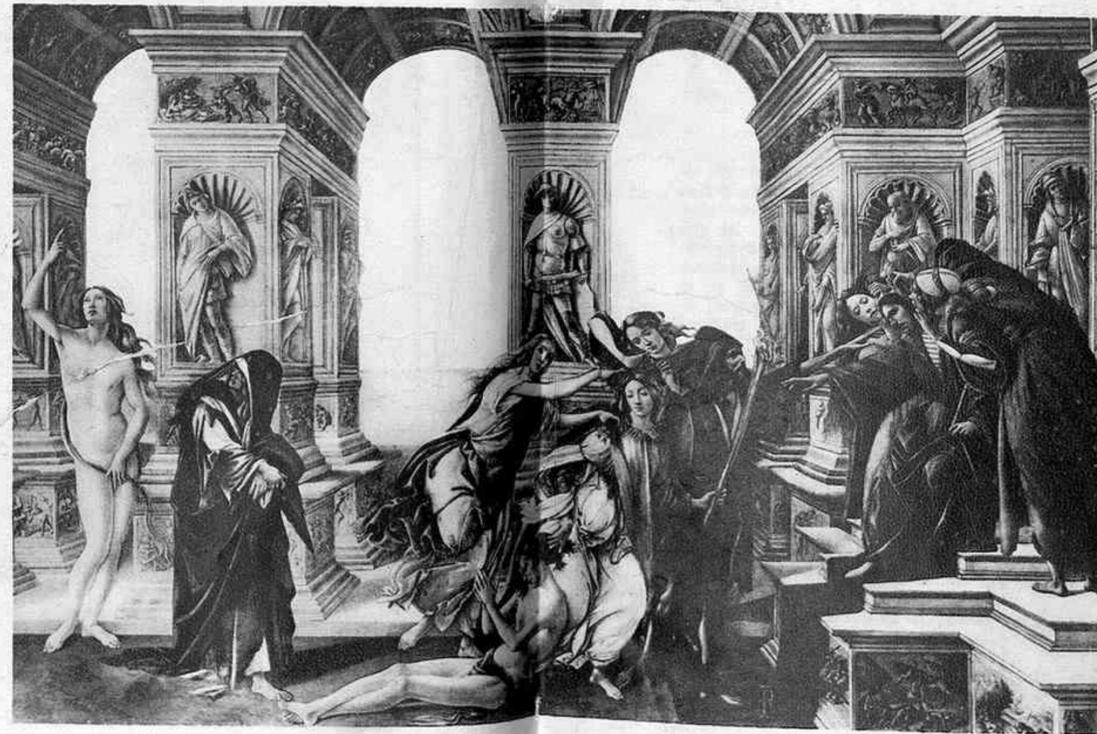
Botticelli, apasionado como buen florentino, participa de las dos batalladoras tendencias; entre ambas se mueve su espíritu, y llega á conciliarlas en su pintura por la dulce magia del amor que estremece su mano.

Veamos el soberbio museo de los Uffizi, en el que tiene hoy Sandro (como nuestro Velázquez en el del Prado) la más hermosa y completa muestra de su genio.

No llegan á veinte los cuadros reunidos, contando óleos y temples. En una sala están los más pequeños, entre los que destaca *La calumnia* su primor dorado y el dinamismo de sus figuras alegóricas, tan hondamente expresadas; la sala contigua atesora las Vírgenes famosas, *La Anunciación*, *La Adoración de los Reyes Magos*,



«Alegoría de la Primavera», cuadro de Botticelli



«La calumnia de Apelles»

DE LOS UFFIZI, DE FLORENCIA

El Nacimiento de Venus, *Palas y el Centauro*, y ese prodigio de *La Primavera*, alegorizada para encanto de los siglos.

Como vemos, se unen en la labor de Botticelli las figuras sagradas y las profanas, las evocaciones místicas y las paganas representaciones. Sus *madonas* fraternizan con sus diosas desnudas, y hay en sus ángeles inconfundibles un aire ambiguo, entre sensual y casto.

Trata Botticelli los asuntos paganos con una unción aprendida en el cristianismo. Observemos, por ejemplo, cómo su *Venus* naciente se cubre el pecho y lleva sus largos cabellos á la comba sexual, con un movimiento pudoroso, queriendo recatar su belleza rosada, mientras una doncella de alados pies tiéndele con ademán angélico un manto que el viento hace tremolar.

Contemplemos igualmente, en la *Alegoría de la Primavera*, cómo las tres Gracias elevan sus brazos y trenzan sus manos de nácar, sin perder, al iniciar la danza lentísima, el ritmo de un paso sagrado, ritual. Junto á ellas, Mercurio alcanza una poma de oro; la *Venus* generadora dobla el cuello con suavidad de virgen; *Cloris*, entre asustada y risueña, huye de los deseos del sátiro, y *Flora* avanza serenamente por el prado que ella misma alfombra con las margaritas desprendidas de su regazo.

En este cuadro supremo, ¡de qué maravillosa manera afirma el pincel de Botticelli su alto sentido decorativo, su inflexión musical, su poético acento! Esa fervorosa gracia que él sabe levantar, como un cáliz, sobre la pureza de su dibujo minucioso y movido, sobre la armonía de su color, amortiguado ó brillante; esa gracia fervorosa que él bebe en el alma de su amada Florencia, y mantiene luego victoriosamente, como un ala tendida hacia el Ideal...

BERNARDINO DE PANTORBA



Siresa, al pie del Pirineo aragonés, antesala de la maravillosa selva de Oza, con un céle-

CUMBRES ESPAÑOLAS

ARAGÓN tiene en olvido sus ingentes montañas. No se cura de que son fuente perenne de vida, manantial de salud, deleite del ánimo. Suiza, Italia y Francia han hecho del amor á la montaña un culto... y un ingreso económico. En España hay dos Sociedades beneméritas que fomentan el montañismo con ahinco: Peñalara y el Centro Excursionista de Cataluña. El Guadarrama y los Picos de Europa constituyen, principalmente, el motivo de los afanes «peñalaros»; el Centro catalán irradia su acción por el territorio de la provincia de Barcelona, pero tiene delegados en el resto de la región. Esto sin contar los clubs de montaña dispersos, todos en relación estrecha y cordial.

Hace poco, refería la Prensa que Peñalara, la fuerte y entusiasta Asociación, celebró junta general para juzgar la gestión directiva. En la reunión vióse palpablemente, con la aportación de datos y documentos, que la labor de propaganda alpestre ha sido notoriamente pródiga. La agrupación está en desahogada situación económica, ya que ha sido totalmente amortizada la deuda contraída pa-



Alto Aragón.—Un rincón maravilloso del valle del Esera

bre Monasterio del siglo XI, de fundación real, donde se educó el Rey Alfonso I el Batallador. (Fot. Más)

MONTAÑISMO ARAGONÉS

ra poder construir el celebrado albergue de la Fuenfría. La asamblea aprobó un plan de refugios á construir en años sucesivos, del que forma parte principal el del puerto de Navacerrada, para la construcción del cual se inició en la junta una suscripción, la cual alcanzó rápidamente varios millares de pesetas.

La vida próspera del Centro catalán es patente, y se refleja, como la refleja Peñalara, en el espléndido *Boletín* que mensualmente publica, en el que, por cierto, han aparecido documentadas y fidedignas reseñas de los valles altoaragoneses, debidas, especialmente, á la pluma del infatigable ingeniero de Caminos D. Julio Soler y Santaló, muerto en plena robustez, cuando planeaba proyectos turísticos ventajosos para Aragón. Soler y Santaló, á modo de testamento de sus dilecciones pirineístas, legó al Centro Excursionista—donde perdura su memoria—infinidad de bellísimas fotografías de paisajes y monumentos del Alto Aragón, algunas tomadas desde los más peligrosos parajes montañosos: circos, heleros, ibones. Esta colección es superior en cantidad



Agujas pétreas, altivas, vigilantes, del río Cinca, en el Alto Aragón (Fot. Riegos del Alto Aragón)

y en calidad á la de Luciano Briet—el hispanista francés de grata recordación—, quien se limitó á recorrer una reducida zona del partido de Boltaña, llegando en sus descripciones hasta las proximidades de Huesca.

La colección de Soler es muy conocida en el Centro Excursionista de Cataluña, donde se proyectan con frecuencia vistas de paisajes del Alto Aragón ante la admiración de los socios que sienten—á no dudar—la santa envidia de los excepcionales panoramas pirenaicos aragoneses. Pues esa colección—la mejor que hasta hoy se ha logrado—es desconocida aquí, y vale la pena de que el Sindicato de Iniciativas establecido en Zaragoza se preocupe de reunirla en su archivo.

¿Qué ha hecho Aragón en orden al montañismo? Nada ó casi nada. Los dos únicos refugios que existen se deben á las Sociedades forasteras más arriba citadas..., y paremos de contar. No hay acceso cómodo ni para el Parque Nacional

de Ordesa, ni para el macizo de los Montes Malditos, ni para la maravillosa selva de Oza, ni para San Juan de la Peña—ahora va á comenzarse la construcción de la ansiada carretera—, ni para el castillo de Loarre, único en España. La red de carreteras altoaragonesas se para en la cordillera central Guara-Gratal. El recorrer pocos kilómetros en las zonas pirenaica y subpirenaica requiere más días que para llegar á Suiza.

Eje del problema son las comunicaciones; turismo sin ellas es falaz ilusión; y debemos de comenzar por atacar de frente la cuestión. Ante carreteras escasas—mal conservadas algunas de la provincia de Zaragoza—, de poco servirá que el circuito nacional de Turismo pase por esta ciudad, si el viajero pretende ir al Moncayo ó recorrer los estupendos valles pirenaicos prolongando su itinerario, cosa lógica y con el tiempo forzosa, á la provincia de Huesca, muestrario es-

pléndido de las innumerables bellezas hispanas.

El Moncayo pudiera ser para Zaragoza—ahora se gestiona la declaración de Parque Nacional á su favor—un pulmón y un propicio escenario de deportes invernales, como lo son el Guadarrama para Madrid y Sierra Nevada para Granada. En trayectoria más amplia urge enfilear el pirineísmo. ¿Cómo? Gestionando la construcción de vías de comunicación, pues las actuales son escasas, mal repartidas y no bien concertadas, que á seguida se planteará por sí mismo el de los albergues. Lo contrario será perder un tiempo precioso. Ahí tienen los prohombres de la región un substancioso tema de deliberación para la futura Asamblea aragonesista.

Madrid y Barcelona dan la pauta en este linaje de empresas. Recojámosla y utilicémosla en provecho de Aragón.

RICARDO DEL ARCO



Anita Adamuz y Manolo González se presentan en el Teatro de la Reina Victoria



Estos dos excelentísimos comediantes están alejados habitualmente de Madrid, donde sólo trabajan de tarde en tarde. Y, sin embargo, pocos artistas tan compenetrados, tan dentro de la comedia moderna, tan sobrios y justos en su trabajo, como Anita Adamuz y Manolo González. Ahora, al reaparecer ante el público de Madrid, la acogida ha sido verdaderamente cariñosa, testimonio innegable de lo mucho que nuestra

ciudad quiere y admira, á la vez, á los dos comediantes, y prueba también de lo que lamenta sus ausencias, excesivamente prolongadas. El programa artístico que Anita Adamuz y Manolo González se proponen desarrollar es muy interesante: obras de autores nuevos y algunas comedias rusas. Es esta una prueba estimabilísima de la inquietud escénica de estos artistas, inquietud que tan escasamente estamos acostumbrados á ver en nuestro mundo teatral.

(Fots. Walken)



«Mujer moderna»,
dibujo de Bradley



ERA la dama de las camelias de los nuevos tiempos, con la afición loca de los tangos, por lo que todos la llamaban «la dama de los tangos».

Tenía carnación argentina, entre pálida y marfileña, y sus ojos azules desafiaban como sólo desafiaban los ojos de la mujer argentina.

Todo en ella era eco de una nostalgia, y en cuanto sonaba un piano se ceñía un par de pañuelos y entonaba el tango berebere.

La niña de las habaneras tenía languideces de otra especie, entonaciones más ingenuas, debilitaciones de la voz en una siesta ideal.

Margarita adquiría papeles de tango y sabía arrastrar esos versos largos en que tiene el tango sus traspies, sus *dos palabritas* más de la cuenta, su goce contestón y reticente.

Los admiradores de aquella belleza con perfiles de enfermedad que caracterizaba a Margarita, la llevaban tangos mandados traer de la pampa, tangos nocherniegos y huidizos, á los que había habido que cazar con lazo.

—Aquí la traigo el tango del Furtivo—la decía el más asiduo en llevárselos, el adolescente Robledo, enamorado de miradas kilométricas.

Margarita lo repasaba como entonándose a las nubes, como haciendo gárgaras con sus palabras, y le dedicaba un primer ensayo balbuciente, haciendo una nueva declaración de crimen con garganta de gorjeos.

—Yo sé que hay un tango—decía Margarita á Robledo—que anida como un pájaro en lo más intrincado de las selvas americanas. ¡Si yo lo pudiese conseguir!

—Si no fuese el viaje inútil; si se supiese, sobre poco más ó menos, dónde estaba, yo iría á buscarle—respondía Robledo.

—¡Tengo el corazón roto de tangos!—decía ella.

—Pues con tangos se puede recomponer—respondía el que la surtía de mejores piezas.

Ya en las visitas se la llamaba para que cantase un tango, y nadie se preocupaba de cómo se desgarraba y se abría en su garganta una herida de arrepentimiento y nostalgia.

Esa disputa con el pasado que es el tango; esa reconvencción por lo sucedido; esa prosa de cantares de juicio oral, en boca de Margarita daba mayor pena por como resultaba destrozada la pobre niña sin culpa.

Una atmósfera de enamoramiento esparcía á su alrededor aquella tanguedora herida por todos los hombres y todos los desengaños, que hablaba en confuso tropel de un terrible puerto de emigrantes con negruras y azulosidades de infierno. Margarita seducía á todos con aquel aspecto de mártir, y el ondulado de su falda sobre las piernas era como desgarrón de la tela sobre las medias claras, lo cual completaba el que pareciese que estaba hecha unos zorros.

Tomaba el aspecto de una proyección pegada

á la pared, una de esas sombras de mujeres que reconviene al hombre por no se sabe qué pecados antiguos ni qué abandonos de los que no parecen guardar siquiera memoria.

La tanguedora—no se puede decir *tanguista*, que es otra cosa—fué perdiendo la voz en las confidencias del tango, y ya todo era en la letra de su repertorio confidencia en voz baja.

Robledo la quería disuadir:

—El tango es un poco canalla para que usted lo cante.

—No sabe usted lo que es el tango cuando dice eso... ¡Tantas veces cantándolo para oír después palabras tan injustas!—y Margarita se echó á llorar.

Robledo, consternado, repuso:

—Perdóneme usted; pero creo que en cada tango pierde un poco de vida... Por eso se lo he dicho.

—¿Y qué más da perder vida? ¿Qué es lo que nos sucede, sin poderlo evitar, cada hora que pasa? ¿Y no es mejor perder la vida dulcemente, conmoviendo los minutos que se pierden?

—Es que usted pierde doble vida en sus tangos.

—Algo tiene que costar el hacer más feliz el tiempo y conmovier toda el alma.

—Pero, ¿no podría ser el amor camino menos estéril de ese gran corazón?

—El amor no es más que un tango con una sola letra; un tango que se aferra, que no quiere dejar que se canten otros, esos que no se han encontrado aún y los van naciendo cada día.

Era imposible. Robledo la vió languidecer más, hasta que los médicos la prohibieron volver á cantar.

Entonces comenzó la época de los tangos de gramófono, cartas lóbregas que la regalaba Robledo, y en las que él se sentía llorar con esas voces hombrunas y acobardadas que cantan los tango.

Margarita tenía una vivaz alegría de mujer que recibe flores cuando veía en manos de Robledo un nuevo sobre pardo con el agujero en medio para saber qué decía su corazón.

Era el sobre que no hay que rasgar, y Margarita daba á que la leyese la carta y la música, y los ayes que de seguro traía, el lectoriano y confesional gramófono.

El gato de porcelana de los tangos se destacaba en la mesa de las medicinas de caperuza endoblillada, y se le iluminaban los ojos cuando el tango le traía la única emoción que templaba su friolencia. Tenía aquel gato una cosa de gato aséptico, gato de hospital y de farmacia.

¿Cómo podían inventarse tantos tangos en el mundo? ¡Y todos con letras diferentes!

A diario llegaba alguno nuevo y se producían sus desgarros y se rompían los codos los acordeones y el corazón era apretado como una bombilla de sangre.

La debilidad de Margarita hacía temer una muerte perentoria.

Robledo la entretenía con sus conversaciones para que no recurriese á aquel calmante del tango que se empocimaba en la mesilla de noche del gramófono. Su último suspiro estaría en ese momento en que la cuerda se acaba en la caja y la voz del disco se adelgaza en un último pelillo.

—La imaginación la tenemos llena de faros que nos parpadean sus luces—decía Robledo, entreteniéndola.

—Sí, es verdad—contestó Margarita—; yo veo ahora un faro velado, el faro del tango, con la bandera argentina entornando, su luz, como se hace con las lámparas de los enfermos... El tango es música para enfermos; por eso se entornan las luces y sólo se encienden las que tienen gorritos de seda... ¿Quiere usted tocar el tango que se llama *La Resaca*? Tiene el número dos mil cien.

Robledo puso el disco en el pozal de la cuerda y sonó como á un plato que se ha ido á romper, como á una lápida movida.

El tango comenzó con sus insinuaciones y sus ladeos.

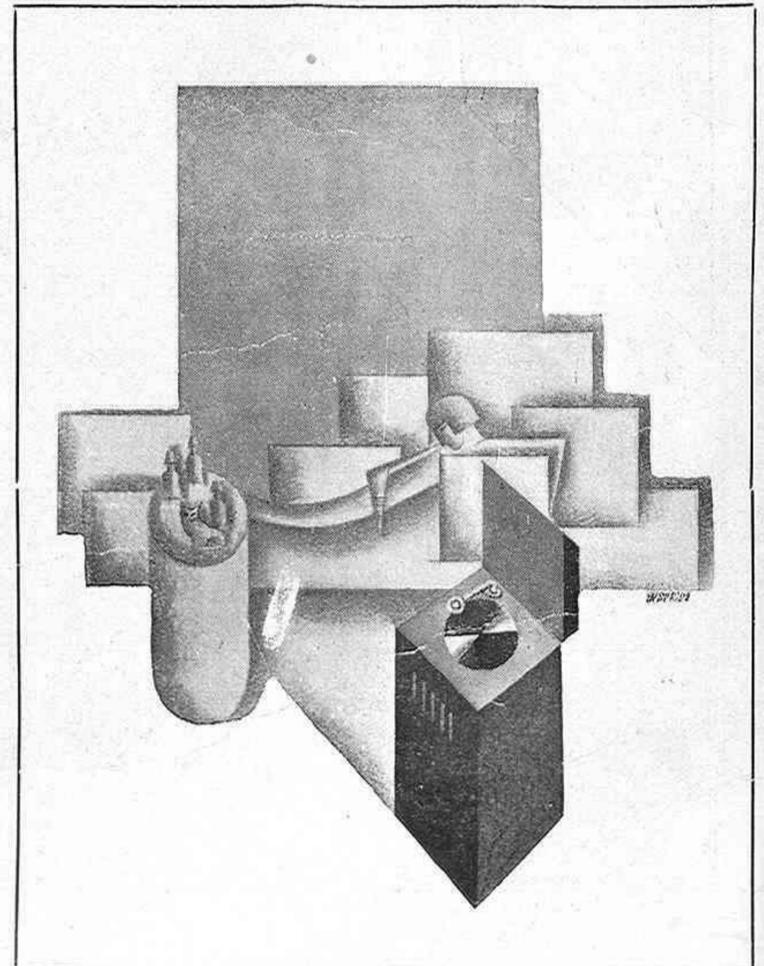
El gato de porcelana miraba con sus ojos de dragón. ¡Qué esperanza que se cayese al suelo y se hiciese añicos!

Robledo miraba á Margarita, que parecía tener inflamadas las anginas del tango, cuando dió un grito de llamada, de alarma en toda la casa y paró el gramófono como quien frena el automóvil del atropello.

Los padres, las otras dos hermanas, los criados estaban asomados á la pobre Margarita, que se había ido *pa dentro del tango*.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

(Dibujos de Beberide)



FIGURAS DE LA PANTALLA



La Paramount no cesa en su tarea «astronómica» de descubrir «estrellas» para popularizarlas—decir inmortalizarlas nos parece prematuro—con sus creaciones ante la pantalla. Encontrar caras bonitas que sean á la vez caras fotogénicas en muchachas que tengan, además, el espíritu necesario para interpretar los papeles que los autores de «escenario» imaginan, sin pensar si las creaciones de la fantasía serán ó no fácilmente traducibles en una realidad positiva y actuante, es tarea evidentemente llena de dificultades. No debe extrañarnos, pues, que sean tantas las llamadas y aun las elegidas en una primera selección, y tan pocas, sin embargo, las que logran lucir finalmente con brillo de primera magnitud en la pantalla. Ivay Wray, la futura atracción de los grandes cinemas mundiales, cuyo retrato reproducimos en esta plana, logrará, seguramente, la mejor fortuna.

EL ÚLTIMO LIBRO DE DIEGO SAN JOSÉ «EL HUMO DE LA GLORIA»

Diego San José acaba de publicar una sugestiva novela anecdótica titulada «El humo de la gloria», que es una evocación de los gloriosos tiempos de nuestro romanticismo. La figuras más eminentes de aquel famoso Parnasillo que tuvo su asiento en el Café del Príncipe desfilan por ella. Ofrecemos á nuestros lectores uno de los primeros capítulos de la última obra del notable evocador del tiempo viejo

UN NUEVO INGENIO

CUANDO realmente se da comienzo á esta verídica historia era una de las más crudas noches de Febrero de 1837.

No parecía sino que Guadarrama tenía que vengar algún agravio con la Villa y Corte, y la enviaba sus más recios resoplidos, con los que limpiaba las calles, harto mejor de lo que ordinariamente lo hacían los barrenderos del excelentísimo Ayuntamiento.

El cielo encargábase después de regar el piso y las casas tan copiosamente, que dejaba la ciudad como si acabara de salir de las profundidades del Océano.

Por ninguna partese encontraba alma viviente.

Los serenos, beneficiosos y nocturnos funcionarios que fueron instituidos en las postrimerías de la centuria anterior, dormitaban en los portales entreabiertos, teniendo en los quicios los faroles, como guía de los transeuntes que hubieren menester de sus servicios, ó libaban lo de la tierra en lo más profundo de las manolescas tabernas.

Las «rondas», que aun no habían perdido la vieja costumbre de llevar á la cabeza al alcalde de barrio ó el celador de cuartel, no se columbraban en ninguna esquina. En cambio, los capeadores y cofrades de Luis Candelas—que á la sazón estaba preso en la cárcel de Villa, esta vez bien seguro de no volver á salir si no era camino del patíbulo, que en «su honor» habría de levantarse en las afueras de la Puerta de Toledo—campaban á sus anchas, aunque, si ha de decirse la verdad, con muy poco provecho de su desaprensivo oficio.

El café estaba desierto; allá, en un rincón, intentando leer el *Diario de Avisos* con el auxilio de unos abominables quinqués, veíase á Guzmán, el actor cómico de quien tanto gustaba Fernando VII; junto á él meditaba ó dormitaba con el inmenso «bombín» encajado hasta las cejas, el gran Latorre.

Alguna que otra vez, cuando la furia del viento sacudía terriblemente la débil y desvencijada vidriera que servía de frontera entre el establecimiento y la calle, alzaba Guzmán la cabeza, avizorando si por acaso el ruido que movía la puerta era producido por alguna mano conocida al hacer girar el picaporte.

Desengañado de esta halagüeña esperanza, tornaba á la lectura tras de arrancar espesa humareda al aromático cigarro que tenía puesto en la boca.

—Me parece que la grillera no se abre esta noche—dijo, señalando las mesas que tenían por costumbre de ocupar los ingenios que daban fama al establecimiento; y doblando con mucha parsimonia el periódico, que zambulló en uno de los insondables bolsillos del recio paletó con que se abrigaba, tomó asiento junto á su camarada insigne y grande amigo.

Como si las palabras de Guzmán—y de las que su compañero no hizo gran caso, pues continuaba sin mudar de postura entre la somnolencia y la meditación—fuesen de un gran poder evocativo, abrióse la puerta y comenzaron á entrar aquellos á quienes ya se echaba de menos.

En tal noche correspondió ser el primero al pintor Esquivel, que hubo de pasar á la posteridad con un solo lienzo, aquel en que se le ocurrió retratar al «Parnasillo» en pleno, haciéndole acudir á su estudio para escuchar la lectura de un drama de Zorrilla.

Tras del pintor de los poetas llegó Carnerero, el notable periodista y editor de las *Cartas españolas*, que, como habitaba en el piso que estaba encima del café, solía ser de los primeros en acudir á la tertulia. No se hizo esperar Grimaldi, que por ser también vecino de la calle del Príncipe, no solía perder las delicias de aquella «peña»—como ahora se dice—, en que acostumbra á poner cátedra de conocedor de

nuestro teatro, claro es que más como empresario que como autor, pues este hombre, que llegó á España el año 23, con las tropas de Angulema, y se naturalizó español, tenía cimentada su fama de dramaturgo en ser traductor de *La pata de cabra*—famosa comedia de magia que se puso en escena más de setecientas noches consecutivas, sin que ciertamente tenga rasgo de ingenio alguno que justifique tan extraordinaria aceptación—, y sus derechos á estar de continuo entre cómicos, en ser marido de la gentilísima Concepción Rodríguez, primera dama del Teatro del Príncipe.

Con pocos intervalos fueron llegando los demás, y cada uno que calaba en la estancia, muy bien resguardado tras del embozo de la capa, luego de dar las «buenas noches», lanzaba una imprecación contra la crudeza del tiempo é ibase á hacer un largo cumplido al brasero que había junto al mostrador.

Cuando ya casi podía decirse que estaba reunida la docta y alborotada república literaria, entró Espronceda acompañado de un nuevo amigo. Era el tal un jovencillo simpático de rostro, pero de no muy lucido indumento. Vestía según la más furiosa moda romántica. Peinaba lengua melena negra; usaba mostacho y perilla, y tenía una mirada lánguida y vaga, como si su magín estuviese viajando continuamente por las etéreas mansiones de la Quimera ó por los solitarios paseos de la muerte.

Como hubiese que hacer un lugar al recién llegado, dijo Mesonero:

—De seguir creciendo de este modo, vamos á tener que trasladarnos de local. Creedme: es preciso volver á reorganizar el Ateneo. Aprovechemos que Martínez de la Rosa es ministro, y que siendo uno de los nuestros...

—Aunque indigno...—interrumpió Ventura de la Vega, y prosiguió *El Curioso parlante*:

—... no nos dará cerrojazo, como los otros, porque pensemos de esta ó de la otra manera. Aquí no podemos hacer más que tomar café lo más incómodamente posible.

A estas palabras del autor de las *Escenas matritenses*, exclamó el dueño del café, saltando de su asiento como si hubiera sido impulsado por un resorte de acero:

—¡Caramba! D. Ramón; después de que me han hecho ustedes adecentar esto, poniéndoles



DIEGO SAN JOSÉ
Autor de «El humo de la gloria»

Oleo de Angel de la Fuente

una lámpara nueva, que es «propiamente» un faro, y unos muebles que no sé si los tendrá mejores Medinaceli, ¿se me van ustedes á ir con la tertulia á otra parte?

—¡No se asuste, hombre de Dios!—tranquilílole Mesonero—, que es harto más difícil el poner de acuerdo á una lechigada de literatos que mover la mole del Palacio Real. No hay cosa tan pesada como la gente de pluma.

A todo esto, no dejaban de asaeitar con inquietadoras miradas al amigo de Espronceda, que muy cuitado y otro tanto receloso, no acertaba á decir: «esta boca es mía».

El aún no famoso ingenio que escribiera *El Estudiante de Salamanca*, respondió con malévolos sonrisas á la curiosidad de sus camaradas:

—Este amigo que tengo el gusto de presentaros, será desde esta noche, si le dais licencia, un compañero más; á ello le da derecho el tener escrito un drama, que nos leerá Dios mediante.

Quien más, quien menos, todos hicieron bojiganga de espantarse, y Vega, que era el más audaz de todos, se arrojó á decir por vía de burla:

—Miren... Tan inofensivo como parecía...; para que se fie uno de las apariencias.

Escosura murmuró al oído de Bretón:

—Nos está muy bien empleado por no habernos ido al baile de la Vistahermosa, como yo proponía.

Hartzenbusch fué más piadoso, y luego de escudriñar al través de sus espejuelos la inteligente mirada del «gorrioncillo» nuevo que cayera en aquel nido de águilas, invitó á sentarse á su lado, y le confortó con tan cordiales razones como éstas:

—No haga usted caso; son algo bromistas, pero buenos chicos. Casi tengo la seguridad de que escucharán con mucho gusto esa lectura, y yo seré el primero de todos en prestar la atención que sin duda merece. Yo vine aquí como usted, no hace mucho, con el drama debajo del brazo y la mosca en la oreja...; lei, y ya ve usted, hoy soy uno más entre ellos, como lo será usted. Son buena gente, son buena gente...

Agradeció el novato la fineza con un cumplido elogio para el autor de *Los Amantes de Teruel*, y con ello parece que cobró algún aliento para continuar en aquella silla de la paciencia.

A este tiempo, Espronceda dió dos sonoras palmadas para llamar al mozo.

—Vayan como anticipo á la gloria del nuevo dramaturgo—. Dijo Vega.

El camarero, que no acudió al reclamo, apareció antes de media hora portando sobre una bandeja de azófar, no muy limpia, dos tazas de café y dos platillos con azúcar terciada.

—Cuando usted guste—dijo Espronceda al neófito, ofreciéndole un magnífico tabaco, que el tal aceptó, pero sin llegar á encenderle para leer desembarazadamente.

«Desplegado el manuscrito en guerrilla»—según la frase de Pezuela, que tenía muy buen ingenio y hacía muy malos versos—, y con voz bastante velada por la emoción, comenzó la lectura:

—«Doña Isabel de Valois...», «drama histórico en cuatro actos y en verso...»

Entre los oyentes, y á la solapada, cruzáronse terribles señas de inteligencia...

Otro ladrillo más en el gran monumento del romanticismo...



Portada del nuevo libro de Diego San José

DIEGO SAN JOSÉ

LA POLICÍA CIENTÍFICA

Un triunfo de los superdetectives austriacos



La Universidad de Viena donde tiene su laboratorio el profesor Wengel

Los procedimientos policíacos de investigación toman cada día más el carácter científico. En Austria abarca tal desarrollo, que algunos laboratorios universitarios son ya verdaderos centros complementarios de la policía, y los profesores son considerados como verdaderos superdetectives.

He aquí, como ejemplo interesante, un caso de aplicación de esa acción colaboradora:

Un amanecer es descubierto en desierta calle de Viena el cadáver de un hombre elegantemente ataviado. Tiene la cabeza destrozada. Nada hay en sus ropas que pueda identificarle. La minuciosa inspección del lugar no proporciona a la policía otro indicio que una colilla de puro encontrada junto al muerto.

—«He aquí un caso para los profesores!»— exclama el agente, que, recogiendo con el mayor cuidado la mordisqueada colilla, la lleva al laboratorio del profesor Wengel.

Herr Professor Wengel, con gran calma, examina la colilla mordisqueada.

«Esto—dice—puede proceder del muerto ó del asesino». Las huellas de los dientes sobre la húmeda hoja del tabaco aparecen enormes vistas á través de la lente.

«Caninos largos. Extremadamente grandes. Se trata de un tipo *adrenal* muy definido. En otros términos: el fumador pertenecía al tipo de hombre en el que la secreción de las cápsulas suprarrenales, ejerce poderosa acción sobre

el crecimiento, el aspecto y la naturaleza».

Wengel llama á un ayudante y le ordena sacar un molde en plasticina de las mordeduras de la colilla. Seguidamente telefona al depósito de cadáveres y encarga:

«Que examine el médico de guardia los caninos y los premolares del muerto de Morenstrassee, y que me diga su opinión».

Pocos minutos después tiene Wengel en su poder el informe facultativo. Según éste, los dientes son normales; el superior izquierdo aparece empastado en platino.

«Esto supone—dice el doctor—una mordedura redondeada. La colilla no procede, pues, del asesinado.»

Tarda poco en obtenerse el molde de las depresiones dentales. Lo ha conseguido, con admirable limpieza, el profesor Tandler. A la vista del molde, que confirma la hipótesis del tipo adrenal, Wengel encarga á su colega el trazado de un rostro con las características del tipo anormal. El resultado es sencillamente maravilloso. Surge en el papel una fisonomía patibularia.

El profesor Wengel da el dibujo al agente de policía, ordenándole:

«Busque usted en el Archivo todos los retratos parecidos á este tipo. Si la colilla perteneció al asesino, es indudable que se trata de un profesional del crimen. Sólo este podría fumar su cigarro tranquilamente *mientras acecha* á la víctima».

La «Galería Negra» suministra varios centenares de retratos. Wengel y sus ayudantes, los examinan y eligen hasta cuarenta retratos y fichas. Algunas de las elegidas muestran pasmoso parecido con el dibujo hipotético. Esas cuarenta fotografías quedan en manos de la policía, que inicia, sin perder minuto, sus pesquisas. La fase de laboratorio ha terminado.

Puesta en marcha la máquina policíaca, eliminadas todas las posibilidades, en la lista de los «principalmente posibles», no quedan sino cinco presuntos homicidas, que son detenidos á las pocas horas y encerrados en la cárcel, bajo pretexto de pequeñas fechorías recientes.

Un día, previa promesa por parte del detenido de que nadie ha de saberlo, se entrega á cada malhechor en su calabozo un excelente habano.

El guardián respectivo entra en la celda un poco más tarde, y para borrar toda huella de la transgresión reglamentaria, se lleva la colilla...

Dos moldes ofrecen pasmosa semejanza con el original. Se confirma la prisión de los dos presuntos culpables, y, mediante hábiles interrogatorios, uno es eliminado.

El otro es puesto en libertad; pero con continua é insistente vigilancia para evitar su fuga y para que él mismo entregue las pruebas de su crimen.

Pocos días después el homicida, conocido y confeso, se entrega indefenso ya.

D. R.

GENEO B
BIBLIOTECA
MADRID

*De la Europa
pintoresca*

**UNA
RELIQUIA
ESPAÑOLA
QUE
DESAPARECE**

LA imperiosa necesidad de expansión que sienten en su gran mayoría las ciudades modernas hace desaparecer poco a poco sus murallas, venerables testigos, casi por regla general, de hazañas más ó menos gloriosas realizadas por asaltantes y asaltados en tiempos pretéritos de fuerza y de violencia. Actualmente lleva á cabo esa obra demoledora, aunque necesaria para su vida local, lamentable desde los puntos de vista pintoresco é histórico, la ciudad francesa de Lila, cuyos 200.000 habitantes se ahogaban materialmente dentro del vasto círculo de piedra que eran sus fortificaciones robustísimas.

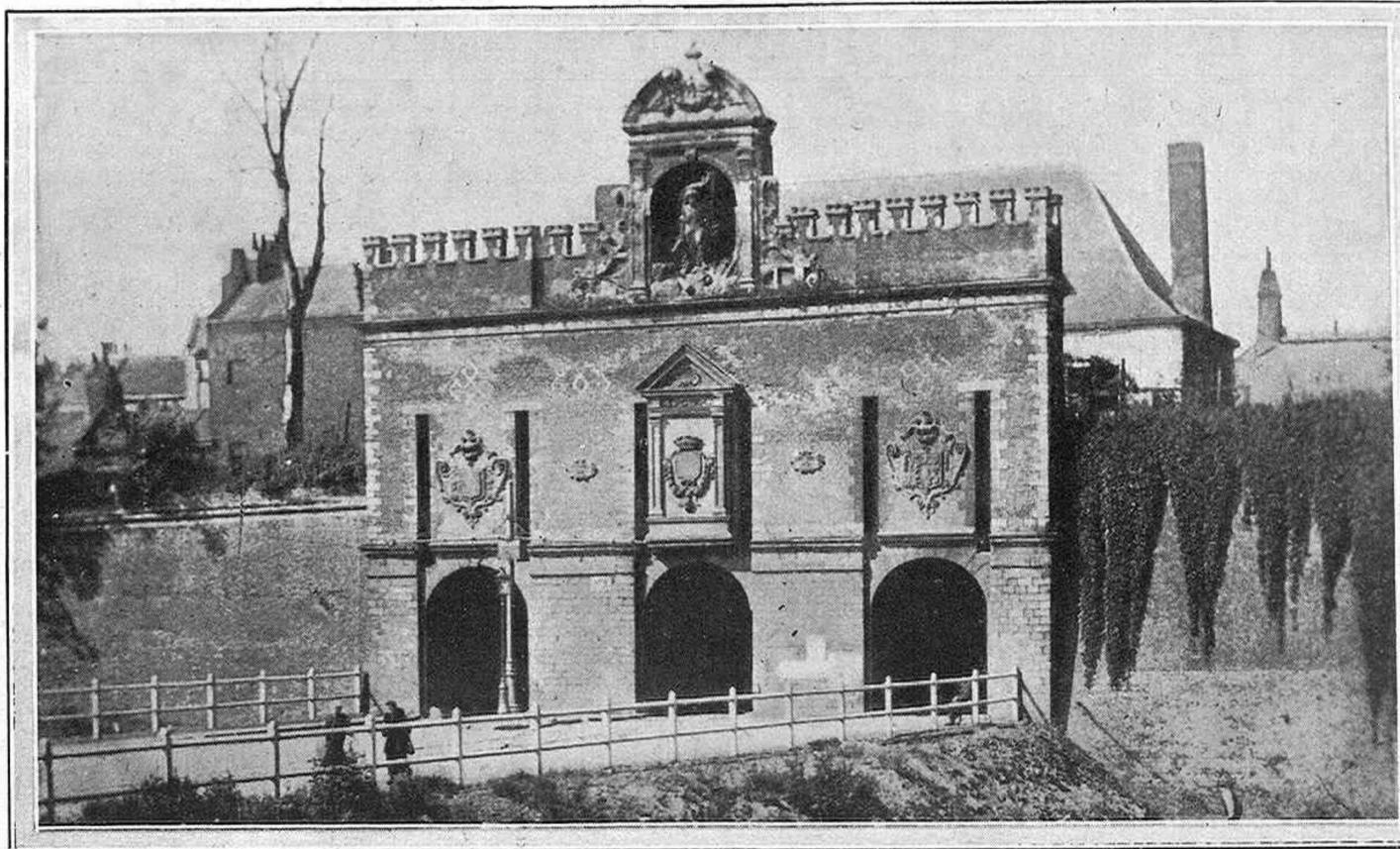
Antes de que desaparezcan esos vestigios, bastiones, cortinas y otras obras de carácter militar, algunas de las cuales sufrieron los terribles des-

trozos ocasionados por varios asedios, parece interesante dedicarles el oportuno registro periódico, ya que su historia, y especialmente la del siglo XVII, es un extenso y glorioso capítulo de la historia de España, dueña y señora entonces de la industriosa ciudad flamenca.

Fué hacia el siglo XI cuando Balduino IV, conde de Flandes, hizo levantar el primer recinto fortificado, provisto de torreones y puertas. A partir de 1145, gran parte de esas murallas fueron derribadas para facilitar una primera expansión de la urbe. En 1213, Felipe Augusto se apodera de la ciudad, que incendió parcialmente,

arrasando parte del recinto fortificado, que en aquella época poseía catorce puertas, con puente levadizo sobre profundos fosos. En los primeros años del siglo XV se extienden estas poderosas defensas, acondicionándolas para la acción de la artillería.

Una ampliación del recinto de Lila, dispuesto por Carlos V en 1540, con la ocupación militar de vastos terrenos, inició la nueva mejora de las murallas desde el punto de vista militar, que empezó en 1600, durante el gobierno de los archiduques Alberto é Isabel. En 1620 fueron edificadas las puertas de Gante y de Roubaix, de



La Puerta de Roubaix, en Lila, conservada como monumento histórico. Fué construída en 1620 y restaurada en 1875



Casas españolas de la Plaza de San Martín, en Lila

estilo español, construyéndose al mismo tiempo en otros lugares de la ciudad casas típicamente españolas, algunas de las cuales se conservan hoy. Entre éstas figuran las de la Plaza de San Martín y la llamada *Bolsa Antigua*, en el centro de la población. Las citadas Puertas de Gante y de Roubaix, entre las que se extendía, formidablemente artillada, la gran muralla española, serán las únicas que se salven de la piqueta, en atención, más aun que á su mérito artístico, á su recuerdo histórico.

La honda influencia española en la antigua ciudad flamenca no sólo se manifiesta en las numerosas construcciones del siglo XVII que allí subsisten. Hoy mismo es frecuente ver á los propietarios de esos edificios hacer las restauraciones de las fachadas siguiendo fielmente el estilo original de las mismas. Es más, esta levadura espiritual hispánica en el lillense se hace bien manifiesta cuando se ve á los



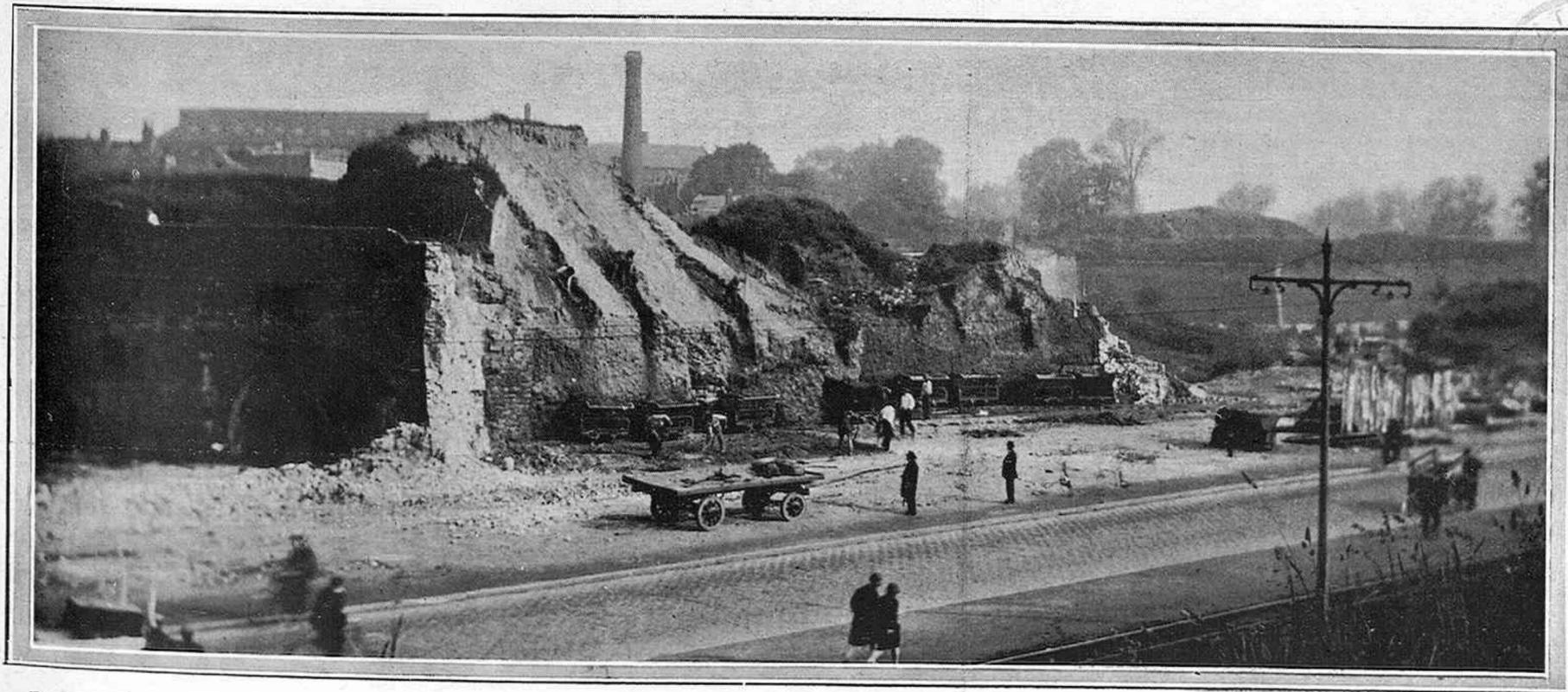
La Puerta de Gante, en Lila

propietarios de edificios de nueva planta embellecerlos y hacerlos aun más atractivos, dotándolos de motivos arquitectónicos españoles: pilastras y bajorrelieves representando cestillos plenos de frutas, cuernos de la abundancia, ángeles, etc.

La conservación de ese viejo aporte racial obedece acaso á una causa atávica, cual parecen atestiguarlo el gran número de nombres de lillenses, nombres de evidente prosapia española, y los usos y costumbres españoles que aún perduran en la ciudad y su región, cuyo viejo *patois* conserva no pocas palabras de nuestro idioma.

READER

Patio de la antigua Bolsa, en Lila, edificio de estilo español de mediados del siglo XVII



Reducto de las fortificaciones de Lila, que fué defendido, durante el asedio de la ciudad en 1667 por las tropas de Luis XIV, por una batería española que enfilaba las trincheras enemigas

(Fots. Lutigneaux)

GENEO & LIOTSCA ADRI



Tres piezas en «crêpe georgette» azulmarino y blanco

(Modelo Lauvin)

Elegancias

Por fortuna, los creadores de la moda han comprendido que la vestimenta femenina tenía que sufrir una evolución radical que hiciese de la mujer lo que es: un ser lleno de encantadora gracia, de coquetería infinita, mucho más adorable cuando su *toilette* tiene ese *sprit* y ese delicioso feminismo que tienen los modelos de ahora.

Esta época de progreso en todos los órdenes de la vida, y más aún en el del buen gusto, no podía por menos de desdeñar de una vez para siempre, por antiestéticos é impropios, todos los modelos de trajes y sombreros masculinizados; así como la melena á «lo Manolo», y todo aquello, en fin, contrario al delicado sexo de Eva.

Las tendencias bellísimas de esta temporada de primavera y estío, tan femininamente encantadoras, han sido acogidas con gran entusiasmo por todas las damas *chic*, pues aun cambiando de ideas, la moda sigue preocupándose de convertir en niñas aparentemente á mujeres que están en plena etapa otoñal.

En los peinados domina igual tendencia; así es que la presente temporada ha matado para siempre una moda que nunca debió de existir.

Bien está que la mujer sacrifique su pelo en aras de un capricho; pero ha de ser á condición de llevar una melena femininamente arreglada. También será tolerable que fume, que conduzca su *auto*; pero siempre que lo haga en plan de mujer, «muy mujer». Lo que no puede ser ad-

mitido es que con modas ridículas y absurdas nos haga dudar incluso á qué sexo pertenece.

En los trajes de noche para gran gala y de *petit-diner* se nos manifiesta la moda «femenina» en toda la acepción de la palabra. En los primeros, la esplendidez de materiales nos hace pensar en *Las mil y una noches*: tejidos de ensueños bordados en pedrería, encajes soberbios, tules vaporosos de un matiz ideal... En los del *petit-diner*, el *georgette* hace de las mujeres aladas mariposas matizadas en los más suaves tonos. Las faldas irregulares dominan en ambos géneros de *toilettes*, y son acogidas con gran entusiasmo; los talles, en su sitio normal, cifien graciosamente el contorno; los escotes discretos en la parte de delante y más audaces en la espalda.

Los tonos oscuros no se emplean en los actuales modelos para *soirée*; el blanco goza de especial privilegio cuando va recamado de perlas ó *strass*; después son preferidos el rosa, el verde almendra en toda la escala, el salmón claro, el gris perla, los azules pálidos, el amarillo carne, algún *beige* y el malva.

Los encajes perlados ó bordados en cristal ofrecen siempre la ventaja de su graciosa caída; para modelos de forma recta, es éste un material insustituible.

En los trajes de tarde ó de paseo, la idea de hacer á la mujer muy femenina domina por completo. Incluso en los trajes de chaquetita, tan en boga, se adoptan formas y detalles muy feme-



estido en jersey de seda formando cuadros en dos tonos grises, con adorno de trencillas



Tres lindos sombreros en paja de Italia, según modelos de Marcelle Roze, Marthe Riviere y Teore



Vestido de crepón en dos tonos «beige» claro

En los vestidos: chorreras de encaje, detalles de lencería trabajada artísticamente, encajes de color, jaretitas, pinzas ó incrustaciones, que



Vestido de «georgette» color paja, bordado en seda de varios tonos «beige»



Vestido «Charleston» en «moiré» azul claro, con talle alto y una gran lazada de la misma tela al lado izquierdo (Creación Beer) (Fot. Manuel Frères)



Vestido de «crêpe marocain» azul con bordado en negro

En los vestidos: el brillo de las gotas del rocío ó el suave tono de la dorada manzanilla de nuestra Andalucía.

ANGELITA NARDI



Vestido de crepón estampado en tonos grises sobre fondo de un azul intenso

aun cuando no restan al traje *tailleur* la sobriedad que es menester, le quitan, sin embargo, esa austeridad varonil que antaño tuvieron nuestros trajes denominados deportivos.

Debajo de estas chaquetas se llevan cuerpos de foulares ó crespones de dibujo y colores abigarrados y de formas muy diversas, ó bien *jerseys* de punto finísimo con dibujos muy nuevos.

En los trajes de *ensemble*, el *crêpe marocain* y el *georgette* hacen furor; el primero se utiliza para trajes de formas rectas, y el segundo para los que llevan amplios vuelos en las faldas ó van plisados total ó parcialmente.

Los trabajos de jaretitas y vainicas se mantienen con el mismo furor que si fuese esta una idea lanzada recientemente; los bordados se hacen en menudas trencillas. También se emplean mucho los trabajos de «nido de abejas» y los pes-

punteados, así como las jaretas ocultas y los pequeños bieses.

Los volantes lisos, plisados ó en forma, los *godets* y delantales se llevan en los modelitos de tejidos estampados, algunos de los cuales son verdaderas maravillas de confección.

En este género de trajes se ven mucho las combinaciones de dos tejidos distintos en calidad y en color; por ejemplo: falda negra ó azul marino y el cuerpo en tejido estampado.

En los trajes de mucho vestir, para el paseo, el negro y el marino triunfan sobre toda la gama del colorido neutro.

Ninguna nota de color estridente domina en el adorno de estos vestidos de tarde; si acaso, un detalle en tonos pálidos. Cuando el traje sea de un sólo tono obscuro, resultará bien uno de esos lindos collares de Chanel, cuyas gemas tie-



El mito de la hormiga

Está la senda de oro
quemada por negra cinta
de hormigueros. En la tarde,
verde campo, ruda encina,
exalta vivos granates
sobre azules bambalinas.

Y tornaba de paseo
un colegio—niños, niñas—
celado por la maestra.
Amapolas y batistas.

Y todos se detuvieron
junto á la senda que hervía
de sartales de abalorios.
(Congreso de catequistas).

ELLAS—grecas de rizos y combas á la cintura ceñidas—:
«Si yo me hiciera pequeña vería tus galerías;
las trojes; el dormitorio, sus camas limpias;
la sala llena de espejos donde rinden cortesía
á la reina, cuyo manto metálicamente brilla.»

ELLOS—ágiles bronces, varas de almendro y espigas—:
«Esta gigantesca avanza acarreado una viga.
Aquella á la lonja lleva el plumón de la vedija.
¿Será este un capitán de las feroces milicias?
Defiende lo soterrado, y, alerta con las mandíbulas,
cierra el paso á la que no portea su mercancía.»

ELLA. «Sórdido afán y avaricia.
¡Abrenuncio! ¿Qué moral vieron en ti fabulistas?
Tiene razón la cigarra en ser lírica.
En arder con pura luz en el fanal de la viña.»

En el fino chal del cielo
temblorosa pedrería.
Suena un crótalo en la charca.
De élitros, el campo, vibra.

La blanca ciudad y la senda atrafagadas y miserables.

(Dibujo de Ernesto Gutiérrez)

JOSÉ MARÍA SABATER

FIGURAS BELLAS DEL TEATRO ACTUAL



MARIA CABALLE

Una de las figuras más prestigiosas de un género de arte que tiene numerosísimos partidarios, aunque algunos le consideren demasiado frívolo. La revista requiere de sus cultivadoras, si han de tener la categoría de estrellas, la conjunción de la belleza y la gracia. María Caballé, que ha celebrado ahora su beneficio, es estrella magna

(Fot. Calvache)

HACIA EL MATUSALENISMO

LA PROLONGACIÓN DE LA VIDA

ASISTIMOS, evidentemente, con alguna sorpresa á esa interesante «revista de ancianos» iniciada por un periódico muy popular y proseguida después por un Círculo, empeñado en que se haga justicia al clima de Madrid. Creíamos, por lo que se ve, que los progresos de la Medicina y de su hermana mayor la Higiene habían sido inútiles, y no nos dábamos cuenta exacta de hasta qué punto han logrado ya prolongar la vida humana. Aun no hemos vuelto á los tiempos bíblicos de Matusalén; pero vamos camino de volver, y es muy posible que las generaciones ulteriores lo logren.

En Francia, donde se hacen continuamente estadísticas de vida media, para resolver problemas de seguros, el hecho parece absolutamente demostrado. Hace tres siglos, la natalidad era allí mucho mayor; pero, ¿cuántos de aquellos niños llegaban siquiera á la edad adulta?

Las familias desaparecían rápidamente, y más que nunca podía decirse *regunque turres*. La muerte franqueaba con demasiada frecuencia las puertas de los palacios reales. «Casi todos nuestros reyes—ha escrito recientemente un médico francés—murieron jóvenes, y sus descendientes fueron diezmados. Cuando se extinguió la línea de Valois, fué necesario remontarse hasta Roberto de Clermont, hijo de San Luis; es decir, varios siglos para encontrar descendientes masculinos de raza real.

»Más tarde, en pleno siglo de Luis XIV, casi todos los miembros de la familia real sucumben jóvenes aún: en dieciocho meses mueren «Madame», el Delfín, el duque de Borgoña, la duquesa, el duque de Bercy, y al final del reinado sólo quedan el abuelo y un biznieto único, que tienen como parientes más próximos á los Orleans y á los bastardos, muy diezmados también.»

Apenas si se veía entonces rostro de mujer sin huellas variolosas, y hasta Jenner y su vacuna, no había familia en que la viruela no hubiese hecho víctimas. Ahora, la viruela no existe en los países civilizados. Jenner fué el primer triunfador en una batalla decisiva contra la muerte.

Otro azote de la Humanidad era, hace cincuenta años, el reumatismo articular agudo, que hacía sufrir horriblemente y se complicaba al fin con mortíferas complicaciones cardíacas. Germán See, hoy injustamente olvidado, descubrió las virtudes del salicilato de sosa, y el reumatismo fué vencido.

Pero los triunfos mayores vinieron después. Los trajo Pasteur, enseñando que las enfermedades eran generalmente microbianas, y la Medicina había de ser, por tanto, microbicida.

La rabia y el carbunco fueron vencidas á su vez; pero aun hubo más en aquella primera campaña: lo fueron también la fiebre puerperal y la infección quirúrgica. En la Maternidad de París, antes de Pasteur, de cada cien mujeres asistidas, morían veinte. Ahora sólo muere una de cada mil.

La más sencilla invasión de un flemón vulgar producía entonces muchas veces la muerte; hoy, gracias á Pasteur, las más terribles, complicadas y largas interven-



Luis Pasteur en su laboratorio

ciones quirúrgicas pueden ser realizadas sin riesgo de infección. Y es interesante saber cómo llegó Pasteur á ese descubrimiento y, consiguiendo, al de la teoría microbiana. Un excelente vulgarizador de la ciencia moderna, José Muñoz Escámez, ha contado en la siguiente forma la evolución del descubrimiento:



DOCTOR CALMETTE

«Infatigable, Pasteur empleó una parte de su tiempo en estudiar la fermentación de las cervezas, persuadiéndose al fin de que el mal gusto que algunas de ellas adquirían era debido á enfermedad análoga á las de los vinos.

»En una fábrica de cerveza situada cerca de Clermont Ferrand, comenzó sus ensayos fabricando al fin una levadura exenta de impurezas. La cerveza producida con ella fué excelente.

»Queriendo hacer más en grande sus ensayos fué á Londres, en donde fué recibido con las consideraciones que merecía.

»En la importante fábrica que visitó primero, hizo un ensayo de la levadura del *porter* y encontró en ella uno de los fermentos de enfermedad del producto, anunciando que aquella cerveza debía tener mal gusto. El jefe de la fábrica le dijo que, en efecto, estaban buscando otra levadura.

»A su regreso á Francia, Pasteur prosiguió sus trabajos aconsejando á los productores de cerveza que la calentasen como el vino ó el vinagre, á 55°, para evitar toda alteración.

»En la Academia de Ciencias le aguardaba una discusión larga y empeñada acerca de los fermentos del vino. Fremy sostenía que éstos se producían en el mosto por la descomposición de sus materias albuminosas al contacto del aire. Pasteur había probado hasta la saciedad que esos gérmenes venían del exterior.

»Pasteur interpelló á su colega Fremy de esta manera: «¿Confesará usted su error si yo puedo probarle que el zumo de la uva expuesto al contacto del aire privado de sus gérmenes, no puede ni fermentar ni dar origen á levaduras organizadas? Lo que falta á usted, señor Fremy, es la costumbre de manejar el microscopio, y á usted, señor Trecul, la experiencia del laboratorio.»

»Los interpellados se defendían con toda clase de argumentos teóricos, pero sin acompañarlos de ninguna prueba experimental á pesar de las provocaciones de Pasteur. Este, en cambio, multiplicó las suyas hasta determinar cómo algunas especies microbianas aerobias podían vivir sin oxígeno y llegar á ser fermentos. Así, pues, la levadura de cerveza, puesta en un líquido azucarado, se asimila el oxígeno del aire, y no produce gran cantidad de alcohol, pero si se suprime el aire atmosférico, entonces el fermento, no pudiendo tomar del aire el oxígeno, tiene que desoxigenar la substancia fermentescible.

»Por este tiempo fué elegido Pasteur miembro de la Academia de Medicina. Siempre lamentó el grande hombre no ser médico, porque su mayor deseo era el de aliviar los males de la Humanidad, y su carrera de químico no le facilitaba la benevolencia de los galenos, para los cuales todo aquel que no fuese de su profesión no debía inmiscuirse en su terreno propio, llegando hasta á decir que «la fisiología es un lujo del que se puede prescindir perfectamente».

»Esta hostilidad sentida por los médicos de entonces, completamente empíricos, hacia todo lo nuevo, les hacía combatir á Villemain cuando hablaba en su hospital de Val-de-Grace, de que la tuberculosis

era una enfermedad transmisible por un germen específico. «La especificidad—exclamaban—es la paralización de la medicina», y, como los médicos de Molière, se desfogaban hablando en latín del *quid ignotum*, que era mucho más cómodo que el estudio de los gérmenes. Y Pidoux, adversario de la teoría preguntaba: ¿No vale más permanecer en la doctrina más cierta y más filosófica de la generación espontánea? ¿Y qué no se dijo cuando Davaine declaró haber encontrado ciertos parásitos, visibles al microscopio, en la sangre de los animales muertos de carbunco? Atacados violentamente los partidarios de los gérmenes específicos, volvieron los ojos á Pasteur.

«Sólo Trousseau, el gran Trousseau, cuya alteza de miras y cuya elocuencia técnica aún no han sido sobrepasadas, comprendió la trascendencia de los trabajos de Pasteur y expuso las consecuencias de esta doctrina en una de sus célebres conferencias del Hôtel-Dieu.

«Pero el desarrollo de aquellas teorías iba á ser muy pronto incalculable. Era hermoso haber aplicado el principio de los gérmenes al vino, al vinagre, á los huevos, á todas las fermentaciones, pero faltaba el impulso final que había de llevar al hombre las últimas consecuencias de la doctrina.

«La infección purulenta de las heridas era el terror de los cirujanos, quienes podían advertir que la proporción de muertos por septicemia aumentaba de un modo espantoso. En los hospitales el olor de la gangrena infestaba las salas. Era muy rara la intervención quirúrgica que no iba seguida de una infección, que frecuentemente mataba al enfermo. Cirujanos tan hábiles como Denonvilliers decían á sus alumnos: «Pesadlo bien antes de resolveros á una amputación, pues tal vez al decidirlo firmáis una sentencia de muerte.»

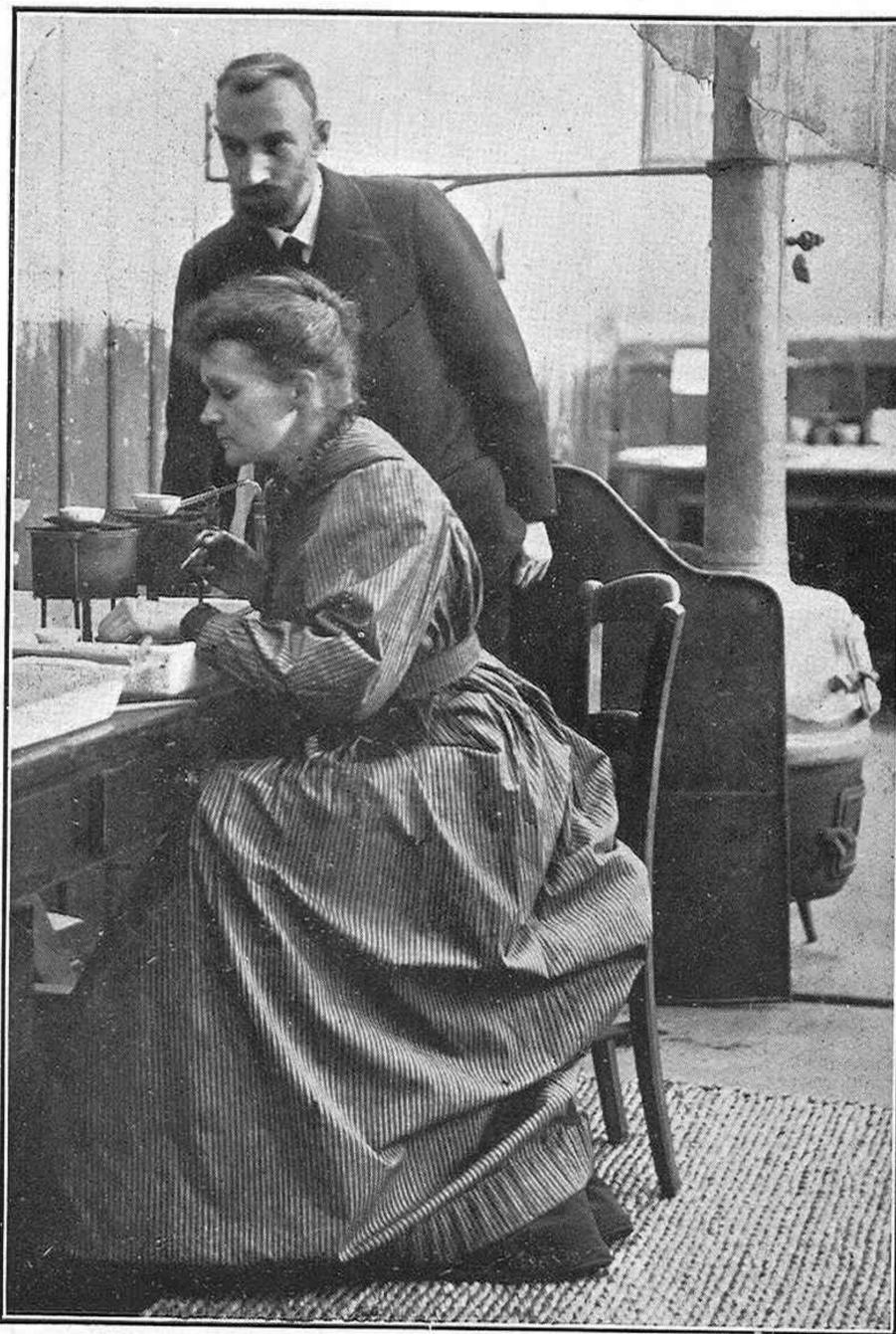
«Nélaton, el célebre cirujano de Napoleón III, declaraba que el que venciese la infección purulenta merecería una estatua de oro.

«Alfonso Guerin tuvo la idea de que tal infección bien pudiera ser originada por los corpúsculos descubiertos por Pasteur en el aire, é imaginó curar á sus operados con capas de algodón en rama que filtraban el aire ambiente y no dejaban llegar los gérmenes hasta la herida. La cifra de mortalidad bajó inmediatamente hasta el 24 por ciento. Invitado Pasteur á estudiar aquel hecho, acudió gustoso al hospital, experimentando la sublime alegría de haber con sus doctrinas contribuido á salvar algunas vidas humanas.

«En esto, Lister le escribió desde Edimburgo (el 18 de Febrero de 1874) comunicándole el resultado de sus trabajos sobre la antisepsia, inspirado en los estudios realizados por Pasteur sobre los fermentos.

«Permítame usted, decía Lister, que aproveche esta ocasión para enviarle la expresión de mi más profunda gratitud, por haberme demostrado con sus brillantes trabajos la verdad de la teoría de los gérmenes de la putrefacción, proporcionándome así el único principio que podía llevar á buen fin el método antiséptico.» Y en otro párrafo dice: «¿Acaso necesito añadir la gran satisfacción que yo sentiría mostrando á usted lo que la cirugía le debe?»

«¿Cómo procedía Lister? Desinfectando las manos de los operadores y todos los instrumentos quirúrgicos con una solución fuerte de ácido fénico. Durante la operación, un pulverizador proyectaba una atmósfera de solución fenicada en el campo operatorio. De 1867 á 1869, de 40 amputados sometidos al método de Lister, sólo murieron 6.



Pierre Curie y madame Curie en su laboratorio

«Pasteur había ya recomendado á los cirujanos que pasaran sus instrumentos por la llama á fin de destruir en ellos todo germen infeccioso. Este era el primer principio de la asepsia, completado luego con la recomendación de hacer sufrir al algodón en rama destinado á los apósitos una temperatura capaz de esterilizarlo. Es más; en una sesión de la Academia de Ciencias, decía: «Una herida causada en el aire perfectamente puro y rodeada de aire puro constantemente, sin vendas ni apósitos, curaría porque nada



DOCTOR ROUX

estorbaba al trabajo de reparación de la naturaleza.»

«Después de esto, era de esperar que los partidarios de la generación espontánea enmudecieran. ¡Ni por esas! No hay nadie más testarudo que el que se apoya en un error secular. M. Poggiale, antiguo farmacéutico y miembro del Consejo de Higiene, decía irónicamente: «El Sr. Pasteur nos ha dicho que desde hace veinte años buscaba la generación espontánea y no la había encontrado. A pesar de su perseverancia y de su sagacidad, dudo de que la encuentre. Esta cuestión es casi insoluble...»

«No hizo falta más para hacer saltar á Pasteur.

«¿Cómo!—exclamaba irritado—. ¿Hace veinte años que estudio una cuestión y no debo tener una opinión acerca de ella? ¿Acaso ha de concederse el derecho de comprobarla, de discutirla y de interrogar á quien nada hizo para ponerla en claro, á aquel que ha leído con más ó menos atención nuestros trabajos con los pies apoyados en los morrillos de la chimenea de su despacho?»

«Realmente era irritante tal pretensión. Pero no todo fué por entonces lucha y contrariedad. La Asamblea Nacional, á propuesta de M. Paul Bert, otorgó á Pasteur una pensión vitalicia de 12.000 francos anuales, suma pequeña, pero que demostraba al sabio que su patria agradecía sus esfuerzos.

«La lesión cerebral sufrida había dejado como huella á Pasteur una ligera claudicación y una torpeza marcada en los movimientos de la mano. Como se presentaran algunos síntomas que podían ser premonitores de otro ataque, el doctor Andral prohibió á Pasteur todo trabajo asiduo. Pero, ¿qué hacer con un enfermo tan rebelde?»

«No contento con servir á Francia poniendo á contribución sus dotes científicas, tuvo Pasteur la

idea de presentarse candidato á senador. Felizmente para la Humanidad fué derrotado. Sus dos contrincantes, sostenidos por un hombre político que fué presidente de la República, M. Grevy, obtuvieron más de 400 votos. Pasteur sólo consiguió 62. ¡Bendita derrota que permitió al grande hombre descubrir nuevos horizontes para alivio de las miserias humanas!

«No le faltó ocupación. Por de pronto representó á Francia en el Congreso sericícola de Milán, teniendo la satisfacción de visitar un establecimiento que llevaba su nombre y en el cual se hacía la selección de semilla de gusano de seda en proporciones enormes y con un resultado asombroso. Más de 60 mujeres, provistas de otros tantos microscopios, ponían en práctica el método de Pasteur.

«Pero al regreso le aguardaba una mala noticia: un médico inglés, el doctor Bastián, hombre de gran mérito, había vuelto á poner sobre el tapete el eterno tema de la generación espontánea y aseguraba haberla obtenido.

«Tyndall, el gran Tyndall, admirador de Pasteur, defendió las teorías de éste; pero hacía falta un triunfo decisivo para enterrar definitivamente aquel pleito que amenazaba durar tanto como la vida de los hombres sobre la tierra.

«Pasteur estuvo implacable y dijo á Bastián la razón: ¿Sabe usted, le escribió, por qué me interesa tanto combatirlo y vencerle? Porque es usted uno de los principales adeptos de una doctrina médica que es, en mi opinión, funesta á los progresos del arte de curar.

«Ahí está pintado Pasteur de cuerpo entero. Lo único que le interesa es el progreso y para que su marcha no se dificulte es capaz de todos los esfuerzos.

«Pero, ¿qué había encontrado el Dr. Bastián? Operaba éste sobre la orina ácida, hervida y luego neutralizada por una solución de potasa cáustica elevada á la temperatura de 120°. Después de enfriar, el líquido lo volvía á someter á una temperatura de 50° para facilitar el desarrollo de los gérmenes, y al cabo de ocho á diez horas el líquido estaba lleno de bacterias.

«Parecía incontestable que éstas se habían desarrollado espontáneamente, dado que los líquidos habían sido previamente esterilizados por el calor.

«Pasteur empezó por decirle que reemplazase la disolución de potasa por un trozo de potasa sólida calentada á 110°. Hizo luego que se pasase por la llama el recipiente en donde se hacía la experiencia y con ello acabó definitivamente la generación espontánea en la orina y desapareció la teoría en todos los cerebros.

«Aquel fué un triunfo de grandes consecuencias.»

•••••

El 60 por 100 de los niños atacados por la difteria morían, y los demás quedaban hondamente tocados: anémicos, albuminúricos, paralíticos; la traqueotomía llegó á ser en los *Enfants-Malades* operación cotidiana, que los internos, con asombro de los cirujanos viejos, hacían ya de un solo corte, con plena seguridad, y su manera de proceder entraba en la técnica corriente con el nombre de «método de los internos». Operación inútil, por lo demás, porque si impedía la asfixia, no impedía la intoxicación con sus terribles consecuencias.

Para actuar eficazmente contra la difteria, era necesario conocer su toxina y descubrir el suero antitóxico; lo que hizo Roux, discípulo de Pasteur, en 1894. Desde esa fecha, la mortalidad por difteria no pasa del 14 por 100, y no son temibles las complicaciones: ni la anemia, ni la albuminuria, ni la parálisis.

La fiebre tifoidea daba también una enorme mortalidad; más del 25 por 100 de los atacados sucumbían, y la enfermedad, rápida y brutalmente difundida, daba epidemias terribles; pero en 1882, Eberth había descubierto el microbio de esa enfermedad. Chantemesse y Widal encontraron manera de cultivarle; los cultivos permitieron conocer las aguas indemnes, y la fiebre tifoidea desapareció de París, por ejemplo, donde en determinadas épocas del año la tercera parte de las camas disponibles en los hospitales estaban ocupadas por tifoideos. El análisis de las aguas y la vacuna descubierta también por Chantemesse y Widal habían hecho el milagro. La fiebre tifoidea es enfermedad llamada á desaparecer, como la viruela. Con ella desaparecerán, y por los mismos motivos, las enfermedades próximas: las llamadas paratifoideas.

¿Qué decir de la *peste*? Limitándonos á la peste bubónica, podemos saber que fueron las suyas las más terribles epidemias históricas. Una sola de ellas, la peste negra del siglo XIV, después de haber recorrido, asoladora, China, las Indias, Persia y Turquía, penetró en Francia por Marsella, y en ocho años mató 25 millones de europeos de 104 que existían; pueblos hubo donde sólo se salvó el 10 por 100 de los habitantes. La de Milán, en el siglo XVI, de 250.000 habitantes, mató 180.000. Los brotes epidémicos más recientes, en cambio, los aparecidos en Londres, en algunos puertos franceses y en el mismo París, cortados rápidamente. Jersin, Calmette, Salimbeni y otros habían descubierto sueros, vacu-

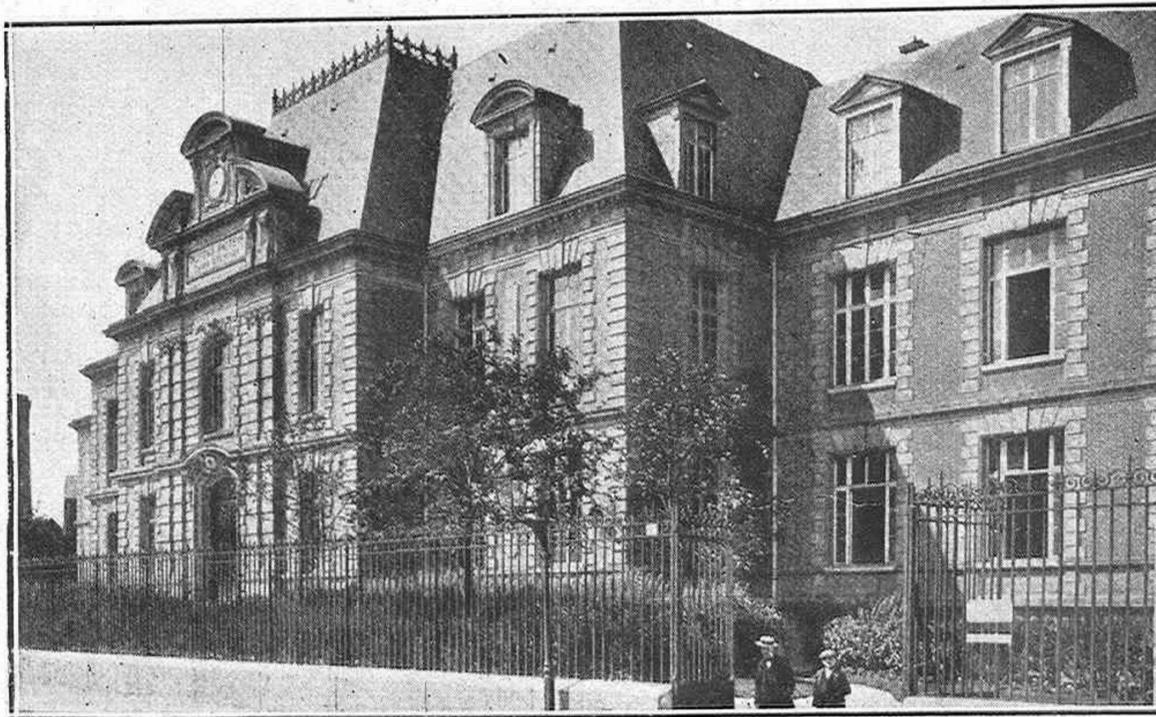
nas, medios de impedir el desarrollo del terrible azote.

Cosa análoga ocurrió con el cólera; la última epidemia en Madrid dejó terrible recuerdo, aun no extinguido; la más reciente en Aranjuez, que motivó aquel viaje tan discutido, pero mucho más elogiado, justamente, de Alfonso XII, enfermo ya, aunque más localizada, le dejó también. Ahora, aquellos horrores no son ya posibles. Primero el aislamiento y la desinfección, y más tarde, y naturalmente con mayor eficacia, los descubrimientos de Roux, Milchnikoff y Salimbeni, engendrando el suero anticolérico, señalan para el famoso *morbo asiático* el mismo fin de la viruela y la peste.

Contra la gripe verdadera, la influenza, que da hoy mayor mortalidad que la peste y el cólera, la lucha está empeñada y en camino de detener el mal.

El paludismo es asimismo victoriosamente combatido desde que fué conocida la evolución de la mosca que le transmite—*anojeles*—por una especie de vacuna. Destruir la mosca ó impedir su picadura es destruir el paludismo, y á donde ese medio no alcanza llega el efecto preventivo de la quinina.

Gracias á él, ya no son posibles epidemias como



El Instituto Pasteur, en París

la que en 1812 destruyó un cuerpo de ejército inglés. Los farmacéuticos Pelletier y Caventon merecen la estatua que sus compatriotas les hicieron frente á la Escuela de Farmacia de París.

La disentería, que aun ocasionó terribles estragos durante la gran guerra, no podrá ocasionarla más, gracias á los descubrimientos de sus agentes productores, y más aun del bacteriófago de Herelle.

La lepra misma, que desde el siglo X motivó medidas de defensa, se contiene ya actualmente mediante el diagnóstico precoz, el aislamiento bien practicado, los cuidados higiénicos y una medicación oportuna; la contiene si no la curan; ya no existen aquellas horribles leproserías que dieron ocasión al literato canario Millares para escribir un drama trágico, ni aquellos leprosos á quienes en la Edad Media se obligaba á vestir un traje especial y anunciar su paso con una campanilla. La Orden de los Caballeros de San Lázaro, destinados á cuidar á aquellos enfermos, y cuyo gran maestro, según dispuso su fundador, el papa Dámaso II, había de ser un leproso, no tendría hoy razón de ser.

Antes de la batalla del Marne, el tétanos diezmaba aún á los heridos del ejército francés; bastó proveer á las ambulancias de suero antitetánico, fabricado por el Instituto Pasteur, para que el tétanos desapareciera.

La acción de la Escuela francesa de Medicina de Tananarive, enseñando á las matronas la asepsia indispensable para su profesión y apli-

cando el suero antitetánico en Madagascar, ha reducido á 0, ó poco menos, el 30 por 100 de recién nacidos que allí morían de tétanos.

Se vislumbra también como próximo el día en que el sarampión, la escarlatina y la roseola, terribles azotes de la infancia, no sólo por sí mismas, sino por sus secuelas, serán vencidas, y ya sus efectos terribles son amenguados enormemente.

No son sólo los conocimientos bacteriológicos y su aplicación en desinfecciones vacunas y sueros los que de tal modo benefician á la Humanidad: la higiene alimenticia ha hecho desaparecer, ó poco menos, la pelagra, el escorbuto y el oriental beri-beri, y están en camino de lograr otro tanto contra el raquitismo, la litiasis y la gota...

Sin limitarnos ya á las enfermedades en particular, el tratamiento de todas, en general, ha ganado en eficacia tanto como han progresado los medios de exploración y de diagnóstico. En poco más de un siglo, los médicos han aprendido con Prossy y Leánez á percudir y auscultar, y con autores diversos, las más finas técnicas exploratorias: la anatomía patológica, la histología, la nueva química, la química biológica con todos sus análisis, las reacciones á la tubercu-

lina de Píquel, la oftálmica reacción de Calmette, la radiografía... permiten conocer mejor, y por tanto combatir con mayor eficacia, las enfermedades todas.

Para ello ayudan, naturalmente, los progresos de la terapéutica en general y de la farmacodinámica en particular; se sabe mejor lo que en cada caso hay que combatir y se conoce mejor el modo de combatirlo.

Los descubrimientos, que no es posible detallar aquí, de Charcot, de von Economo, de Fournier, de Koch..., descubriendo enfermedades antes desconocidas ó confundidas, han permitido luchar contra ellas con eficacia, que aumentará, naturalmente, á medida que

vayan siendo mejor conocidas.

Quedan aún las enfermedades llamadas sociales: la tuberculosis, la tisis y el alcoholismo retroceden también en todos los países cultos ante las campañas encarnizadas emprendidas contra ellas, y para la tuberculosis hay ya más: los trabajos de Calmette, que también contra el bacilo de Kock parecen ya próximos á la victoria.

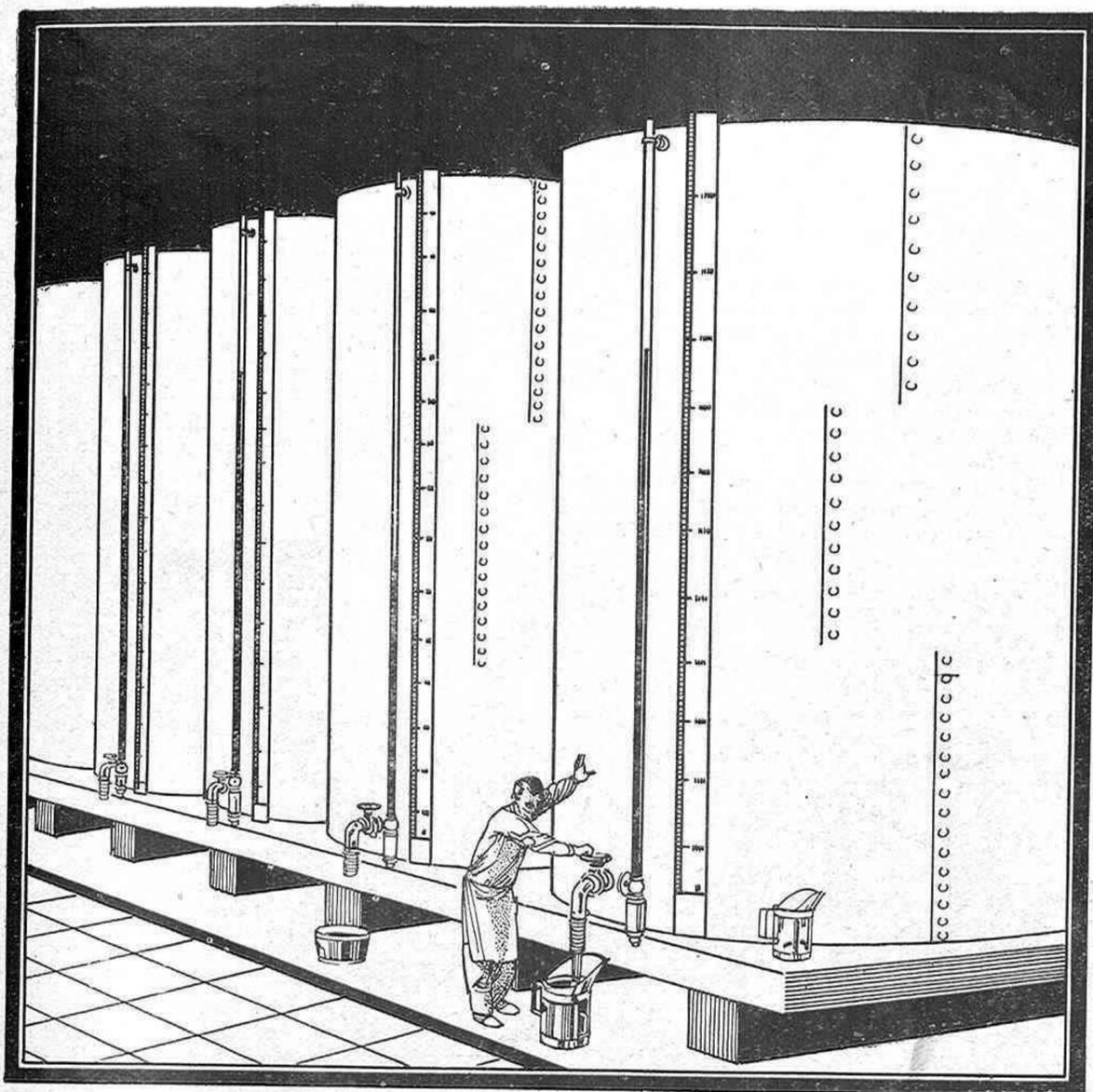
La estadística revela ya la eficacia de esa labor: la mortalidad desciende en todos los países que no se niegan á marchar por el camino del progreso, y desciende, sobre todo, en los jóvenes, á quienes la aplicación de los medios de defensa ha sido, por más precoz, más oportuna.

Queda aún mucho por investigar, ¡quién lo duda!

El universo en general y la vida en particular están aún llenos de enigmas; pero esos enigmas no son ya, como antaño, tenidos por irresolubles. La fe alienta á los investigadores, y no hay fuerza superior á la de la fe. El pasado fecundísimo responde, en cierto modo, del porvenir, que podrá serlo aun más.

Pero para que lo hecho y lo por hacer tenga eficacia, es necesario difundir, vulgarizar las victorias que en la lucha contra la muerte y el dolor vayan alcanzando los sabios.

Terrible era morir de males evitables cuando no se conocía el modo de evitarlos; pero es más terrible aún sucumbir á ellos por ignorar que ese modo ha sido descubierto.



Antes de llegar a sus manos es sometida a largo almacenaje en nuestros laboratorios, ganando en concentración y aroma, nuestra

Agua de Colonia Añeja

Úsela usted, mezclada con el agua del lavabo o del baño, o en fricciones.

Alivia el cansancio, entona los nervios, refresca y perfuma la piel.

Frasco, 2,50. - Litro, 15 ptas. en toda España.
El impuesto del Timbre a cargo del comprador

PERFUMERÍA GAL. - - MADRID





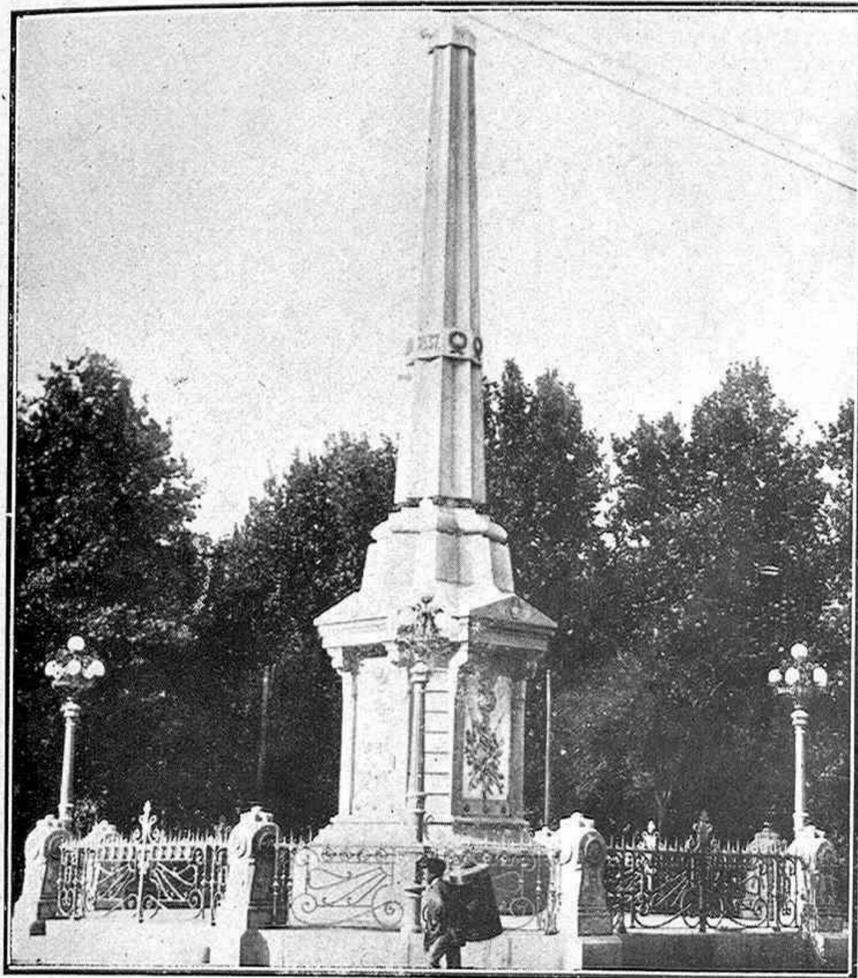
*Un festival infantil
en el Círculo
de Bellas Artes*

*Una boda aristocrática
en Málaga*

En el Círculo de Bellas Artes se celebró recientemente un festival infantil organizado por los alumnos del Colegio Anglo-Francés de San Francisco Xavier, de Madrid. Niñas y niños de este Centro interpretaron las obras «Marguerite Morus», «La robe perdue», «Las de Origueira» y algunos bailes artísticos. En nuestra fotografía aparecen algunos de los pequeños intérpretes. Entre ellos, á la derecha, los niños Antonia y Carlos Soler, que se destacaron notablemente en el festival.

En Málaga han contraído matrimonio, recientemente, la distinguida y bellísima señorita Paquita Duffau y el ingeniero agrónomo D. Carlos Rein Segura. Los novios, que cuentan entre la buena sociedad malagueña acendradísimas simpatías, han recibido, con motivo de su enlace, numerosas y efusivas felicitaciones, vivo testimonio de lo que en Málaga se les quiere.

LAS BELLEZAS ARTISTICAS DE CASTELLÓN



Obelisco del paseo, dedicado á los héroes de la Libertad



Frontispicio del templo arciprestal de Santa María

LA OBRA DE UN GRAN PATRICIO

EL ABASTECIMIENTO DE AGUAS DE VILLARREAL

Esta hermosísima población, que se desparra-
ma en un gran plano y está poblada por 18.500
habitantes, se encuentra desde hace unos treinta
años, aproximadamente, con un servicio de aguas
potables que abastece en abundancia, y también
con garantía de salubridad, á la ciudad, merced—
y esto es lo que mayor elogio merece—al esfuer-
zo y buena voluntad del gran patricio D. Vicente
Amorós, que sacrificó su brillante carrera de
Farmacia y sus propios intereses hasta ver sa-
tisfechos sus afanes.

Este gran ciudadano, que gozó por aquel
entonces de la más merecida aureola; que participó
en más de una ocasión del homenaje de gratitud
y cariño que le tributó el pueblo de Villarreal en
masa, no pudo disfrutar por entero de la satis-
facción que su magna obra había de reportarle,
puesto que la muerte, que no reconoce méritos
ni respeta la existencia sagrada de ciertos bene-
méritos ciudadanos que, como éste, consagraron
sus energías al bien general, cortó su vida en
flor, cuando más contento estaba de vivirla.
Pero si él se fué, allí quedó su obra, su deseada
mejora, testimonio elocuente que patentiza el
producto de su trabajo y perpetuará para siem-
pre su memoria.

De todo esto, del sacrificio que llevó á cabo
este hombre bueno, activo y emprendedor; del
beneficio que alcanzó Villarreal con tan impe-
riosa necesidad—pues resolvió el vital problema
del agua—, era algo que sabía por referencias;
y por esto quizá, al visitar Villarreal en funcio-
nes de mi profesión, sentí despertar en mi espí-
ritu de informador el deseo de comprobar fiel-
mente cuanto á mis oídos había llegado.

Y á tal efecto me entrevisté con los hijos de
D. Vicente Amorós, que hoy llevan el negocio
que con tanto acierto cimentó su respetable pa-

dre, los cuales, haciendo uso de esa amabili-
dad sin límites que es costumbre en los hombres de
mundo, se me ofrecieron para todo cuanto de
ellos considerara útil.

Solícitamente acompañado por los Sres. Amo-
rós, visité la magnífica finca que poseen dentro
del casco de la población: hermoso vergel de
plantas y árboles frutales; delicioso recreo per-
fumado por el aroma de los pomposos naranjos,
que llena por completo los sencillos gustos de sus
propietarios.

Es aquí, en esta espléndida masía, cercada
por una pared de mampostería, donde existe el
alumbramiento de aguas, como asimismo el de-
pósito que abastece á la población.

Visto aquello, donde todo es ordenamiento y
limpieza, no pude por menos de pensar que este
servicio que los Sres. Amorós vienen prestando
á Villarreal puede ser muy legítimamente en-
vidiado por todos los pueblos limítrofes, tanto por
sus modernas instalaciones—tiene dos: una mo-
vida por electricidad; la otra, por un motor de
aceite pesado—como por sus indiscutibles con-
diciones higiénicas. Y buena prueba de ello es
que desde que la población se abastece de estas
aguas—despreciando las de acequias y río Mit-
jares, que es de donde se surtían antes los veci-
nos—han disminuído las epidemias de tifus y
gripe de tiempos anteriores al servicio en cues-
tión.

La instalación eléctrica está hecha por mate-
rial de la casa «A. S. E. A.», con una bomba cen-
trífuga «Subcer», capaz para elevar 2.000 litros
por minuto. Y la de aceite pesado la componen:
un motor «Otto Deutz», accionado por una bom-
ba centrífuga de eje vertical marca «Amag-
Hilpert», con potencia para elevar 1.920 litros
por minuto.

El depósito, construído *ad hoc*, dotado de to-
das las condiciones higiénicas recomendadas por
nuestra Sanidad, tiene una capacidad aproxi-
mada de 1.500 metros cúbicos; á nuestro juicio,
sobradamente capaz para cubrir con abundancia
las necesidades de Villarreal.

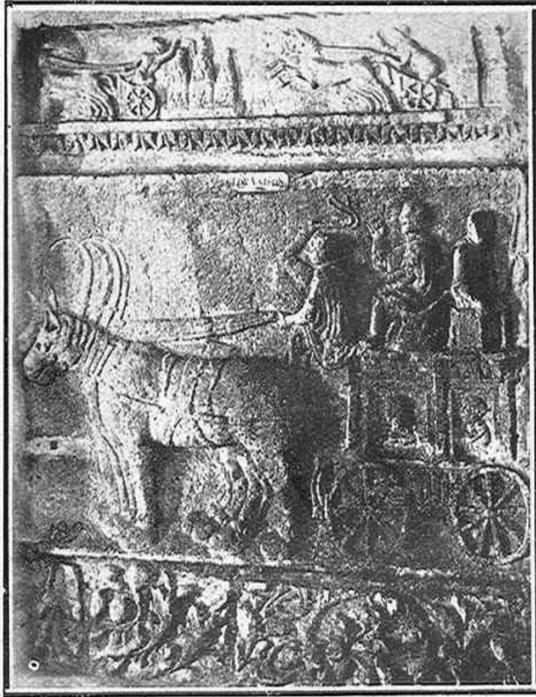
La tubería de salida es de tubo asfaltado, con
un diámetro de 20 centímetros; y la red de cana-
lización, dentro de la ciudad, es de unos 12 kiló-
metros aproximadamente.

Interesa conocer, para la mayor tranquilidad
del vecindario, que el depósito de aguas se lim-
pia anualmente, se enlucce y se desinfecta, como
prevención y mayor pureza de las aguas que, sin
paréntesis alguno, y por espacio de treinta años,
vienen suministrando á domicilio los Sres. Amo-
rós á caño libre, sin aforo, y por la insignificante
cuota de 2,50 pesetas mensuales.

Es de advertir que los motores (y esto da bue-
na prueba del sobrante de agua) sólo viene fun-
cionando uno por espacio de cuatro horas al día;
con lo que vengo á demostrar que los dos pozos
de alumbramiento y la maquinaria instalada se
bastan, hoy por hoy, para suministrar y aumen-
tar el servicio, siempre que las necesidades de la
población así los exigieren.

Aquí, aunque á vuela pluma, queda puesta de
manifiesto la impresión sacada de mi visita á los
manantiales que surten á Villarreal, habiéndome
servido cuanto vi y oí para formar muy elevado
juicio del valor positivo que para Villarreal, y
con ésta para España, presentaba D. Vicente
Amorós, á cuya memoria dedico estas líneas, con
la satisfacción plena de haber cumplido digna-
mente un deber, aunque, si bien es verdad, todo
me parece poco para enaltecer la labor del ma-
logrado D. Vicente, constante bienhechor de
Villarreal.

Un lejano precursor del autobús



Descúbrelo, y de un modo que no deja lugar á dudas, la pieza arqueológica que muestra la fotografía y que ha sido incorporada recientemente al Museo de Avignon. Se trata de un fragmento de friso que sin duda formó parte de un circo romano que se presume poseyó alguna de las poblaciones galcromanas del distrito de Vaison (Vaucluse).

En dicho friso, y debajo de otras representaciones de carros romanos, figura un bajorrelieve en el que aparece en gran tamaño un verdadero *ómnibus*, con su correspondiente imperial, lleno de pasajeros.

MAJESTIC HOTEL INGLATERRA
BARCELONA. Paseo de Gracia. Primer orden. 200 habitaciones. 150 baños. Orquesta. Precios moderados. El más concurrido

NOTA CÓMICA



Totón.—¿Estás segura de que es mamá?
 Mimi.—¡Ya lo creo! Conozco sus ligas entre mil que se juntan.
 (De «Passing Show»)

El Ayuntamiento de Aguilas

En nuestra visita á Aguilas no hemos podido pasar indiferentes al desarrollo de la labor que, desde el Ayuntamiento, lleva á cabo el prestigioso alcalde D. Carlos Marín Marín. La población anhelosa de ver convertidos en realidades los proyectos que tanto necesitaba el pueblo, rinde tributo de agradecimiento al Sr. Marín. Ya dejaron de ser proyectos, para convertirse en realidades: la entubación de las Aguas Potables en esta Villa y la construcción del Mercado próximo á terminarse. La construcción del Mercado era otra necesidad sentida, y á este sentimiento del pueblo ha correspondido el esfuerzo de su Municipio. La reflexión y perseverancia del Sr. Marín, secundadas por el grupo de hombres buenos que en torno suyo velan por la prosperidad y brillo de la metrópoli Aguilena, les alienta para acometer nuevas empresas cuya construcción de un Lavadero Público y acrecentamiento del caudal de Aguas Potables que aseguran por completo la higiene pública de esta Villa. Sirva de ejemplo la singular conducta de este puñado de españoles que, sin altanerías ni jactancias harán de su pueblo un espejo en que mirarse puedan los mejores de su rango.

ooo

LA FABRICA DE ELECTRICIDAD DE D. NAPOLEÓN MONZÓ Y GARCÍA

TOTANA

Al visitar Totana, nos indicaron la fábrica de D. Napoleón Monzó como la primera en todos aspectos. La fundación de esta casa fué en el año 1903 por su actual propietario. En una amplia nave está situada la sala de máquinas, donde se observan todos los detalles de una moderna y completa instalación. Dispone de dos magníficos motores Crossley para la producción de energía eléctrica, movidos por gas pobre. Toda la fuerza que esta fábrica produce es consumida mayormente en el alumbrado de la población. Esta Casa es una de las que más económicamente suministran flúido en España, toda vez que ha mantenido los mismos precios que antes de la guerra. En la gran finca donde está enclavada la fábrica existe un alumbramiento de aguas para riegos con un caudal de 60.000 litros por hora, el cual es el primero que en Totana se hizo. A tal fin dispone esta Casa de un depósito de aguas de cemento armado, cuya cabida es de 1.500 metros cúbicos. La magnífica finca donde están situadas estas dos grandes industrias tiene una extensión edificada de 6.000 metros cuadrados, cuya amplitud ha permitido sean modelo sus instalaciones.

Libros nuevos

El Amor y Diana, por Concordia Merrel. Novela de la colección «La novela Rosa». Editorial Juventud. Barcelona.

He aquí una excelente novelista que ha sabido imponerse en pocos años al público de Inglaterra y los Estados Unidos, y cuya fama corre parejas con la de Berta Ruck, la elegida del citado público.

En *El Amor y Diana*, la señorita Merrel nos presenta el caso de una muchacha rica, aristocrática, mimada por todo y galanteada por todos, que juega con el amor y con los hombres como se juega al tennis, pongamos por caso. Un hombre de humilde origen, que ha logrado encumbrarse merced á sus dotes morales y espirituales, es el destinado á abatir el orgullo de la coqueta Diana y, por ende, á hacerla sentir el verdadero amor... La escena final—en el corazón del Africa agreste—es una hermosísima página de honda y subyugante emoción.

El hombre más alto del mundo



Acaba de morir en Berlín, de una afección cardíaca, el gigante holandés Van Dreusen, considerado como el hombre más alto del mundo. Su talla era, en efecto, de 2 metros 82 centímetros. Entre las mayores, conocidas hasta hoy, figuraban las de Macknow, gigante ruso, de 2,68; la célebre giganta alemana, de 2,30, y Jorge Anger, también alemán, de 2,53.

Van Dreusen, que en la fotografía adjunta, hecha hace pocos meses en Nueva York, aparece con dos de sus amigos, un enanillo y una joven de estatura media, que le acompañaban en sus exhibiciones, ha fallecido á los veintiocho años de edad.

Lea usted los miércoles
 "MUNDO GRÁFICO"

NOTA CÓMICA



El agüista nuevo.—Me han dicho que este es un buen sitio para el reuma, ¿no?
 El agüista viejo.—Sí, señor; aquí desqué yo el mio.
 (Del «Judge»)

Veá Ud. á **CARMELITA MORENO** LA REINA GITANA, GLORIA DEL ARTE ANDALUZ